



LA SCELTA DI MIA

L'Harem dell'Ereditiera Vol. 3

Lucy Felthouse

La elección de Mia

Libro 3

El harén de la heredera

Lucy Felthouse

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

Capítulo Uno

Mia Harrington suspiró con satisfacción y echó la cabeza hacia atrás para permitir que los rayos del sol bañaran su rostro. Su cabello rubio se agitaba suavemente tras ella con la brisa marina. No podía recordar la última vez que se había sentido tan completamente relajada. Sentarse en la plataforma de madera de su bungalow con los pies descalzos colgando sobre las cristalinas aguas del océano Índico era justo lo que necesitaba.

Soltó una risita. Su novio cirujano, Alex Cartwright, ni siquiera había organizado este viaje, aunque estaba segura de que había tenido algo que ver. No, esta luna de miel, supremamente poco convencional pero absolutamente perfecta, era obra de su flamante esposo, Elias. No era el lugar lo que la hacía poco convencional, seguramente parejas de recién casados acudían en masa a estas islas apartadas para celebrar sus nupcias, sino el hecho de que Mia y su marido estaban acompañados por tres personas más: Alex, Thomas Walker y Arjun Chaudary, cada uno de los cuales mantenía una relación romántica con ella. Y todos estaban completamente de acuerdo con ello.

Elias incluso había tenido la previsión de reservar cinco bungalows independientes sobre el agua, el dinero no era un problema para su esposo banquero de inversiones, después de todo, ofreciendo a cada uno la posibilidad de tener su propio espacio. Sí, las pintorescas cabañas de paja estaban alineadas, conectadas por una pasarela de madera, pero si alguno del grupo necesitaba tiempo a solas, lo tenía fácil. Era algo esencial, realmente, cuando cinco adultos compartían un espacio reducido durante tres semanas en una isla diminuta, por muy espectacularmente hermosa que fuera.

Llevaban tres días de luna de miel, y hasta el momento todo iba bien. Estar juntos, o al menos a una distancia en la que podían gritarse entre sí, las veinticuatro horas del día era algo extraño, y ni de cerca cómo serían las cosas cuando volvieran a Inglaterra, pero Mia pensaba que sería una buena prueba de la fortaleza de sus relaciones. Si existían grietas, definitivamente se mostrarían antes

del final del viaje. Pero si todos se llevaban bien, sería una buena señal para su singular futuro como quinteto.

“Singular” apenas lo definía, siendo honesta consigo misma. Su vida había sido una locura desde la muerte de su padre hacía casi ocho meses. Como hija única, y con su madre ya fallecida, Mia estaba destinada a heredar la finca de su padre, que incluía su querida casa de la infancia, una considerable fortuna, las tierras y todo el terreno circundante, además de otras propiedades.

Pero, para su sorpresa y descontento, su padre había añadido una cláusula en su testamento que exigía que Mia se casara con lo que él consideraba un marido “adecuado” para poder heredar. Un marido dispuesto no solo a adoptar su apellido, asegurando que cualquier descendencia continuara el linaje Harrington, sino también a firmar un acuerdo prenupcial que estipulaba que no recibiría ni un centavo en caso de divorcio.

A Mia no le importaba el dinero, pero *sí* le preocupaban profundamente su hogar y la finca, que proporcionaban empleo a muchas personas de la zona, incluida ella misma. Además, si *no* se casaba, su despreciable primo Quinn, ávido de dinero, se quedaría con todo. Sabiendo perfectamente que no le importaban ni la casa, ni los inquilinos, ni los empleados, Mia había decidido encontrar un esposo, por mucho que la desagradara la idea. Era la única forma de conservar su hogar, proteger los medios de vida de los trabajadores de la finca y evitar que Quinn lo dilapidara todo.

Todo había sucedido mucho más rápido de lo que esperaba y con muchas más variables de las previstas. Así fue como terminó de luna de miel con su nuevo esposo y otros tres hombres, todos los cuales la adoraban tanto como ella a ellos.

Era verdaderamente idílico. No solo el lugar, sino la situación. La compañía. Estaba con sus cuatro chicos guapos en una isla privada, sin miradas indiscretas, sin nadie que los viera ni se preocupara por lo que estuvieran haciendo. El personal encargado de mantener todo limpio y ordenado, además de proporcionarles sus comidas, era increíblemente eficiente y discreto, por lo que no le preocupaba que se pusieran a chismorrear. Después de todo, hablar más de la cuenta les costaría el trabajo, y en esta parte del mundo se imaginaba que

los empleos eran escasos. Aunque parte de ella se sentía culpable de estar disfrutando de un tiempo tan cómodo y lujoso mientras los locales trabajaban tan duro y probablemente ganaban muy poco por sus esfuerzos, otra parte se alegraba de estar inyectando dinero en la economía de la zona. Seguramente el turismo era esencial para que todo siguiera funcionando.

Mia y sus hombres habían entregado sus teléfonos y tabletas al llegar, y la consecuente falta de contacto con el mundo exterior significaba que ninguno de sus trabajos u otras responsabilidades interferiría con su tiempo en este paraíso isleño, aunque podían ser contactados en caso de una emergencia absoluta. Aún mejor, no había interrupciones, conflictos de agendas ni distancias físicas entre ellos. Podían ser ellos mismos, pasar tiempo de calidad juntos, relajarse, divertirse y hacer lo que quisieran, cuando quisieran.

Hasta ahora, no habían hecho mucho, ya que estaban recuperándose del largo viaje y del cambio de zona horaria. Alex parecía haberse adaptado más rápido, probablemente porque estaba acostumbrado a trabajar turnos variados y horas absurdas en el hospital en casa. Había aprendido a aprovechar horas o incluso minutos de sueño cuando podía. Para Mia, Thomas, Elias y Arjun, que trabajaban horarios más regulares, la adaptación había tomado un poco más de tiempo, pero finalmente todos parecían estar en sincronía.

El piso de madera crujió: alguien se acercaba. Mia no se dio vuelta; el personal había desaparecido después de retirar los restos del desayuno, por lo que solo podía ser uno de sus hombres, y sinceramente no le importaba cuál. La mitad de la diversión de tenerlos a todos en el mismo lugar al mismo tiempo era no saber qué sucedería después o con quién. Su nueva vida era impredecible, pero de una manera segura, un equilibrio que encajaba perfectamente con la personalidad de Mia: le gustaban la aventura y la emoción, pero no en exceso. Si el caos controlado existía, eso era exactamente lo que buscaba.

Un momento después, sintió a alguien justo detrás de ella, notó el calor de su cuerpo y luego unas manos suaves cubrieron sus ojos.

Un leve aroma de colonia llegó a su nariz, diciéndole exactamente quién era, pero permaneció en silencio; no quería arruinar el juego.

—¿Adivina quién soy? —dijo una voz, confirmando que, efectivamente, era Alex.

—Ehm... No lo sé —respondió, siguiéndole la corriente—. Déjame pensar. ¿Es... George Clooney? ¿Brad Pitt? ¿Johnny Depp?

Alex soltó una risita.

—Más joven. *Mucho* más joven.

—Ah, claro. Perdón. —Sonrió, y el levantarse de sus mejillas hizo que se apoyaran contra las cálidas manos de Alex—. ¿Quizás... Aidan Turner? ¿Tom Hardy? ¿Michael B. Jordan? ¿Sam Heughan? ¿Charlie Hunnam?

Él apartó las manos de golpe y se sentó a su lado, sacudiendo la cabeza con una chispa de diversión en sus ojos azul verdoso.

Ella aprovechó el momento para deleitarse con la visión de Alex: descalzo y vestido únicamente con un bañador azul profundo. Unas gafas de sol descansaban sobre su cabeza, y sus largas piernas colgaban junto a las de ella. Parecía tan relajado como ella se sentía. Además, estaba irresistible, tanto que Mia apartó la mirada de su cuerpo con esfuerzo, volviendo a fijarse en su rostro antes de que se sintiera tentada a llevárselo a su bungalow y desordenar las sábanas de su cama tamaño queen.

—Está bien, está bien —dijo él con irritación fingida—, no hace falta que menciones todos tus amores platónicos. Podríamos estar aquí todo el año. Ni siquiera he oído hablar de la mayoría de ellos. Además... —se inclinó hacia ella y le dio un empujón juguetón con el hombro—, ¿no te basta con cuatro hombres?

—Oh, no sé —respondió Mia con despreocupación, esforzándose por reprimir una sonrisa—. Creo que todavía queda espacio para un par más en mi harén.

Se miraron, y Mia no pudo contener la risa al notar el destello de sorpresa en el rostro de Alex. Luego tomó su mano, se la llevó a los labios y la besó.

—Para que quede claro: si alguno de los caballeros mencionados llega a mi puerta exigiendo entrar en el grupo, tendré que considerarlo detenidamente. Tendrán que apretarse un poco y hacer

espacio. Pero, por lo demás, estoy perfectamente feliz con cómo están las cosas. De hecho, ya siento que no los veo lo suficiente.

Le vino a la mente un pensamiento, algo que llevaba tiempo queriendo discutir con Alex. *No había mejor momento que ese.*

—De hecho, quería hablar contigo sobre eso.

—¿Ah, sí? —levantó las cejas—. Soy todo oídos.

Mia asintió.

—Sé que por tu trabajo no siempre es posible cumplir con los compromisos y que a veces no tienes mucho tiempo libre. Así que me preguntaba qué te parecería si voy a Londres con más frecuencia. Eso me pondría más cerca de ti, y de Elias, claro, incluso de Arjun, en cierto modo. Si eso nos da la oportunidad de pasar más tiempo juntos, estoy más que feliz de hacerlo. Puedo reorganizar mi carga de trabajo fácilmente para que sea posible. Mientras todo se resuelva, no importa si lo hago un lunes o un sábado, a las nueve de la mañana o a las ocho de la noche. Verte es más importante para mí que mantener un horario de oficina regular.

Alex sonrió suavemente, pasó un brazo alrededor de ella, la acercó para abrazarla y le besó la parte superior de la cabeza.

—Me gusta cómo suena eso, pero...

Mia frunció el ceño y se tensó en su abrazo.

—¿Pero qué?

Él la soltó y se pasó una mano por el cabello.

—No sé cómo decir esto sin sonar desagradecido o molestarte.

El corazón de Mia latió con fuerza.

—¿Decir qué?

—Es solo que... la mayoría de las veces llego a casa del trabajo completamente agotado. Suelo entrar, darme una ducha, comer algo rápido y quedarme vegetando frente al televisor o con un libro si creo que podré concentrarme. Ay... —dejó escapar una risa irónica—, la cantidad de veces que me he quedado dormido con un libro en la cara es mejor no recordarlo.

—¿Y qué tiene de malo eso? Lo de llegar agotado, quiero decir, no lo del libro en la cara.

Ahora fue el turno de Alex de fruncir el ceño.

—Bueno, no es muy emocionante, ¿verdad? Me gustaría mucho poder ofrecerte buenos momentos, no obligarte a sentarte a ver la tele o a leer libros.

Mia puso los ojos en blanco, luego le dio una suave sonrisa.

—Alex —le besó la mejilla, que aún tenía un poco de barba, no creía que se hubiera afeitado desde la mañana de la boda, y realmente le gustaba su aspecto más casual—, no estoy diciendo que quiera pasar todo el tiempo viendo la tele o leyendo, pero entiendo que, si estás agotado, lo estás, y lo último que quieres después de un día ajetreado es salir otra vez. Eso está absolutamente *bien*. Lo que sí quiero es encontrar una manera de pasar más tiempo contigo. Si eso significa relajarnos en casa, no es un problema. Estaría perfectamente contenta acurrucada en el sofá contigo. Preferiría hacer eso que no verte en absoluto. Pensé que podríamos ver cómo van las cosas. Yo me quedaré más a menudo en mi casa de Holland Park, y lo iremos viendo sobre la marcha. Si estás libre, estás libre, y si no lo estás, pues no lo estás. ¿Si eso está bien para ti? No quiero forzarte a mi compañía.

Él soltó una risa.

—¿Me estás tomando el pelo? Realmente me encantaría pasar más tiempo contigo; solo que no quiero aburrirte hasta las lágrimas, eso es todo. Si puedes encontrar una manera de venir a Londres más seguido, que no te resulte demasiado inconveniente, estaría encantado. Debemos tener cuidado si salimos en público, porque, según el mundo exterior eres la esposa de Elias, pero estoy seguro de que podemos encontrar cosas divertidas para hacer. Elias me dijo algo sobre que querías hacer más cosas turísticas en Londres. Yo, por supuesto, me apunto. Solo te aviso que probablemente no siempre podrá funcionar con mis turnos en el hospital, pero incluso esos momentos breves contigo son mejores que nada.

Hizo una pausa, luego desvió la mirada hacia el horizonte, como si estuviera pensando. Tras un momento, se mordió el labio y luego volvió a mirarla.

—Yo... eh... podría darte una llave de mi casa, si quieres, para que puedas entrar cuando quieras.

El corazón de Mia dio un salto. No sabía por qué, pero la oferta de Alex le parecía increíblemente importante y un gran compromiso. Y no podría estar más emocionada por ello. Había estado buscando una manera de profundizar su vínculo con él, y esto parecía ser la solución. No se acercaba ni por asomo al nivel de compromiso que ella y Elias habían asumido, y de todas formas no había forma legal de replicar eso con él o con los demás, pero ella estaba deseosa de consolidar sus relaciones con todos sus hombres para que ninguno se sintiera más o menos importante que otro o temiera que ella tuviera favoritos. Cada uno de ellos aportaba algo diferente a su vida, y no podía imaginar un futuro sin todos ellos en él. Pero en ese momento, no tenía idea de cómo hacer para que todos estuvieran en igualdad de condiciones.

—¿Mia?

Se sacó de sus pensamientos para encontrarse con que Alex la miraba, con los ojos bien abiertos y una expresión preocupada.

—Por el amor a la bondad, cielo, ¿podrías decir algo? Pareces feliz, pero no me has respondido. Me dejas en vilo aquí.

—¡Oh, mierda! Perdón, Alex, no era mi intención. Estaba pensando... —Ay, ¿cuánto debería decirle? Sus vacaciones se suponían que debían ser para relajarse y disfrutar, no para preocuparse por estas cosas. No, mantendría sus preocupaciones para ella por ahora. Tal vez no pudiera evitar que su cerebro las pensara, pero eso no significaba que tuviera que dejar que lo que ocurría en su cabeza afectara a los demás.

—¿Pensando en qué? —le preguntó, sujetando el borde de la cubierta donde estaban sentados y apretando hasta que los nudillos se pusieron blancos.

—Estaba pensando lo *genial* que sería tener una llave de tu casa. Obviamente es por conveniencia, no por convivir, pero de todos modos representa cierto nivel de compromiso... —*¡Eso es!* —. La emoción inundó sus venas al darse cuenta de que tal vez, sin querer, había encontrado la solución a su problema. *Puedo darles a todos llaves de la casa.* A pesar de la emoción por su idea, todavía no quería cargar con eso a Alex, así que continuó rápidamente—. Y estoy absolutamente encantada con la idea. Sería increíble poder

pasar a verte, o incluso esperarte a que llegues a casa del trabajo, si no es mucha molestia.

Alex negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Sería fantástico no entrar a un piso vacío, aunque sea solo de vez en cuando. Nada me haría más feliz que ver tu hermoso rostro tan pronto como llegue a casa.

—Pues entonces ya está. Me encantaría tener una llave, gracias.

—Lo pondré en la parte más alta de mi lista de cosas por hacer cuando lleguemos a casa.

Su rostro se transformó en una sonrisa arrebatadora, y eso tuvo exactamente el efecto que esperaba en Mia. Tomó su mano, luego se inclinó y la besó. Fue un beso suave al principio, y posiblemente eso era todo lo que había querido que fuera, pero en cuanto ella deslizó su mano libre por la parte trasera de su cuello y respondió, las cosas rápidamente se calentaron. Abrieron sus bocas y sus lenguas entraron en acción, deslizándose brevemente una contra la otra, luego comenzando a provocarse y explorar. En segundos, sus pezones estaban duros y presionaban contra el top de su bikini, y la humedad entre sus muslos nada tenía que ver con la temperatura cálida del aire.

Quizás lo arrastraría a la cama por un rato. ¿No era eso para lo que servían las lunas de miel? Sexo en abundancia y sábanas revueltas. Ella y Elias habían compartido su bungalow la primera noche después de llegar a la isla, y habían hecho el amor de manera dulce y sensual a pesar de lo cansados que estaban por el viaje, luego habían caído en un sueño profundo debido al agotamiento total.

Sin embargo, ella había pasado la noche anterior sola, lo cual en realidad no le había molestado. El segundo día de sus vacaciones había sido agotador tanto para su cuerpo y su mente. Especialmente porque todavía luchaban contra el desfase horario. Los cinco habían explorado los alrededores, pensando en qué les gustaría ver y hacer mientras estuvieran allí, y en general se habían relajado juntos. Era la primera vez que estaban en una situación donde podían ser ellos mismos y no tener que ocultar la verdadera naturaleza de sus relaciones. Le dio una pequeña muestra de lo increíble que podían

ser las cosas, pero también de lo problemáticas que podían ser si no se gestionaban con cuidado, por lo que se prometió a sí misma encontrar una manera de hacer sentir a todos sus hombres igualmente queridos y valorados. No quería que ninguno de ellos chocara, literal o figurativamente.

Sin embargo, ahora se sentía renovada y positiva, completamente lista para aprovechar uno de los beneficios más obvios de tener cuatro hombres guapísimos cerca, sexo a demanda.

Rompió el beso y estaba a punto de sugerir que se dirigieran al dormitorio, cuando de nuevo se oyeron pasos en la cubierta, y Arjun apareció por la esquina del bungalow. Estaba vestido de manera similar a Alex, solo que sus shorts de baño eran blancos, un color brillante que resaltaba sobre su piel de caramelo.

—Oh, lo siento —dijo, deteniéndose en seco al verlos—. No quería interrumpir... Es solo que Elias ha estado en contacto con un local que nos puede alquilar unos jets skis, y quiere saber cuántos necesitamos. — Subió sus gafas de sol a la cabeza y miró entre Mia y Alex—. ¿Entonces, ustedes dos se apuntan?

Mia asintió.

—Sí, yo me apunto. Suena genial. ¿Alex?

—Totalmente. ¿Ustedes están en la playa?

—Sí —respondió Arjun.

—Genial. Nos vemos allá en un minuto, ¿vale?

Arjun asintió con la cabeza, luego se puso las gafas de sol y se dio vuelta para irse. Sus pasos fueron desapareciendo gradualmente.

—¿Qué sucede? —preguntó Mia en cuanto Arjun estuvo fuera de su alcance. Alex había sonado increíblemente entusiasmado con el paseo en jet ski, pero no había movido ni un músculo.

—Nada. Es solo que no quería levantarme y mostrar esto —indicó la considerable erección que sobresalía de sus shorts—. No creo que Arjun lo apreciara mucho.

Mia se rio, luego se tapó la boca con una mano.

—No, supongo que no. Yo sí lo apreciaría, sin embargo.

Le guiñó un ojo y lo besó, luego susurró.

—¿Continuará luego, sí?

—Sí. Y más pronto que tarde, si te parece bien. Vamos —se levantó y la ayudó a ponerse de pie—. Mejor lleguemos a la playa antes de que manden una patrulla de búsqueda por nosotros. Ojalá para entonces mi polla se haya calmado un poco.

Con un suspiro exagerado, ella respondió.

—Cuatro hombres guapísimos, y todo lo que recibo entre mis muslos esta mañana es un motor vibrante. ¡Si no fuera tan fanática de los jets skis, diría que aquí hay algo seriamente mal!

Alex se rio y le dio una palmada juguetona en el trasero.

—Eres muy sucia a veces, Mia Harrington.

Ella recogió sus gafas de sol y se las puso.

—Te encanta.

Él sonrió y la rodeó con el brazo, atrayéndola hacia su lado mientras caminaban hacia el paseo que conectaba sus bungalows y que los llevaba a la playa.

—Sí, me encanta. Te amo. Todo de ti, incluso esa mente sucia que de vez en cuando tienes.

—Y yo te amo a ti, Alex Cartwright. Ahora deja de ser tan malditamente guapo y adorable antes de que cambie de opinión y te deje en la playa mientras yo te sigo en lo que dejamos pendiente.

—Ugh, ojalá lo hicieras. Estúpido Elias. Estúpidos jet skis.

Ella sonrió de medio lado.

—Más tarde. Te lo prometo. Esta tarde, soy toda tuya.

Él levantó una ceja y la miró con una expresión evaluativa.

—Entonces, no puedo esperar a que llegue esta tarde.

Capítulo Dos

Cuando Mia y Alex llegaron a la playa, los demás estaban junto a su fila de tumbonas, con Elias apartado a un lado hablando con un hombre de piel oscura que, según Mia, era el local encargado de coordinar sus motos acuáticas. Ella y Alex dejaron un poco de espacio entre ellos al notar la presencia del desconocido. Probablemente era tan discreto como el personal del resort, pero no valía la pena arriesgarse ni causar confusión.

Mientras ella y Alex se acercaban al grupo, Mia sintió el peso de las miradas de Thomas y Arjun sobre ella, incluso a través de sus gafas de sol. Sin duda, ellos disfrutaban tanto de verla en un bikini fucsia como ella de verlos en sus bañadores. Había mucho físico masculino impresionante a la vista, y casi quiso pellizcarse al pensar que aquellos hombres inteligentes y atractivos eran suyos. Un calor ardiente le recorrió cada centímetro de la piel, dejándola con una pesada y punzante sensación entre las piernas. Ay, a este ritmo iba a estar tan cachonda que quizás se dejaría caer de la moto acuática deliberadamente para refrescarse en el agua... aunque, con la temperatura del mar aquí, probablemente no serviría de mucho. Además, seguramente terminaría con cuatro hombres zambulléndose en el mar para rescatarla. Cuatro hombres calientes y empapados. *Oh, esas son cuatro razones más para caerme intencionalmente de mi maldita moto acuática.* Se contuvo de soltar un gemido cargado de deseo.

Ella apartó las imágenes de su mente y sonrió a Thomas y Arjun.

—¡Así que, motos de agua! ¿De quién fue la idea? Va a ser divertido.

—De Elias —respondió Thomas, devolviendo su sonrisa—. Y sí, lo será. Nunca lo he hecho antes, espero que no sea muy diferente a una motocicleta. —Él miró hacia el mar, luego de vuelta a Mia y frunció el ceño—. Estaremos increíblemente expuestos ahí fuera, ¿tienes protector solar?

Ella sacudió la cabeza, con el corazón derritiéndose un poco por su preocupación por su bienestar.

—No, en realidad no tengo. Pero tienes razón, *todos* estaremos expuestos, así que deberíamos ponernos protección. Iré a buscar un poco.

Alex la agarró del brazo cuando se dio la vuelta para irse, deteniéndola.

—Oye, está bien, no te preocupes. Mi bungalow está más cerca, iré a buscar el mío. Tengo un par de botellas con diferentes FPS, así que traeré ambas. Regreso en un minuto.

—De acuerdo, gracias. —Ella sonrió, resistiendo la tentación de darle un beso, ya que el chico de las motos de agua aún estaba hablando con Elias. Hablando de él... —Vuelvo en un momento —dijo. Luego, mientras Alex iba a su bungalow, ella se dirigió hacia su esposo y el local.

Ambos hombres se volvieron cuando se acercó, y el rostro apuesto de Elias se rompió en una amplia sonrisa.

—Y aquí —dijo, envolviendo su brazo alrededor de su cintura y acercándola—, está mi hermosa nueva esposa. Mia, este es Aisar. Aisar, esta es Mia.

El hombre de piel oscura hizo una ligera reverencia.

—Me complace conocerte, Mia. Muchas felicidades por tu matrimonio. —Desvió la mirada de nuevo hacia Elias—. Eres un hombre muy afortunado.

Elias apretó su agarre en la cintura de Mia y le besó la mejilla.

—Créeme, amigo, lo sé. De todos modos —aclaró su garganta—, ahora que estamos todos aquí, sería genial si pudieras traer las motos de agua. —Pausando, miró su reloj—. Eso nos dará unas buenas dos o tres horas con ellas antes del almuerzo, ¿verdad?

Aisar inclinó la cabeza.

—Por supuesto. Sí. Iré ahora. ¿Tienes el dinero?

Claramente ya habían acordado un precio, ya que Elias asintió.

—Lo tengo. Tú ve a buscar las motos de agua, yo iré a buscar el dinero. Podrás tenerlo cuando las entregues y sepamos que funcionan bien.

El hombre abrió la boca como si fuera a objetar, pero Elias lo interrumpió, haciendo un gesto con la mano hacia los alrededores.

—Aisar, amigo mío, estamos aquí de vacaciones por otras dos semanas y media. No tenemos a dónde ir o dónde escondernos en esta pequeña isla. Te prometo que tendrás tu dinero, si nosotros tenemos nuestras motos de agua. Con los tanques *llenos* de combustible.

La sonrisa de Aisar era tensa. Probablemente no estaba acostumbrado a turistas tan mandones y asertivos.

—Sí, señor Elias. Dame un momento para traer cuatro...

—*Cinco*, Aisar. Pedí cinco.

—C...claro. —La mirada de Aisar se desvió momentáneamente hacia Mia, y apareció una arruga de preocupación entre sus cejas negras. Al parecer, no aprobaba que Mia tuviera su propia moto de agua. Ella resistió la tentación de poner los ojos en blanco—. Cinco motos de agua. Llenaré todos los tanques antes de traerlas. ¿Está bien?

—Sí. El dinero estará aquí listo y esperándote.

—Muy bien. Nos veremos pronto. —Él y Elias se estrecharon la mano, luego Aisar le dio a Mia una rápida inclinación de cabeza antes de apresurarse, dirigiéndose a un embarcadero donde había un bote de remos de aspecto precario amarrado.

Mia se volvió hacia Elias, sacudiendo la cabeza.

—No tenías que ser tan duro con él. Aunque sea un sexista idiota.

—¿Qué? —Elias abrió los ojos de par en par—. ¿Por qué estaba siendo duro con él? Solo quiero cinco motos de agua con los tanques llenos de combustible, no creo que sea mucho pedir. Es su maldito negocio, después de todo. Ni siquiera regateé con él el precio. Debe ser infernal ganarse la vida aquí.

Ella levantó una ceja.

—Hmm. Podrías haberle dado el dinero por adelantado.

—Sí, podría. Pero no conozco al hombre, Mia, y quiero asegurarme de que vuelva. Lo último que quiero es que todos nos emocionemos por divertirnos en el océano, solo para que Aisar desaparezca con un montón de dinero y nunca más se le vuelva a ver. No se trata del dinero, se trata de asegurarse de que cumpla con su parte del trato.

—Eres tan desconfiado —ella lo reprendió, dándole un empujón juguetón.

Él se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo, viene en el paquete, me temo. En mi línea de trabajo, todos se cuidan a sí mismos. Y eso es lo que estoy haciendo aquí. Bueno, a uno, dos, tres, cuatro y cinco, en todo caso.

—Él asintió hacia los demás, ahora que Alex había regresado, y le regaló una sonrisa que mostraba sus hoyuelos—. Solo estoy tratando de asegurarme de que todos tengan unas buenas vacaciones, eso es todo.

Ella rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo hacia abajo para que sus narices se tocaran.

—Y estás haciendo un excelente trabajo también. Solo tres días y todos están mucho más relajados y felices. Al final del viaje estaremos prácticamente en coma, en el buen sentido, claro. ¿Te dije que esta fue una idea excelente tuya?

Elias se rio.

—Tal vez lo mencionaste una o dos veces. Solo estoy feliz de que todos estén felices. Ahora dame un beso, *esposa*.

—Con gusto, *esposo*.

Una serie de vítores y silbidos los hicieron separarse antes de que las cosas se pusieran demasiado intensas, y se volvieron hacia los otros tres, sacudiendo la cabeza. Elias suspiró.

—Por el amor a la bondad, chicos, ¿es que un hombre no puede besar a su esposa en paz?

Elias y Mia se tomaron de la mano y caminaron hacia el grupo.

—No —dijo Alex, sonriendo—. No cuando tienes a otros tres tipos aquí que también quieren besarla.

—Bueno, solo tiene una boca, así que tendrán que esperar su turno —respondió Elias, dando un golpe simulado en el bíceps de su mejor amigo.

—Ya la besé esta mañana —replicó Alex, luego sacó la lengua a Elias.

—Es verdad —intervino Arjun, con tono solemne, pero el más mínimo brillo en sus ojos delataba su diversión—. Cuando fui a buscarlos, estaban jugando al tenis de amígdalas en la cubierta de

Mia. — Eso no era estrictamente cierto, por supuesto, pero si hubiera llegado un par de segundos antes, habrían estado.

Thomas resopló y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Maldita sea, Arjun, parece que tú y yo estamos flojeando hoy, ¿no, amigo?

—¡Está bien, está bien! —Mia levantó las manos, su pulso acelerado mientras la irritación burbujeaba dentro de ella—. Basta, todos ustedes. Sé que solo están bromeando, pero lo están haciendo sonar como un juego de pasar el paquete, y yo soy el maldito paquete. No es gracioso, y ciertamente no es sexy.

—Oh, no sé... —dijo Elias, extendiendo la mano para ajustar la correa de su top—, me gustaría desenvolverte. Aunque no llevaría mucho tiempo con ese diminuto bikini.

Ella lanzó una mirada fulminante a su nuevo esposo y se apartó bruscamente de él.

—No estoy bromeando, Elias. Lo digo en serio. En casa, nuestros horarios están muy gobernados por la geografía, nuestros trabajos y otros compromisos. Aquí, vamos a estar juntos constantemente durante las próximas dos semanas y media, y necesitamos encontrar una manera de que todos estén felices, sin que yo me sienta como, bueno, el premio en un juego de pasar el maldito paquete. No me malinterpretes, no podría estar más feliz de que todos estemos aquí, pero hacer un horario de quién me 'tiene' en cualquier momento no va a suceder. Es... sórdido. —A pesar de las temperaturas tropicales, ella se estremeció—. Sí, definitivamente no va a suceder. Tiene que ser orgánico, de lo contrario no es sexy ni romántico, ¿verdad? —Pausó—. Si alguno de ustedes es propenso a episodios de celos genuinos al verme besar a uno de los otros, esto probablemente no va a funcionar muy bien para ustedes. Los amo a todos con locura, y no quiero tener que preocuparme cada vez que beso a uno de ustedes de que los demás estén molestos, o enfadados, o lo que sea. Este viaje está destinado a ser divertido y relajante, y...

Thomas se acercó y le tomó las manos.

—Cariño, cálmate. Te estás alterando por nada.

Mia levantó la mirada hacia su rostro, lista para regañarlo también, pero su expresión la detuvo. Él se había colocado las gafas

de sol sobre la cabeza, y sus ojos azules irradiaban calidez y comprensión. Respiró profundamente, tratando de calmar su corazón acelerado.

—No creo que sea nada. Y todos hemos dicho en múltiples ocasiones que, para que este arreglo funcione, debemos ser honestos entre nosotros. Así que estoy siendo honesta ahora. Sé que solo estaban bromeando, pero no me gustó hacia dónde iba la conversación ni cómo me hizo sentir, ¿de acuerdo?

Thomas apretó sus manos y asintió.

—Es justo. Lamento mi parte en eso. Y no tienes que preocuparte de que esté celoso. Entré en este arreglo con los ojos bien abiertos, y no lo habría hecho si pensara que no puedo manejarlo. Ya te lo he dicho antes: estoy aquí a largo plazo. Y eso no ha cambiado —le dedicó una pequeña sonrisa—. Te amo.

Mia retiró una de sus manos y acarició el rostro de Thomas.

—Y yo a ti. Acepto tu disculpa.

Se puso de puntillas, lo cual no era fácil sobre la arena, y lo besó. Esta vez no hubo silbidos ni burlas; probablemente los demás temían otra reprimenda. Cuando se apartó, se volvió hacia los demás.

—Lamento si soné quejumbrosa o como una pesada, pero tenía que decirlo. ¿Pueden entender mi punto de vista?

Tres cabezas asintieron. Entonces, Elias dijo:

—Yo también lo siento, Mia. Fue una broma, pero eso no cambia el hecho de que fue de mal gusto. Y ahora que lo mencionas, puedo ver por qué te molestó. Aunque no era mi intención, hizo parecer que eras un objeto para pasar de uno a otro, en lugar de una persona con sentimientos y opiniones. Una persona a la que todos adoramos, debo añadir. Fue algo grosero y estúpido que nunca debí haber dicho, y espero que puedas perdonarme.

Mia levantó las manos, tratando de dar por terminado el tema antes de que se convirtiera en algo más grande.

—De acuerdo, no exageremos. Todos somos adultos aquí. Hicieron una broma, no me gustó y la detuve. Ahora entienden mi punto de vista, así que sigamos adelante, ¿de acuerdo? Si tenemos problemas, debemos hablarlos, ya sea de uno en uno o en grupo.

Guardarse las cosas no va a ayudar, especialmente con tantas emociones en juego. Y mejor me callo porque ya me estoy cansando de escuchar mi propia voz, suspiró y se giró hacia Alex—. ¿Podrías pasarme la crema solar, por favor?

Él se la dio sin decir palabra.

—Gracias.

Mia se dirigió a la tumbona más cercana, esperando que el ambiente extraño que había creado se disipara pronto. No se arrepentía de haber dicho algo, porque creía en hablar las cosas, pero tampoco quería ser la aguafiestas. Al fin y al cabo, estaban allí para disfrutar y relajarse.

Se sentó y empezó a aplicarse protector solar donde podía alcanzar. Tardó un rato, pues su piel tan pálida requería que fuera minuciosa, pero inevitablemente llegó el momento en el que necesitaba ayuda.

Miró a su alrededor y vio a los hombres dispersos. Elias estaba cerca del muelle, observando una lancha motora que traía motos acuáticas; al parecer, Aisar no era tan pobre como lo sugería su desvencijado bote a remos. No había rastro de Arjun, mientras que Thomas y Alex estaban sentados en las tumbonas vecinas. Alex estaba concentrado en aplicarse protector solar; como cirujano, veía suficientes casos de cáncer para ser extremadamente cuidadoso con su salud.

Al hacer contacto visual con Thomas, este levantó una ceja.

—¿Necesitas que te ponga en la espalda?

—Sí, por favor —dijo ella con una sonrisa agradecida—. Y luego te pongo a ti. Y a él —señaló a Alex con el pulgar—. Y a los demás, si lo necesitan.

Entrecerrando los ojos, agregó:

—¿Te has puesto crema? Que trabajes al aire libre y tengas un buen bronceado no significa que no te vayas a quemar, ¿sabes? Este sol es mucho más intenso que en casa.

Thomas asintió mientras se levantaba y se sentaba tras ella en la tumbona, pasando una pierna por encima.

—Lo sé. Ya me puse.

El aliento cálido de Thomas le rozó la nuca mientras extendía sus antebrazos a ambos lados de sus hombros.

—Mira, piel brillante. Huele a coco.

Mia bajó la cabeza para oler su brazo. Efectivamente, olía a coco.

—Está bien, te creo.

Le pasó el bote de crema.

—Me puse en los hombros y un poco en la espalda, donde alcancé, pero mejor empieza desde arriba otra vez para no dejar ninguna parte sin cubrir. Quemarme sería horrible. El estilo de langosta *no* es atractivo. Ni mucho menos cómodo.

—No hay problemas.

Thomas le dio un beso rápido en el lateral del cuello, enviando un agradable escalofrío por su espalda.

—Tocarte no es exactamente un sacrificio, cariño. Aunque estoy seguro de que serías una langosta preciosa.

Se oyó el inconfundible sonido de la crema saliendo del bote, seguido de un clic al cerrar la tapa, y después el ruido húmedo de sus manos frotándose el líquido entre las palmas.

Mia se echó a reír.

—Empiezo a pensar que todo esto era tu plan desde el principio cuando preguntaste si me había puesto protector solar. Eres un tramposo.

—Oye, hay otros tres chicos aquí que hubieran estado encantados de ayudarte. Yo solo tuve la suerte de estar en el lugar correcto en el momento adecuado —respondió con ligereza, colocando las manos sobre la parte superior de sus hombros y extendiendo la crema por los omóplatos. La sensación de sus manos grandes y cálidas contra su piel caliente por el sol era una delicia, y Mia cerró los ojos por un momento.

—Lo repito: empiezo a pensar que esto fue tu plan desde el principio —añadió, dejando escapar un suspiro mientras él comenzaba a masajearle la loción en la piel—. Mmm, qué bien.

Se removió ligeramente de un lado a otro.

—Realmente bien.

Thomas tiró de su tirante del bikini y lo dejó volver a su lugar con un chasquido.

—Deja de hablar así. Y deja de moverte, ya que estamos. Si no, me vas a provocar una reacción física que no voy a poder controlar.

—¿Ah, sí? —respondió Mia con un ronroneo, pasando la mano hacia atrás y buscando a tientas su entrepierna—. ¿Y cuál sería esa reacción física?

Thomas le sujetó la muñeca.

—Mia —gruñó—. Hablo en serio. Como sigas, te pongo sobre mis malditas rodillas y hago que tu *traseño* parezca una langosta.

Ya fuera por el sol afectándole, la adrenalina del desacuerdo anterior o la excitación, Mia no sabía, pero parecía incapaz de controlar su repentina picardía.

—¿Ah, sí? ¿Eso es una amenaza o una promesa? —volvió a moverse, deslizándose deliberadamente hacia atrás en la tumbona para reducir la distancia entre ambos—. Hace tiempo que no me das una nalgada.

Un gemido audible vino desde su izquierda. Mia giró la cabeza para ver a Alex observándolos, con los ojos desorbitados y tirando del frente de sus pantalones cortos en un intento de disimular su erección.

La escena, lejos de avergonzarla, solo avivó su travesura. Esbozó una sonrisa maliciosa y arqueó una ceja hacia él.

—¿Qué te tiene a *tí* tan acalorado, Alex?

Él entrecerró los ojos, como si no pudiera decidir qué decir. Luego carraspeó, echó un vistazo hacia el embarcadero y, al confirmar que Aisar seguía en el mar, volvió su mirada hacia ella y dijo:

—La idea de que te den una nalgada es caliente. Puedo imaginármelo: esas nalgas perfectas tuyas, desnudas y marcadas con huellas de manos, brillando rojas. —Se ajustó los pantalones cortos de nuevo, reflejando su sonrisa antes de guiñarle un ojo a Thomas—. Digamos que, si recibiera una invitación para unirme, la aceptaría encantado.

Thomas soltó una carcajada.

—No te culpo. Si Mia está de acuerdo, yo también.

—Y yo también —intervino Arjun desde su lado opuesto.

Mia giró bruscamente la cabeza hacia él, pero no dijo nada; la excitación la había dejado sin palabras. El coqueteo con Thomas la había encendido, y las cosas habían escalado rápidamente: Thomas hablando de darle una nalgada, Alex admitiendo que le gustaría unirse, y luego Arjun sumándose. Su cuerpo hervía de necesidad, y ninguno de ellos siquiera la había tocado en un sentido sexual. Aunque, claro, un masaje en la espalda con la excusa de aplicarle protector solar no era precisamente un apagafuegos. Bueno, quería deshacerse del ambiente raro, y lo había conseguido, aunque no de la manera que esperaba.

En ese momento, Elias les llamó:

—¡Eh, chicos! ¿Están listos? Las motos acuáticas ya están aquí.

Mia miró a su esposo y tragó saliva, intentando aliviar la sequedad en su boca y garganta. Si no fuera porque se le quitaría el protector solar, se habría lanzado al mar para refrescarse. Se sabía cuánto lo necesitaba. Pero, con cuatro hombres más calientes que el sol a su alrededor, incluso un chapuzón en una piscina helada no sería suficiente para calmar sus desbocados impulsos.

Levantándose tambaleante, Mia se resignó al hecho de que tendría que esperar hasta más tarde para saciar sus necesidades. A menos que las vibraciones del motor de la moto de agua fueran lo suficientemente fuertes como para satisfacerla, pensó con una sonrisa. Solo había una manera de averiguarlo.

Capítulo Tres

Mia prácticamente rebotaba por el sendero que conducía a su bungalow, con su ánimo tan elevado como las gaviotas que los cinco habían estado aterrorizando sin intención toda la mañana. El par de horas que habían pasado dando vueltas en motos de agua, las cuales, de hecho, les habían entregado en perfecto estado y con tanques llenos de combustible, habían sido increíblemente divertidas. Habían corrido, se habían deslizado sin rumbo fijo, habían hecho alarde de sus habilidades, e incluso se habían caído un par de veces. Pero, sobre todo, se habían reído. Realmente había roto la tensión de antes, y al parecer el incidente había sido olvidado, para gran alivio de Mia. Aún no se arrepentía de haberlo mencionado en primer lugar, pero al menos se había tratado rápidamente y de manera limpia, y las consecuencias no estaban destinadas a seguir rondando como un mal olor.

Abrió la puerta y entró en su bungalow, luego la cerró detrás de ella. No era por mantener a la gente fuera, habría puesto el cerrojo si esa hubiera sido su intención, pero sí quería mantener a los insectos fuera de su espacio. Especialmente aquellos que mordían o picaban. No parecía importarles que estuviera supuestamente disfrutando de su luna de miel.

Mientras se dirigía al baño de lujo, rodeó su espalda con las manos y desabrochó su bikini. Se deslizó las tiras por los hombros, luego apartó la prenda de su cuerpo y la dejó caer al suelo. Deteniéndose un momento, se bajó la parte inferior, se movió un poco y luego la sacó. Pasearse desnuda no era algo que soliera hacer, pero cuando estaba en una isla con solo otras cuatro personas, todas las cuales la habían visto desnuda en múltiples ocasiones, la modestia carecía de sentido. Directa al grano, se dirigió a la ducha, tarareando felizmente, ansiosa por limpiar la combinación de protector solar, sudor y sal marina de su cabello y cuerpo.

Momentos después, estaba en el amplio cubículo de ducha con agua tibia golpeándola desde múltiples direcciones. *¿Esto es el*

paraíso o qué? Se quedó un largo rato allí, permitiendo que la presión del agua le enjuagara la suciedad, luego alcanzó la botella de champú, una marca de lujo, cortesía del resort, y vertió una buena cantidad en su mano.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás bajo el chorro más cercano para empapar completamente su cabello, luego se desplazó hacia adelante fuera de su alcance y comenzó a frotar el champú, trabajándolo en una espuma gruesa y deliciosa. Solo había acondicionado el día anterior, así que una vez que se hubo lavado la espuma, recuperó el gel de ducha y abrió la tapa.

—¿Necesitas ayuda con eso? — dijo una voz ligeramente amortiguada, lo que la hizo saltar.

Dejó escapar un chillido y se dio la vuelta. Alex estaba allí, todavía con sus shorts de natación, con su rostro y cuerpo presionados contra la puerta de la cabina, lo que le daba una nariz aplastada, pero proporcionándole a Mia una excelente vista de su torso, particularmente dado que la superficie de la puerta no se había empañado aún, posiblemente por el agua relativamente fría. Lo miró de arriba a abajo, bebiendo el atractivo espectáculo y convenientemente ignorando la parte divertida que era su nariz aplastada, luego asintió.

—Eso sería maravilloso. Quítate los shorts.

—Obviamente. — Puso los ojos en blanco, luego se alejó de la puerta, solo para quitarse la molesta prenda, y patearla a través de la habitación, para luego unirse a Mia en la ducha.

Cerró cuidadosamente la puerta detrás de él, luego se acercó a ella. Sosteniendo su mano, dijo:

—¿Te divertiste esta mañana?

Le pasó la botella de gel de ducha.

—Sí, enormemente. ¿Y tú?

Una sonrisa iluminó su hermoso rostro, y arrugas aparecieron alrededor de sus ojos.

—Demonios, sí. Esa fue una jugada genial por parte de Elias. — La giró, luego escuchó el sonido de la botella de gel de ducha siendo exprimida. Un milisegundo después empujó su cabello hacia un lado y alisó el líquido sobre su espalda. —No recuerdo la última vez que

me reí tanto, o tan fuerte. Una de las veces que me caí fue porque estaba tan indefenso con la risa que no podía sostenerme más. Fue una buena cosa que Aisar nos dejara solos, creo que habría desaprobado algunos de nuestros comportamientos si los hubiera visto.

—Desaprobó que yo tuviera un jet ski en primer lugar — refunfuñó, la molestia fluyendo de nuevo.

—¿Qué? — Sus manos se detuvieron. —¿Te dijo algo? ¿Fue grosero?

—No. — Empujó hacia atrás contra sus palmas, silenciosamente instándolo a continuar. Para su placer, lo hizo. —Estoy segura de que no se atrevería a ser grosero delante de Elias, que acababa de presentarme como su esposa. Pero hizo algún comentario indirecto sobre traer cuatro jets skis, mirándome mientras lo hacía.

—¿Y qué dijo Elias?

—No estoy segura de que notara la mirada, pero insistió en cinco jets skis, y eso fue el final de la discusión. No importa de todos modos, obtuve mi jet ski, me divertí, así que al diablo con el gilipollas sexista.

—Sí. — Alex exprimió más gel en sus manos y trabajó hacia abajo, sobre la base de su espalda y nalgas. —¿A quién le importa si tiene algunas ideas y actitudes estúpidas y anticuadas hacia las mujeres? Que se joda.

Dejó escapar un gemido bajo mientras sus largos dedos se deslizaban en la hendidura de su trasero y descansó sus manos contra la pared de la cabina.

—Ahh... prefiero joder contigo. — Aisar y su comportamiento misógino rápidamente retrocedieron a los confines más lejanos de su mente.

Alex se rio y se sumergió más profundo, rozando sus labios de la vagina.

—Eso es exactamente lo que esperaba que dijeras.

Cambió su postura, inclinando la cabeza hacia adelante y empujando su trasero en dirección a Alex. Mirando sobre su hombro hacia él, sonrió maliciosamente.

—Así que ¿qué estás esperando? Te dije antes que esta tarde soy toda tuya. Deberías aprovechar.

—Oh, no te preocupes, hermosa —murmuró, entrando suavemente en ella con dos dedos, y su sonrisa ensanchándose mientras ella gemía de nuevo, —tengo toda la intención de hacerlo. ¿Por qué demonios crees que estoy aquí? Cuando una mujer te hace una oferta como esa, no la rechazas. La aceptas.

A regañadientes, Mia apartó su mirada de Alex y dejó caer su cabeza hacia adelante una vez más mientras se entregaba a las sensaciones placenteras causadas por sus dedos supremamente talentosos. Ya sus pezones se habían endurecido, y a pesar del agua que pegaba sobre los dos desde múltiples direcciones, todavía podía sentir la humedad que se filtraba de ella y cubría los dedos de Alex. Ay, estaba tan cachonda. Casi involuntariamente, se movió hacia atrás, ansiosa por más. De acuerdo, le encantaba como se sentían sus dedos, pero lo que realmente quería era su polla. Su nivel de excitación había estado subiendo y bajando todo el día hasta ahora, y no había tenido ni la más mínima cantidad de alivio, el jet ski había sido divertido, pero lamentablemente no ese tipo de diversión, y ya era hora de que ese estado de cosas cambiara.

Con otra risa, Alex agarró un puñado de su cabello y lo deslizó hacia un lado, luego comenzó a alternar pequeños besos y mordiscos sobre la piel desnuda y empapada de sus hombros y nuca.

—Demonios, Mia, eres tan condenadamente sexy.

—Gracias, Doctor. Ahora, ¿por qué no me da lo que necesito para sentirme mejor...?

—¿Y qué podría ser eso? —dijo juguetonamente, luego le dio un mordisco más fuerte en el lado del cuello, dejándola jadeante.

Empujó hacia sus dedos una vez más, empujándolos más profundamente.

—Polla dentro de mí, dedos en mi clítoris. Orgasmo.

—Parece un excelente plan de tratamiento para mí. ¿Alguna vez has considerado una carrera en el campo médico? Con habilidades como esas, estás desperdiciada en la gestión de propiedades.

A pesar de todo, Mia finalmente se rindió y se rio de su tonto juego de palabras.

—Deja de molestarme, ¿quieres? No estoy segura de que te des cuenta — se alejó de él, luego se dio la vuelta para poder mirarlo a los ojos, —pero si no me das lo que quiero, hay varios candidatos dispuestos dentro del alcance de una llamada que pueden estar aquí en segundos.

—Bueno, entonces — respondió, dándole una mirada desafiante, —supongo que debería seguir adelante, ¿no?

—Sí — sonrió con coquetería, rodeando su cuello con sus brazos y enredando sus dedos en su cabello húmedo y oscuro, —maldita sea, sí.

En lugar de responder, Alex rodeó su cintura con sus brazos y la arrastró bruscamente hacia él, luego inclinó su cabeza y capturó sus labios con los suyos. De repente, Mia fue consciente de la erección roja y rígida presionada contra su estómago, y abrió su boca voluntariamente cuando la lengua de Alex buscaba acceso.

Muy contenta de que los cinco hubieran abandonado los condones hacía tiempo, Mia ya estaba tomando la píldora, y todos habían recibido el visto bueno de la clínica de salud sexual meses atrás, alcanzó el pene de Alex y lo bombeó bruscamente. Satisfecha cuando él gimió en su boca, levantó su pierna derecha y la enganchó alrededor de su cadera, luego intentó apuntar la punta de su verga hacia su entrada. La diferencia de altura lo hizo imposible, pero Alex captó la indirecta y cambió su agarre hacia abajo, debajo de sus nalgas, y la levantó para que pudiera rodear su cintura con sus piernas.

Sosteniéndose con fuerza, esperó, con la anticipación latiendo en sus venas, mientras Alex se movía hacia la posición correcta. Finalmente, sintió la cabeza gruesa de su pene golpeando sus labios vaginales y se retorció hacia abajo para encontrarse con él, desesperada por tenerlo dentro de ella. Un segundo después, lo hizo.

—¡Ahhhh! — Sus gemidos combinados de alivio y placer resonaron en las paredes de la ducha, apenas amortiguados por el ruido de las cabezas de la ducha que aún goteaban. Mia tuvo el

pensamiento más breve de culpa por desperdiciar agua, pero fue desterrado al olvido cuando Alex se hundió, clavando sus dedos duramente en sus nalgas. Chispas de dolor recorrieron su cuerpo, haciéndola alejarse de él con un jadeo, y su vagina se contrajo.

—¡Joder! — Exclamó Alex mientras las paredes internas de Mia rodeaban su pene. —Sigue haciendo eso y seré nada más que un milagro de dos minutos.

—Puf — Sonrió y lo besó. —Te conozco, Alex Cartwright. Y aunque fuera el caso, también sé que eres perfectamente capaz de compensarme de otras maneras...

—Verdad — Guiñó un ojo, luego reorganizó su peso en sus manos, dobló sus rodillas y comenzó a empujar, con su pene rozando deliciosamente contra sus terminaciones nerviosas. —Tengo que asegurarme de que mi chica esté feliz, ¿no? —

—Mmm-hmm — Se inclinó y se besaron de nuevo, esta vez más profundamente, con bocas abiertas y lenguas exploratorias mientras Alex aumentaba el ritmo, construyendo desde golpes largos y casi lánguidos hasta otros más rápidos y frenéticos. El placer se construyó rápidamente, y cuando Mia sintió que el orgasmo de Alex era inminente, deslizó una mano entre sus cuerpos retorciéndose y girando para estimular su clítoris, ansiosa por alcanzarlo.

No tardó mucho, el flirteo intermitente del día hasta ahora le había dado un buen comienzo, y frotó y ajustó el pequeño bulto para coincidir con los movimientos de Alex. Él se apartó, rompiendo su beso y estableciendo contacto visual en su lugar. Ella sabía por la intensidad de su mirada que estaba cerca.

—Vamos, bebé... vente para mí.

—¿Tú... vas a... venirme conmigo...? — Sus palabras estaban interrumpidas por jadeos en busca de aire.

Ella asintió frenéticamente.

—Haré... mi... mejor esfuerzo.

Aparentemente, eso era suficiente y él se movió hacia adelante para que su espalda estuviera presionada contra la pared de la ducha, luego movió sus caderas como un hombre poseído. Tal vez lo estuviera. De cualquier manera, ella disfrutó, aferrándose con fuerza

con un brazo mientras usaba la otra mano para seguir estimulando su clítoris. En cualquier minuto ahora...

—Mia, estoy...

—Sí, sí, iyo también!

Alcanzaron sus respectivos picos dentro de unos segundos el uno del otro, dejando escapar gritos desenfrenados y blasfemias mientras el placer los bañaba una y otra vez. Mia retiró su mano de su ingle y rodeó su cuello con su brazo de nuevo, aferrándose a él con fuerza mientras su clímax se desvanecía. *Joder, eso fue bueno. Maldita sea, lo necesitaba.*

Con cuidado, él desenredó sus piernas y la bajó con cuidado hasta que sus pies tocaron el suelo de baldosas, luego deslizó sus brazos alrededor de su cintura para ayudarla a mantener el equilibrio.

—¿Estás bien, cariño?

Ella parpadeó para intentar despejar su visión ligeramente borrosa, luego sonrió.

—Mmm-hmm, más que bien. Plena. Perfecta. Post orgásmica.

Sus ojos brillaron.

—Eso son muchas "p".

—Pendejo —respondió ella con tono juguetón y luego rio. Alex se unió a la risa.

—Otra más. Esa es mi chica. Hay que amar un poco de juego de palabras.

La atrajo hacia él y le besó la frente.

—Te amo.

—Y yo a ti. Con todo mi corazón.

—Me alegra oírlo.

—Lo mismo digo. Ahora, por mucho que me encantaría quedarme aquí contigo todo el día, probablemente deberíamos lavarnos de nuevo e ir a comer algo. No podemos dejar que te desvanezcas, ¿verdad?

—Jamás podría desvanecerme estando contigo —replicó él, y sus labios se torcieron en lo que ella sabía que era una sonrisa contenida.

—¿No? —frunció el ceño, aunque sospechaba hacia dónde iba el comentario.

—No. —Se echó hacia atrás, y su rostro se transformó en una sonrisa completa. —Porque siempre podría comerte a ti.

Ella puso los ojos en blanco y le dio un manotazo en el hombro.

—¡Las frases cursis suelen ser más cosa de Elias que tuya! — Agarró el gel de ducha y se lo empujó contra el pecho con un gesto juguetón. —Vamos, Capitán Cursi, vamos a lavarnos. Por mucho que me gustaría que me comieras, creo que tu estómago tendría algo que decir si fuera tu único sustento.

Como si lo hubiera planeado, Alex se llevó las manos al estómago. Sus ojos se agrandaron antes de estallar en una carcajada.

—Creo que tienes razón. Mi estómago acaba de rugir como un trueno.

Sacudiendo la cabeza, Mia no pudo evitar reír también.

—Increíble.

Capítulo Cuatro

El almuerzo, pronto descubrieron Mia y Alex, consistía en una barbacoa en la playa. Parecía que Elias estaba en modo de "me-encargo-de-todo-y-de-todos" hoy, ya que había organizado todo y se encontraba junto a la barbacoa, que echaba un leve humo, volteando hamburguesas, salchichas y trozos de pollo. Su sonrisa estilo gato de Cheshire dejaba claro que se lo estaba pasando de maravilla. Incluso había reclutado a Thomas y a Arjun para ayudar. El primero estaba ocupado preparando panes, salsas y ensaladas, mientras que el segundo hacía de barman. Ellos también parecían contentos con sus roles improvisados. Todos iban descalzos y llevaban pantalones cortos limpios, sin camiseta. Ella se había puesto un vestido de verano blanco, cubierto con un estampado de hojas de palmera, y también estaba descalza.

Mia sonrió y sacudió la cabeza mientras observaba la escena. ¿Qué tenía la barbacoa que tanto fascinaba a los hombres?

—¿Una bebida, Mia? —preguntó Arjun, sosteniendo un vaso de cóctel lleno de un líquido rosa chillón, adornado con un paraguas de papel amarillo brillante y una pajilla azul. Era una combinación bastante horrible, pero tenía sed. Además, la apariencia no importaba mientras supiera bien y fuera refrescante.

—Sí, ¿por qué no? —respondió, acercándose y tomándolo sin molestarse siquiera en preguntar qué era. Dudaba que Arjun le ofreciera algo desagradable. Se puso de puntillas y le dio un beso. — Gracias.

—De nada —respondió él. Sus ojos marrones irradiaban calidez, una nube había tapado el sol, así que por ahora no llevaba gafas de sol, y una sensación de calor despertó en su vientre. Ay, realmente era hermoso. Súbitamente consciente de que él era el que había pasado menos tiempo en el grupo y que tal vez no se sentía tan cómodo o asentado como los demás, Mia le tomó la mano y lo llevó a caminar un rato por la arena. Los otros estaban tan concentrados en sus tareas, o en la cerveza y la comida, que ni se dieron cuenta...

o tal vez simplemente estaban siendo discretos. Cosas más raras se habían visto.

—¿A dónde me llevas? —preguntó él, echando un vistazo hacia el resto del grupo. —La comida estará lista pronto.

Ella dio un sorbo a su bebida y le apretó la mano.

—Mmm, está delicioso, Arjun. Gracias. Y no te preocupes, no vamos lejos ni tardaremos mucho. No nos perderemos la comida. Solo quería ver cómo estás, asegurarme de que todo está bien. No hemos tenido tiempo a solas desde que llegamos.

Aún no había tenido tiempo a solas con Thomas, pero no solo sabía que su relación era sólida como una roca, sino que también estaba segura de que él le diría si algo no iba bien. Podía ser relajado por naturaleza, pero eso no significaba que se quedara callado si estaba incómodo con algo.

—Me alegra que te haya gustado la bebida. Estaba experimentando con sabores. Debo estar canalizando a Tom Cruise en *Cocktail* —dijo, guiñándole un ojo—. Y sí, todo está bien. Estar todos juntos todo el tiempo es... interesante, pero es divertido. También nos da a los hombres la oportunidad de conocernos mejor y crear lazos. Claro, pasamos bastante tiempo juntos antes de la boda, con las pruebas de los trajes y todo eso, pero siempre había otras personas cerca, así que debíamos tener cuidado con lo que decíamos. Aquí, por supuesto, no importa lo que digamos. Podemos ser verdaderamente nosotros mismos. Ya estamos llegando al punto en que siento que estoy de vacaciones con tres de mis amigos más cercanos, o hermanos. Y una mujer increíblemente hermosa, por supuesto.

—¡Adulador! —dijo ella, sin poder evitar el calor que subió a sus mejillas—. Pero me alegra mucho que todos se lleven tan bien y que lo estén pasando tan bien. Es increíblemente importante para mí. Así que... —su corazón dio un vuelco incómodo mientras consideraba las palabras que estaban en la punta de su lengua, luego tomó la decisión de soltarlas—. ¿Entonces no tienes ningún arrepentimiento?

Sus cejas oscuras se fruncieron.

—¿Qué quieres decir? ¿Arrepentimiento de qué?

—De unirme a mi loco torbellino de vida. Soy muy consciente de lo difícil que debe ser para ustedes. Para mí está bien, mis padres no están, así que no tengo que preocuparme por cómo reaccionarían si lo supieran, y no tengo hermanos —dijo, un poco triste—. Pero *tienes* a James y Betty —dijo él con tono significativo.

Ella le dio una mirada aguda y lo empujó con el codo.

—No hace falta que me lo *recuerdes*. Soy muy consciente de que voy a tener que contarles algo, y pronto, de lo contrario estaré dando vueltas por mi propio maldito terreno, tratando desesperadamente de ocultar los detalles de mi vida privada y mis idas y venidas. Sé que son mis empleados y aunque pueden opinar, no tienen voz, pero no es tan simple. Han estado en mi vida durante mucho tiempo y son más como familia, así que la idea de que se horroricen o se disgusten con nuestro acuerdo me preocupa. No puedo evitarlo. Pero, al mismo tiempo, ustedes cuatro significan todo para mí y no quiero que nada interfiera en nuestra vida juntos.

—¿Entonces qué vas a hacer? —dijo él, preocupado, mientras fruncía el ceño.

—¿Ahora mismo? —Tomó otro sorbo de su bebida, saboreando los deliciosos sabores que danzaban sobre su lengua—. Voy a olvidarme de todo eso y disfrutar el resto de mis vacaciones. Estamos aquí para relajarnos, alejarnos de todo, así que ese es el plan —agregó, asintiendo con firmeza.

Arjun soltó una risa.

—No puedo discutir con eso. Y no, para responder a tu pregunta, no tengo ningún arrepentimiento. Como la mayoría de mi familia está en la India, saben muy poco sobre mi vida privada. No es que hubiera mucho que contar antes de conocerte. Mis padres siempre me preguntan cuándo voy a encontrar una buena chica y estabilizarme, y siguen ofreciendo un matrimonio arreglado, pero siempre les digo que no. Les digo que estoy demasiado ocupado con el trabajo para encontrar una esposa, pero creo que están empezando a preguntarse si soy gay —soltó una risa y negó con la cabeza. Luego, con una expresión seria, continuó—Es imposible resumir nuestra situación con una casilla en un formulario, pero no me molesta en lo más mínimo. La vida es para vivirla, para ser feliz.

Eso es lo que estoy haciendo, viviendo la vida, y estoy muy feliz. Simplemente... funciona entre todos nosotros, de alguna manera. Creo que la complejidad en realidad hace que todo sea mucho más relajado, así que no hay presiones, ni expectativas. Todos tenemos nuestras propias 'cosas', pero también nos tenemos los unos a los otros —se encogió de hombros—. No sé cómo explicarlo de otra manera, realmente.

—No tienes que explicarlo. Mientras seas feliz, eso es lo que más me importa. Me alegra que hayas tomado la decisión—no debe haber sido fácil. Volvió a apretar su mano—. No podría imaginarme mi vida sin ti en ella. Sin *ninguno* de ustedes en ella.

Él se detuvo, luego la atrajo hacia él. Ella soltó un suspiro al ver que el movimiento inesperado hizo que derramara un poco de su bebida sobre la arena. Antes de que pudiera preguntar qué estaba haciendo, él le soltó la mano y la envolvió con sus brazos.

—Y yo siento lo mismo. Cada vez que te veo, te amo más. No puedo evitarlo. Eres tan cariñosa, tan compañera. Y eres inteligente, divertida, independiente. Todo lo que un hombre podría desear.

Todos los elogios hicieron que sus mejillas se encendieran otra vez, tanto que casi pasó por alto la parte más impactante de lo que había dicho: *¿me ama?* Su corazón dio un salto.

—¡Vaya, para! —Puso su mano libre sobre su pecho—. ¿Acabas de decir lo que creo que dijiste?

Él miró hacia abajo y hacia un lado, repentinamente tímido.

—Si te refieres a que estoy enamorado de ti, sí. —Se mordió el labio inferior por un momento, luego levantó la cabeza para encontrar su mirada—. Yo... sí. Te amo, Mia. Sé que solo han pasado unos meses, pero hemos pasado tanto tiempo juntos recientemente y...

Ella puso un dedo en sus labios, la alegría la llenaba tan completamente que pensó que podría flotar como un globo de helio.

—No tienes que cuantificarlo. Solo estaba... sorprendida, eso es todo. Pero estoy absolutamente encantada, porque siento lo mismo, pero no quería asustarte diciéndolo demasiado pronto.

Arjun tomó suavemente su muñeca y retiró su mano de su boca, luego sacudió la cabeza, haciendo que algunos de sus cabellos

negros brillantes cayeran sobre sus ojos. Parecían tan oscuros que casi parecían azules en esta luz. Los empujó hacia atrás con impaciencia.

—No me asustarás, Mia. No podrías si lo intentaras. ¿Qué puedo decir? — se encogió de hombros de nuevo —Soy un hombre enamorado.

Su sonrisa era tan ancha que casi le dolía la cara, ella alzó la mano y la curvó alrededor de la parte posterior de su cuello, luego guio su cabeza para que estuviera a su nivel.

—Y yo soy una mujer enamorada. De ti —dijo contra sus labios, luego lo besó. Su barba de chivo le pinchaba la piel, pero no le importaba. Agregaba un cierto atractivo extra a su abrazo, y su mente rápidamente suministró una imagen sensual de ella desnuda en una cama, Arjun acomodado entre sus piernas y cepillando el mismo vello facial sobre la piel sensible de sus muslos internos mientras se dirigía hacia su vagina. Gimió en su boca y profundizó su beso, consciente pero absolutamente indiferente de que probablemente estaba derramando su cóctel en la playa a sus pies. Algunas cosas eran más importantes, y esto *definitivamente* era una de ellas.

El calor abrasador de su cuerpo era evidente incluso a través del delgado algodón de su vestido, al igual que la erección que le rozaba el vientre. Gimió, apenas capaz de creer que estaba caliente de nuevo, a pesar de haber tenido un orgasmo en la última hora. Claramente, ya había superado su jet lag, y su cuerpo estaba listo para disfrutar del sol, el mar, la arena y el sexo. Pero ¿podrían su cerebro y sus emociones mantener el ritmo?

Ama a todos sus hombres, pero lo último que quiere es que el viaje se convierta en una especie de festín de sexo sin sentido, donde se acostaría con los chicos simplemente porque la oportunidad está allí. Eso es tan malo como el juego de pasar el paquete.

Definitivamente no sería sin sentido si hiciera el amor con Arjun ahora, considerando la conversación que acababan de tener, pero el momento no era ideal. Un hecho firmemente subrayado cuando un

silbido agudo rompió su neblina de lujuria y penetró sus oídos, y finalmente su cerebro.

—¡Mia! ¡Arjun!

Se separaron de mala gana y se volvieron hacia donde habían dejado a los demás para ver a Alex saludándolos.

—¡La comida está lista! —gritó.

—¡Bien! —Arjun gritó de vuelta, dando un pulgar hacia arriba.

Mia no podía estar segura desde esa distancia, pero parecía que Alex ya estaba sosteniendo una hamburguesa en un pan. Sea lo que sea que tuviera en la mano, lo llevó a su boca, luego, satisfecho de haber asegurado su atención, desplazó su propia hacia el área de picnic bajo el gazebo.

Mirando a Arjun con una sonrisa irónica, Mia dijo:

—Siento que nos interrumpieran, pero no puedo decir que me disguste que la comida esté lista. Tengo mucha hambre.

—Yo también. Vamos. —Se tomaron de la mano y comenzaron a caminar hacia el resto del grupo.

Mia miró hacia abajo a su otra mano, sorprendida de encontrar que no había perdido demasiado de su delicioso trago rosa en la arena. Si los cangrejos querían emborracharse, tendrían que intentarlo en algún otro lugar. Levantó el vaso y tomó un sorbo a través de la caña mientras caminaban, sonriendo mientras los sabores se movían alrededor de su boca de nuevo. Dulces como esos sabores eran, no hacían mucho para distraerla de la excitación que aún burbujeaba en su interior. Su beso, aunque había sido abreviado, se había vuelto caliente y pesado *rápidamente*. Como resultado, su corazón y su respiración corrían, y su vagina y su clitoris dolían de necesidad. *Maldita sea*. Parecía que hoy iba a ser uno de esos días en que se mantendría revolucionada por una razón u otra, y luego se le negaría el alivio inmediato. Era como una especie de técnica de tortura de privación de orgasmo. No es lo que normalmente se esperaría de una luna de miel. Pero entonces, las únicas cosas remotamente normales sobre su luna de miel eran que tenía a su esposo con ella, y que presentaba una hermosa playa de arena y un hermoso océano azul.

No se dio cuenta de que había reído en voz alta hasta que Arjun apretó su mano.

—Ey, ¿de qué te ríes?

Sacudiendo la cabeza, respondió.

—No importa. Solo mi sentido del humor tonto. Así que —dijo alegremente, ansiosa por cambiar de tema, —¿cuáles son tus planes para después del almuerzo?

Arjun se encogió de hombros.

—No lo sé. Ir con la corriente, supongo. Ver qué están haciendo los demás. ¿Y tú?

—No lo había pensado, para ser honesta. Probablemente estaré tan llena después de toda la comida a la parrilla que me derrumbaré en un sillón, como una ballena varada.

Vio un destello en sus ojos, Arjun pasó su mirada de arriba a abajo por ella.

—*Serás la ballena varada más sexy que haya visto.*

—¿Y *cuántas* has visto? — le devolvió, una sonrisa tirando de las comisuras de sus labios.

Sabiendo perfectamente que ella había aceptado su desafío, suspiró y bajó la mirada al suelo.

—De acuerdo... ninguna. —Luego se animó y volvió a encontrar su mirada. —Pero estoy muy emocionado de ver mi primera. Estoy dispuesto a apostar que será impresionante. —Le dio una sonrisa astuta.

Mia rodó los ojos.

—Está bien, está bien. Veo lo que hiciste allí, muy inteligente.

—Me esfuerzo por hacerlo. —Asintió con la cabeza hacia su vaso casi vacío. — ¿Puedo traerte otro de esos? ¿O algo más, tal vez?

Ahora estaban a pocos metros de los demás, y el delicioso olor a carne asada asaltó los sentidos de Mia.

—Mmm, huele delicioso. Er, sabes qué, Arjun, ¿puedo tener algo simple para acompañar mi comida? ¿Tenemos limonada o agua saborizada?

Se encogió de hombros y soltó su mano.

—No lo sé, lo verificaré.

—Genial. Gracias. —Sonrió, luego movió la cabeza hacia donde Elias todavía estaba ocupado cocinando sobre las llamas. —¿Quieres que te lleve comida?

—Sí, por favor. Uno de cada carne, sin panes, y solo suficiente ensalada para que parezca menos insalubre.

—Enseguida. —Se estiró sobre la punta de los pies y le besó la mejilla, luego se dirigió hacia su esposo y le hizo lo mismo. —Hola, guapísimo.

—Hola, guapísima —respondió con una sonrisa, luego gesticuló con las pinzas de metal hacia la variedad de comida ante él. —¿Qué puedo traerle, señora?

—Parece y huele tan bien que quiero comer todo. Pero realmente debería compartir con el resto de ustedes, así que me quedaré con una hamburguesa y un par de piezas de pollo, por favor. —Alcanzó dos platos de papel de la pila en la mesa ligera colocada a un lado, luego agarró un par de servilletas. Al entregarle uno de los platos a Elias, agregó. —Y Arjun quiere uno de cada uno, por favor.

—Enseguida. —Sin dudarlo, agregó los artículos que Mia había solicitado a su plato antes de devolvérselo. —Siguiente, por favor

Mia le dio el segundo plato, y él repitió el proceso.

—iVoilà!

—Gracias. Sabes, pareces muy cómodo y confiado allí. ¿Albergas un deseo secreto de tirar la toalla en el banco y mudarte al negocio de catering?

Elias no respondió por un momento mientras cuidadosamente daba la vuelta a un par de porciones de pollo. Luego miró a través de sus ojos entrecerrados.

—¿Te estás burlando, mi amada esposa?

Los ojos de Mia se abrieron tanto como los de su esposo estaban estrechos. Sacudió la cabeza.

—No, en absoluto. Lo dije seriamente. Pareces tan... bien, como dije, cómodo. Relajado. Y no me digas que todo se debe a estar en luna de miel. —Recordó las veces que había saltado para ayudar con la cocción en su lugar, y la ocasión solitaria en que había cocinado para ella en su apartamento. —Ahora que lo pienso, siempre eres increíblemente competente en la cocina. O en la barbacoa de la

playa, en este caso. —Se encogió de hombros. —Solo estaba preguntando, eso es todo. —Decidió dejar de hablar, entonces, ya que siempre se ponía quisquilloso cuando su trabajo se convertía en el tema de conversación. En algún momento realmente tenía que morder la bala y dejarlo, estaban casados ahora, por el amor a la bondad, debería poder hablar con él sobre cualquier cosa, pero no ahora.

Elias se desinfló un poco y pasó sus dientes sobre su labio inferior.

—Lo siento, cariño. No quise ser tan defensivo. Supongo que acertaste de lleno. Sobre tirar la toalla en el banco, es decir, no sobre ir al negocio de catering. Hay cero posibilidades de que eso suceda. Estoy más que feliz de cocinar en forma amateur para amigos y familiares, pero no tengo ningún deseo ni aspiraciones de hacerlo profesionalmente. Terminaría trabajando horas casi tan horribles como las de Alex, pero por mucho menos dinero.

—Está bien —respondió. Luego sus palabras calaron. Se quedó con la boca abierta durante un segundo, luego dijo: —Lo siento, ¿qué fue eso? ¿Realmente estás pensando en dejar el banco? ¿Seriamente?

Le dio una sonrisa tensa e inclinó la cabeza. "Lo estoy pensando. Iba a hablarlo contigo cuando regresáramos a casa, obtener tu opinión.

—Ah... okay. —La comida se olvidó momentáneamente, continuó. —Bueno, has empezado ahora...

—Uh-uh. No ahora, cariño —dijo él, haciendo un gesto con la mano hacia los platos que ella llevaba—. Ve y come, y dale su parte a pobre Arjun. Parece famélico. Discutiremos esto después de la luna de miel, ¿vale? Te lo prometo. Quiero que este viaje sea solo sobre los cinco de nosotros. Nada de conversaciones aburridas o incómodas, solo descanso y relajación. Además —añadió, dándole una mirada significativa—, darle a mi cerebro un descanso tal vez lo ayude a encontrar algunas soluciones sobre lo que podría hacer a continuación. Puedo tener algo de dinero en el banco, pero no estoy hecho para ser un hombre de ocio. Me aburriría mucho. —Sonrió—. Quién sabe, para cuando volvamos a pisar suelo británico, mi

subconsciente podría haber encontrado un plan genial. Ahora ve, come tu almuerzo antes de que se enfríe.

Asintiendo aturdida, Mia se giró y se dirigió a la mesa donde estaban los demás utensilios para la comida. Abrió una caja de Tupperware y sirvió una pequeña cantidad de ensalada en los platos de ella y Arjun, cerró la tapa y continuó hacia donde los otros la esperaban en la mesa.

¿Qué demonios acaba de pasar? Quiero decir, sé que siempre se ha quejado de su trabajo o lo ha menospreciado; pero dejarlo todo... eso es un paso gigantesco. ¿Dónde va a trabajar? ¿Dónde va a vivir? No podrá seguir pagando la hipoteca de su departamento, a menos que tenga un trabajo increíblemente bien remunerado. Apuesto a que sus gastos son exorbitantes.

En medio de todos los pensamientos, preguntas y preocupaciones que pasaban por su cabeza, uno sobresalió. *Ojalá lo que decida no lo aleje más de mí.*

Ahora que las cosas con sus hombres empezaban a entrar en una rutina, estaba disfrutando profundamente de su nueva vida. No siempre era ideal, como cuando el trabajo de Alex hacía imposible verse, o cuando el de Arjun lo llevaba al otro lado del país, o incluso fuera de él; pero mayormente funcionaba. Podría parecer egoísta, pero ¿realmente quería que la barca se sacudiera ahora?

Mientras le daba a Arjun su almuerzo con lo que esperaba fuera una sonrisa convincente, y se sentaba a su lado, se regañó a sí misma. *Se supone que ya habías dejado de ser una controladora, ¿recuerdas? Además, no se trata de ti, se trata de él. Tiene todo el derecho de ser tan feliz en su vida profesional como esperas que lo sea en su vida personal. Te ama, así que no va a hacer nada que afecte negativamente su relación. No entres en pánico. Dijo que iba a hablar contigo sobre esto cuando regresen a casa, así que tendrás que esperar hasta entonces. Y cuando llegue el momento, debes ser solidaria y alentadora.*

Con un esfuerzo gigantesco, Mia se sacó de los pensamientos sobre el futuro y volvió al presente. Cogió una de las piezas de pollo y mordisqueó. Con la boca llena de carne tierna y deliciosa, masticó, aprovechando la oportunidad para observar su entorno. Ella, Arjun,

Alex y Thomas podían estar a la sombra, pero el sol seguía brillando implacable, el mar golpeaba la arena sin cesar, y los pájaros tropicales seguían llamándose entre ellos constantemente. Y Elias, el guapo, inteligente, amable Elias, finalmente satisfecho de que todos los demás se hayan alimentado, se dirigía hacia ellos, llevando un plato cargado con comida para él.

Una sensación de alegría la invadió de repente, y miró a cada uno de sus hombres por turno, luego volvió a observar su entorno. Tenía a todas las personas que más le importaban justo aquí, en este momento, y estaban en uno de los lugares más deslumbrantemente hermosos de la tierra. Se recostó en su silla con un profundo suspiro de satisfacción.

—Si esto no es el cielo, entonces es lo más cercano a él.

Capítulo Cinco

Un par de días después, Mia despertó tras una noche de sueño dichoso, ininterrumpido y lleno de sueños vagos pero placenteros. Se giró y abrió los ojos, sin sorprenderse en lo más mínimo al ver a Thomas a su lado, dado que había pasado la noche con ella. Lo que sí era un poco sorprendente, sin embargo, era que estuviera sentado, con las sábanas cubriéndole la cintura, leyendo un libro. En todo el tiempo que lo había conocido, nunca había sido un gran lector, pero al llegar a su paraíso isleño, Alex había anunciado que había terminado el libro que había estado leyendo en el avión y preguntó si alguien quería tomarlo prestado. Mia se había quedado desconcertada cuando Thomas mostró interés. Y, sin duda, estaba enganchado, pues ya había avanzado casi dos tercios del voluminoso thriller policíaco. A ese ritmo, podría pasarlo a alguno de los demás antes de que terminara el viaje.

—Ey —murmuró, apoyando la mano en la piel desnuda de su abdomen. Estaba deliciosamente cálido—. ¿Qué hora es?

Thomas puso un marcapáginas entre las hojas, luego dejó el libro en la mesilla de noche. Se deslizó sobre el colchón hasta quedar con la cabeza en la almohada, a la altura del rostro de Mia. Sonrió y dijo:

—Buenos días, preciosa. ¿No deberías preguntar qué *día* es, en lugar de la *hora*?

Ella parpadeó y frunció el ceño; su mente adormilada ni siquiera estaba cerca de funcionar.

—¿De qué estás hablando? ¿Cuánto tiempo he dormido? ¿He estado enferma o algo así?

Thomas soltó una risita y le besó la punta de la nariz.

—Eres un encanto por las mañanas. Tan tontorrón... —Se rio de nuevo cuando Mia le dirigió una mirada fulminante—. Y no, no has estado enferma. Te dormiste anoche y, si excluimos la... grata interrupción... que tuvimos de madrugada, has dormido unas siete horas y media.

No recordaba su pausada sesión de amor a mitad de la noche, por lo visto, su descanso no había sido tan ininterrumpido como creyó, irrumpió en su mente con vívida claridad e intensidad, haciéndola sonreír y enviando un cosquilleo de conciencia sexual directo entre sus piernas. Pero la sonrisa se desvaneció cuando se dio cuenta de que aún no entendía de qué estaba hablando Thomas.

Leyendo correctamente su confusión, él suspiró.

—Realmente, Mia, cómo eres ¡Es tu maldito cumpleaños, por el amor a la bondad!

Ella abrió los ojos de par en par y sintió su corazón dar un brinco.

—¿Realmente? Hemos estado tan desconectados del mundo que las fechas y las horas han perdido todo significado. ¡No puedo creer que olvidé mi propio cumpleaños!

—Por suerte para ti, hemos estado llevando la cuenta y tenemos un día muy especial planeado. Y antes de que te emociones demasiado, no tienes montones de regalos...

—Awww... —Mia hizo un puchero deliberadamente exagerado—. ¿Por qué no?

Viendo a través de su farsa, Thomas le dio un toquecito juguetón en la nariz.

—Por muchas razones, mi amor. Uno, porque no cabían en nuestras maletas. Dos, porque no tenemos dónde esconderlos en esta isla diminuta. Especialmente considerando lo condenadamente curiosa que eres. Tres... —Se interrumpió, frunciendo el ceño—. Bueno, en realidad, eso es todo. Así que tal vez no muchas razones, pero sí razones. En fin... feliz cumpleaños, Mia. Te amo.

—Gracias. Yo también te amo.

Ella se acurrucó contra él, murmurando con satisfacción al sentir el roce de piel desnuda contra piel desnuda, y sonriendo cuando la creciente erección de Thomas se hizo notar.

—Oh... ¿este es mi primer regalo?

Él reflejó su sonrisa.

—Me halaga que lo consideres un regalo. Y si es así, entonces técnicamente ya lo has recibido en tu cumpleaños, porque fue pasada la medianoche cuando me saltaste encima.

—¿Que te salté encima? ¡Serás descarado! —Le dio un golpecito en el pecho—. ¿No fue más bien al revés?

—No lo recuerdo.

Su tono era casual, pero Mia alcanzó a ver el destello en su mirada justo antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa ladina.

—Independientemente de quién saltó sobre quién... —Thomas buscó a tientas bajo las sábanas hasta dar con una de sus manos y colocarla sobre su ahora completamente endurecido miembro— esto no es un trato único, ni en tu cumpleaños ni cualquier otro día. Puedes tenerlo cuantas veces quieras.

—Oh, qué bien —ronroneó ella, envolviendo los dedos alrededor de su longitud aterciopelada y acariciándolo.

Una oleada de deseo recorrió su cuerpo al ver a Thomas morderse el labio y cerrar los ojos con placer. Ay, era tan condenadamente sexy, con su cabello desordenado por el sueño, sus penetrantes ojos azules y su sonrisa traviesa. Y eso sin contar su físico esculpido por el trabajo, su agudo ingenio, su sentido del humor y las docenas, probablemente cientos, de otras cosas que adoraba de él, tanto en cuerpo como en carácter.

Apretó la mano en torno a él, deleitándose con el gemido grave y gutural que escapó de sus labios entreabiertos.

—Sabes... creo que este ya es mi regalo favorito. Quizás me quede en la cama todo el día para disfrutarlo...

Se movió sobre el colchón, acomodándolos a ambos hasta quedar sentada a horcajadas sobre él, con su sexo rozando la dureza de Thomas.

Él afianzó las manos en sus caderas y, con evidente dificultad, probablemente causada por su ardiente excitación, dijo:

—Mmm... por muy tentador que sea ese regalo tanto para ti como para mí... no es... realmente una opción.

Meciendo sus caderas para que los jugos que ya se filtraban de su vagina cubrieran su pene, respondió:

—¿Y por qué no? Es mi cumpleaños, ¿no debería poder hacer lo que quiero?

—S-sí, pero el día que tenemos planeado implica tener que estar en ciertos lugares a ciertas horas. Y no querías perderte nada de eso.

Mia frunció el ceño. ¿Qué podrían haber organizado en esta isla paradisíaca que tenía un horario? Aparte del amanecer y el atardecer, el tiempo tenía poco significado. Habían estado despertando cuando querían, comiendo cuando querían, duchándose cuando querían, durmiendo cuando querían...

—¿Qué intrigante?

—Confía en mí, valdrá la pena.

Agarró la base de su verga y la mantuvo en posición, permitiéndole deslizarse sobre él.

—Oh... —Cuando él la penetró, el placer y el deseo le robaron la capacidad de hablar. Después de un segundo, recuperó el control de su voz. —Confío en ti. ¡Oh! —Thomas la había bajado sobre él, estirándola y llenándola de un solo golpe. Sus nalgas descansaban en sus muslos. Mientras escalofríos recorrían su ser entero, se inclinó hacia adelante y puso sus manos en sus pechos, luego clavó sus uñas en su carne.

Thomas dejó escapar un silbido. Su pene se contrajo y movió sus caderas en respuesta al dolor que ella le había infligido.

—Si no fuera tu cumpleaños —gruñó —te haría pagar por eso.

Ella sonrió.

—Siéntete libre de agregarlo a la cuenta, y te pagaré en otro momento. Sabes que soy buena para eso.

Él la penetró de nuevo, sus ojos cada vez más desenfocados por la lujuria.

—Oh, lo haré. No hay necesidad de preocuparse por eso.

—Mmm. —Se mordió el labio mientras la felicidad la superaba. Se sentía tan bien, su gruesa verga estirándola deliciosamente y acariciando todos esos lugares sensibles. Sospechaba que no le tomaría mucho tiempo venirse. Lo cual era una cosa buena, ya que aparentemente tenían un horario que seguir. —Vamos, entonces, amante —lo provocó —dame los golpes de cumpleaños.

Thomas se rio, luego, en un abrir y cerrar de ojos, los volteó para que él estuviera encima.

—Será un placer. Aunque no me detendré en treinta. Me tomará más tiempo que eso para venir.

—¡Treinta! —Miró hacia arriba, horrorizada. —Sabes muy bien que no tengo malditos treinta años, bastardo. —Le dio una palmada en una de sus nalgas.

Él se rio de nuevo y se inclinó para besarla. O posiblemente solo para callarla. De cualquier manera, se sometió a ello, abriendo su boca para permitir que su lengua entrara, lo que comenzó a empujar al ritmo de su pene, lentamente al principio, casi de manera exasperante, luego aumentando constantemente la velocidad. Enrolló sus brazos alrededor de su cuello. Después de un rato, sus movimientos se volvieron tan rápidos, tan frenéticos, que besar ya no era una opción, no sin causar daño a sus labios o dientes. Se separaron, alternativamente mirando a los ojos del otro y cerrándolos mientras el placer los superaba.

Apretando las plantas de sus pies contra la cama, Mia comenzó a encontrar el ritmo de Thomas, subiendo la apuesta, urgiéndolo a ir más rápido, y aún más rápido. Cada rodillo de sus caderas estimulaba su clítoris, y pronto se tambaleaba en el borde mismo del clímax.

—Ohh... —Retiró sus brazos de su cuello y agarró las sábanas en su lugar, desesperada por tener algo a lo que aferrarse, para anclarse, mientras era devastada por el clímax.

Y no pasó mucho tiempo antes de que eso sucediera. Detuvo sus caderas y agarró las sábanas aún más fuerte mientras la presión se acumulaba en su abdomen. Chispas irradiaron desde su vientre, hasta las puntas de sus dedos y pies, y picaron sobre su cuero cabelludo.

—Ahh... Tom.

—Estoy... allí contigo, cariño —dijo jadeante, continuando al ritmo casi abrasador durante varios segundos más, luego congelándose. —Oh... *joder*.

Mientras el pene de Thomas comenzaba a contraerse y palpar dentro de ella, Mia alcanzó su punto máximo. La presión dentro de ella se liberó repentinamente y gritó mientras escalofríos asaltaban cada pulgada de su ser. Su núcleo pulsó alrededor de la verga de

Thomas, arrancando una serie de expletivos jadeados de sus labios, haciéndola sonreír incluso mientras la felicidad la superaba.

Después de un rato, completamente agotada, se hundió sin fuerzas en el colchón. Thomas se desplomó sobre ella, apoyándose con los brazos a ambos lados de su cabeza, y alternó entre besos en su cabello y murmurar dulces tonterías.

Mia levantó los brazos y lo rodeó de nuevo, acariciando su pelo, una acción reconfortante mientras se recuperaban de sus clímax.

Después de un minuto o dos, él rodó fuera de ella con un gemido y se dejó caer sobre las almohadas.

—Ay, no tienes idea de cuánto me *encantaría* concederte tu deseo de quedarnos en la cama todo el día y tener sexo, pero realmente deberíamos ponernos en marcha —se volvió hacia ella con una sonrisa—. ¡Es hora de comenzar tus celebraciones de cumpleaños!

Ella le acarició la mejilla, disfrutando de la aspereza de la barba bajo su palma. ¿Estaban sus hombres teniendo algún tipo de competencia de crecimiento de barba que ella no sabía? No lo descartaría. —Dado que el día comenzó con un estallido —literalmente—, ya muestra señales de ser el mejor cumpleaños de todos. ¿Ducha?

—Ve tú —dijo él, aunque la expresión ligeramente dolorida en su rostro dejaba claro que lo que más quería era unirse a ella—. Yo correré de vuelta a mi bungalow y me ducharé allí, de lo contrario nos distraeremos y nunca estaremos listos. No queremos que los demás intervengan y nos saquen a rastras, ¿verdad? Cuando termines, espera aquí y uno de nosotros vendrá a buscarte, ¿de acuerdo?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Tengo que ser escoltada?

Él sonrió levemente.

—Me temo que sí. Honestamente, cariño, *valdrá* la pena. Vas a quedar absolutamente impresionada.

—De acuerdo... entonces, ¿qué debería usar? ¿Y necesito llevar algo?

Él pensó por un segundo.

—Bikini o traje de baño. Algo para cubrir tus brazos y piernas si el sol se pone muy fuerte. Sandalias o chanclas. Un libro o revista. Sombrero. Gafas de sol. Protector solar. Cepillo para el pelo y algo para atarlo. Tal vez otro traje de baño si no quieres sentarte con el mojado.

¿*Mojado*? El nivel de intriga de Mia crecía por segundos, pero sabía que Thomas no le diría nada; ya le estaba dando el mínimo absoluto de información. Así que lo mejor que podía hacer ahora era apurarse. Cuanto antes se duchara y vistiera, y esperara a que uno de los chicos la recogiera, más pronto podría comenzar la diversión del cumpleaños, o el *resto* de la diversión del cumpleaños, de todos modos.

—Entendido —dijo, luego se inclinó para darle un beso—. Nos vemos luego. Con eso, saltó de la cama, con su creciente emoción destruyendo su somnolencia y letargo post-orgásmico.

La risa grave de Thomas la siguió mientras corría desnuda al baño, haciéndola sonreír de oreja a oreja y provocando una nueva oleada de excitación justo entre las piernas. Solo la dosis más fuerte de fuerza de voluntad y el mareante entusiasmo por descubrir qué sorpresas la esperaban le impidieron girar sobre sus talones y regresar corriendo a la cama para detener su risa de la manera más sucia que conocía.

Su bungalow estaba desierto cuando salió del baño unos treinta minutos después. Mejor así, en realidad, ya que no estaba segura de haber podido resistirse a Thomas una segunda vez si él todavía estuviera enredado entre sus sábanas, todo despeinado y guapo.

Mientras se apresuraba a prepararse, su estómago gruñó. Lo agarró, esperando que el desayuno estuviera en su futuro cercano. Luego sacudió la cabeza por su propia estupidez. Por *supuesto* que habría comida. Estaba de vacaciones con cuatro hombres en su mejor momento; la comida nunca estaba lejos de sus pensamientos. Eso, y el sexo.

Sonrió. Mientras los cinco soportaban el largo y aburrido vuelo hacia sus vacaciones de tres semanas, la mente de Mia inevitablemente había vagado. Uno de los temas en los que su

cerebro se había posado era que tener a los cuatro hombres las veinticuatro horas del día podría significar que tener *demasiado sexo* era una posibilidad real. Que se pondría dolorida, o demasiado cansada, física y mentalmente, o que el exceso podría hacer que su libido se desplomara. Hasta ahora, había sucedido todo lo contrario, y como había descubierto muchos meses atrás, cuanto más sexo tenía, más parecía quererlo.

También había soñado despierta con tener a los cuatro a la vez. Todavía no estaba segura de si era algo que real y verdaderamente quería, o si simplemente le gustaba la *idea*. ¿Podría alguno de ellos sentirse completamente satisfecho con un escenario como ese? ¿Se sentiría como un encuentro físico sin sentido, en lugar de los profundos encuentros emocionales que disfrutaba con cada uno de sus hombres actualmente? Eso era lo *último* que quería; estaba increíblemente feliz con los vínculos que se desarrollaban y profundizaban entre ellos, y fracturarlos por el bien de hacer realidad una fantasía ociosa no era un riesgo que estuviera dispuesta a correr.

Mientras seguía preparándose, se obligó a pensar en otra cosa. Cualquier cosa, menos en sexo. Después de todo, había mucho más en su vida, en sus relaciones, que eso, y pensar de otra manera era un insulto para todos ellos.

Capítulo Seis

—¿Esto es realmente necesario? —gruñó Mia mientras caminaba, con los ojos vendados, sobre la arena, con Elias y Alex a su lado sujetándola de los brazos para asegurarse de que no tropezara ni cayera. Mantener el ritmo con ellos no era fácil debido a sus largas piernas y las suyas mucho más cortas, especialmente porque no podía ver nada. Thomas y Arjun, presumió, debían estar justo detrás de ellos.

—Sí —dijo Elias, con exasperación en el tono—. Vamos, cariño. Una vez me dijiste que te gustan las sorpresas, siempre y cuando sean buenas. Y esta definitivamente califica como una buena sorpresa.

—Sí —agregó Alex—, definitivamente lo es. Y nos ha costado mucho trabajo organizar todo esto. ¿No puedes dejarnos disfrutar del momento? Además, ya casi llegamos.

—Está bien. Lo siento. ¡Es que la espera me está matando! —dijo Mia, *arrepentida* también. No se le había ocurrido que organizar este día, lo que sea que tuvieran, para ella les proporcionaba a sus hombres tanto placer como esperaban darle a ella. Tal vez había algo de cierto en eso de que era tan placentero dar como recibir.

—Bien, paremos —ordenó Elias, y los tres se detuvieron. —Estamos al pie de una corta escalera. Hay... —hizo una pausa, aparentemente para contar los escalones— cuatro escalones. Alex y yo estaremos contigo todo el tiempo. Ten cuidado. Tómate tu tiempo.

—Está bien... —levantó el pie derecho y lo usó para palpar con cuidado. Como había prometido, Elias y Alex seguían a su lado, asegurándose de que no cayera, y puso el pie en el primer escalón. Habiendo calculado la altura de los peldaños, subió el resto sin demasiados problemas.

—En cualquier momento... —dijo Alex, emocionado, mientras avanzaban por lo que Mia sospechaba era una plataforma de madera. ¿Un puente sobre uno de los arroyos de la isla, quizás? Pero

¿serían esos puentes lo suficientemente anchos como para que los tres pudieran caminar a la par?

Mia no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en su rostro ante el entusiasmo de Alex. Calidez llenó su corazón y se irradió hacia afuera. Ni siquiera sabía qué estaba pasando todavía, pero estaba claro que se habían esforzado mucho y estaban deseosos de que lo disfrutara. Pero no se preocupaba por eso: cualquier momento con sus preciosos chicos era tiempo bien invertido. Los cinco probablemente podrían divertirse viendo la pintura secarse, aunque ciertamente no tenía prisa por probar esa teoría.

Continuaron sobre la superficie de madera, sus cinco pares de pasos sonaban extraordinariamente fuertes contra ella, aunque eso probablemente se debía a que la pérdida de su vista había agudizado sus otros sentidos. Mientras pensaba en esto, lo comprobó al escuchar el sonido del mar, que había estado presente desde su llegada a la isla, lamiendo y salpicando contra algo que *no* era una orilla de arena. Entonces, estaban en un muelle. Y si estaban en un muelle, eso significaba...

Elias dijo:

—Está bien, para un momento, cariño. Voy a quitarte la venda, ¿de acuerdo?

Los tres se detuvieron, y Elias le soltó el brazo. Alex también la soltó, pero solo para entrelazar sus dedos con los de ella.

Mia asintió, luego sintió de inmediato a su esposo rebuscando en la parte posterior de su cabeza. Después de un par de segundos, hizo un sonido triunfante, y la tela cayó de sus ojos. Parpadeó y entrecerró los ojos por la luz brillante del sol, luego notó la mano que se movía frente a ella sujetando sus gafas de sol. Las tomó y se las puso, luego se giró para ver a Arjun allí, sonriendo.

—Gracias.

—De nada —respondió él, haciendo una pequeña inclinación de cabeza, un gesto suyo que le parecía adorable.

Cuando sus ojos se ajustaron a la luz, miró al frente y se quedó boquiabierta. Allí, balanceándose suavemente sobre las hermosas olas color aqua, estaba lo que solo podía describirse como un yate *gigantesco*. Prácticamente brillaba bajo la luz del sol, exigiendo

atención. No es que lo necesitara, Mia miró a su alrededor y vio que los hombres también estaban igual de fascinados, a pesar de que ya lo sabían.

Alex apretó su mano, atrayendo su atención.

—¿Qué te parece? —preguntó, con los ojos bien abiertos y brillantes.

—Es... es hermoso. Entonces, ¿vamos a dar un paseo en él? ¿Un recorrido por la isla?

—Mejor. Lo tenemos todo el día, y podemos ir a donde queramos. Dentro de lo razonable, por supuesto.

El entusiasmo de Alex era contagioso, y Mia negó con la cabeza, incrédula, mientras miraba a cada uno de los hombres, todos con amplias sonrisas.

—Esto es *maravilloso*. Muchas gracias. Qué forma tan fantástica de pasar mi cumpleaños.

—Y —dijo Elias, tomando su mano y guiándola hacia la pasarela, con Alex aun sujetando la otra mano, y los demás siguiéndolos de cerca—, esto apenas empieza. Hay más, cariño, mucho más.

—¿En serio? No se me ocurre nada más que pueda superar esto.

—Bueno, a nosotros sí —dijo la voz de Thomas. Mia lo miró curiosa por encima de su hombro. Él le guiñó el ojo, haciendo que su pulso se acelerara.

—Vamos, cumpleañosera —dijo Alex, tirando de su mano.

—¡Ya voy, ya voy! —rio—. ¡Dame una oportunidad! Quiero mirarlo primero. Estoy asombrada.

Se detuvieron, entonces, a un par de pasos del final de la pasarela, permitiéndoles ver más de cerca la impresionante embarcación. Fue entonces cuando Mia vio el nombre del barco: *Pearl of the Ocean* (Perla del Océano). Su corazón dio un brinco.

—¡Vaya! Mi piedra de nacimiento es la perla... ¿Alquilaron este yate por su nombre?

En ese momento, Elias, Alex y Arjun miraron a Thomas, quien sonrió ampliamente y se encogió de hombros.

—Puede que se me haya ocurrido.

Mia sonrió de vuelta, con su corazón hinchado de amor por él. Parecía que cada uno de ellos había tenido algo que ver en la

organización de este día para ella. Aunque sus situaciones financieras eran muy distintas, todos habían aportado según sus fortalezas particulares, en este caso, Thomas conociéndola tan bien. Eso resaltaba lo bien que funcionaba el grupo; habían trabajado juntos para organizar todo en secreto, sin que ella estuviera en medio, y habían hecho un trabajo estupendo.

—Honestamente, chicos, no podría estar más feliz. No sé qué decir, porque gracias parece quedarse corto.

—Apostaría a que podemos hacerte aún más feliz —dijo Thomas, sonriendo con las comisuras de los labios.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Lo crees?

—De hecho, *lo sé*.

Probablemente lo sabía, pero no pudo evitar provocarlo.

—Vamos...

—El desayuno está a bordo, listo para cocinarse. Un desayuno inglés completo, todo lo que te puedas imaginar.

Con eso, Mia se movió tan rápido que Elias y Alex tropezaron un poco al ser arrastrados tras ella, aun sujetando sus manos. Ya tenía hambre, pero solo con pensar en un desayuno inglés completo, su estómago rugió y su boca comenzó a hacer agua. No era precisamente una comida saludable, pero era su cumpleaños, y estaba segura de que encontraría *alguna* manera de quemar esas calorías extra. Se detuvo al final de la pasarela, soltó a Elias y Alex, y se dio vuelta.

—Vamos —la animó Elias, señalando con el dedo hacia la embarcación—, las damas primero.

Ella frunció el ceño, dudosa, no estaba segura de la etiqueta.

—¿No tengo que... esperar al capitán o algo así?

Elias negó con la cabeza.

—No, no tienes que esperar a nadie, cariño.

Mia saltó en el lugar, luego dijo:

—De acuerdo —antes de girar y embarcarse en el yate. Fue solo una vez que estuvo sobre la cubierta que se dio cuenta de la magnitud del yate. Realmente era enorme, con tres cubiertas. Miró por encima de su hombro para ver a los demás siguiéndola, luego se

giró emocionada para continuar con su exploración. Había de todo lo que se podría necesitar en un yate: terraza solárium, jacuzzi, plataforma para buceo, tumbonas, una cocina completamente equipada, dos hermosos dormitorios con baños en suite, lo que le decía que no pasarían la noche allí. No había forma de que cinco de ellos compartieran dos habitaciones, por más grandes y lujosas que fueran. Además, Thomas no le había dicho que trajera una bolsa de noche.

Después de echar un buen vistazo, subió a la cubierta superior para ver la vista. Su paraíso isleño era perfecto para una postal, resaltado por el azul brillante del cielo y el sol radiante. El mar estaba tranquilo, moviéndose rítmicamente con solo el ocasional destello de espuma blanca en la cresta de una ola, condiciones ideales para navegar, en otras palabras. Eso era pura suerte, aunque con todas sus habilidades, contactos y dinero, sus hombres no podían controlar el clima.

Thomas apareció a su lado y le rodeó la cintura con el brazo, luego la atrajo hacia él. Le dio un beso prolongado en la cabeza y dijo en su cabello.

—¿Feliz?

Ella se giró hacia él.

—¿En serio me preguntas eso? No puedo poner en palabras lo increíble que es esto, de verdad que no. Me siento tan... —unas lágrimas inesperadas brotaron en sus ojos y rápidamente las parpadeó para alejarlas—... consentida. Totalmente consentida.

—Esa era la idea —dijo la voz de Arjun.

Mia se dio vuelta para verlo, así como a Elias y Alex, que estaban detrás de él.

—Tiene razón —dijo Alex, con suavidad en los ojos—. Es tu cumpleaños. *Queremos* consentirte. Darte un día maravilloso, colmarte de experiencias y atención—todas las cosas buenas que te mereces.

—Y eso —intervino Elias—, incluye un delicioso desayuno, cortesía de su servidor y de mi sous chef, quien es... —apuntó el dedo índice de su mano derecha, luego lo movió por el aire, entre Alex y Thomas—. *De tin marin, de do pingüe...*

Mia soltó una risa, luego dijo:

—¿No estás incluyendo a Arjun? No es justo.

Elias se detuvo, sus hoyuelos se profundizaron.

—Porque, mi hermosa esposa, Arjun tiene una tarea mucho más importante hoy, así que está exento de cocinar.

Ella frunció el ceño. ¿Qué podría ser más importante que cocinar ahora? Su estómago volvió a rugir, como si estuviera de acuerdo.

—¿En serio?

Arjun sacó algo de detrás de su espalda y se lo puso en la cabeza. Un sombrero blanco con pico negro y detalles en dorado. Moviendo las cejas de manera teatral, dijo:

—Tú, jovencita, puedes llamarme capitán.

La boca de Mia se abrió de par en par. *Entonces, tenemos el yate solo para nosotros. Aún mejor.* Recuperando rápidamente el control sobre su sorpresa, dijo:

—¡Caramba! Ustedes realmente están llenos de sorpresas hoy. Entonces, eh, no quiero ser grosera, Arjun, pero... ¿sabes cómo manejarlo, entonces?

—Sí —dijo él entre risas—. Tengo todas las calificaciones necesarias, aunque no es un requisito legal aquí. No te preocupes, te prometo que nos mantendré a salvo.

—Me alegra oírlo —sonrió ella—. ¿Y cuándo demonios tuviste tiempo para todo el entrenamiento y las pruebas, o lo que sea que tengas que hacer?

Él desvió la mirada, luego dirigió su atención a la cubierta.

—Bueno... digamos que cuando empecé a ganar buen dinero, se me subió un poco a la cabeza y comencé a derrochar. Además de autos caros, compré un yate. Luego decidí que no era suficiente con *tener* uno, quería pilotarlo también, así que hice algo de entrenamiento y lo he mantenido actualizado. Ya no tengo el yate, porque he madurado un poco desde entonces y he vuelto a la sensatez, pero mis habilidades siguen siendo válidas. Eso espero.

—¿Eso *esperas*? —preguntó Mia con voz aguda.

Arjun se rio, negando con la cabeza.

—Estoy bromeando, Mia. Te prometo que sé lo que estoy haciendo. Ahora, ¿vamos a desayunar y luego ponemos este

espectáculo en camino? O, mejor dicho, ¿en el mar? —Se quitó el sombrero y lo sostuvo.

—Vamos —dijo Thomas, tomándola de la mano—. No perdamos más tiempo. Cuanto antes comamos, antes podremos comenzar nuestra aventura en el océano.

La guio bajo cubierta hasta la cocina-comedor, con los demás siguiéndolos de cerca.

La barra del desayuno, lo suficientemente grande para que todos tomaran asiento, ya tenía cinco puestos preparados. Claramente, algunos de los chicos habían estado a bordo esa mañana organizándolo todo. Thomas sacó un taburete y se lo señaló.

—¿Le gustaría tomar asiento, mi señora? —dijo con un falso acento pomposo.

Ella soltó una carcajada.

—Oh, gracias, buen caballero. Me encantaría.

Subió con cuidado al asiento y echó un vistazo a su alrededor, observando la actividad. Los hombres se movían de un lado a otro, sacando cosas del refrigerador, sacando platos, vasos y tazones de los armarios, sirviendo bebidas... era frenético y debería haber sido caótico, pero de alguna manera trabajaban en perfecta sincronía, cada uno ocupándose de una tarea sin que ella tuviera que mover un solo dedo. Casi parecía coreografiado.

Pronto, el aire se llenó con el aroma de la comida friéndose, cortesía de Elias y Alex, quien aparentemente había sido elegido para ayudarlo.

Mia permaneció en silencio, incrédula ante lo que sucedía a su alrededor. Frente a ella aparecieron una taza de té y un vaso de jugo, seguidos por una gran cantidad de sobres de colores.

—Más vale que vayas empezando con esos —dijo Alex, dándole un leve codazo—, señorita Popularidad.

Con eso, le besó la mejilla y se apresuró a volver a su puesto como ayudante de cocina.

Demasiado tarde, ella le dedicó una sonrisa aturdida y un murmullo de agradecimiento antes de centrar su atención en las tarjetas. *Parecía* tener muchas, pero, claro, cuando una tenía un

esposo y tres novios, siempre iba a recibir más felicitaciones de cumpleaños que alguien con una sola pareja.

Tras dar un sorbo al delicioso jugo de naranja recién exprimido, comenzó a abrir los sobres. Eran de los sospechosos habituales: sus amigos, Betty y James, los inquilinos de la finca, algunos de sus contactos comerciales más frecuentes, un puñado de familiares del lado materno, los amigos de su padre y, por supuesto, Thomas, quien, para su diversión, también había incluido el nombre de Harry y una huella de pata dibujada con gran habilidad. También estaban los de Elias, Alex y Arjun.

Nada de los parientes de su padre, pero eso no la sorprendió en lo más mínimo. Probablemente se habían olvidado de su existencia en cuanto salieron de su casa después del funeral, y a ella le parecía perfecto. Tampoco les había enviado tarjetas de Navidad ni de cumpleaños. Tenía más que suficiente gente en su vida a la que amaba y que la amaba de vuelta, así que no veía necesidad alguna de mantener el contacto con personas tóxicas ni de desperdiciar tiempo o energía en ellas.

Sin embargo, algo le atravesó el pecho, un dardo de dolor agudo en el corazón al darse cuenta de que, aunque no le importaba no recibir nada de sus parientes vivos de ese lado de la familia, este era su primer cumpleaños sin una tarjeta de su padre. Tragó con dificultad y parpadeó rápidamente en un intento de contener las lágrimas que amenazaban con brotar, luego juntó las tarjetas en una pila ordenada para llevárselas después a su bungalow y ponerlas en exhibición.

Como si hubiera percibido lo que sentía, Thomas apareció a su lado. Pasando un brazo por sus hombros, inclinó la cabeza y le besó el cabello antes de murmurar contra él:

—El primero siempre es el peor, ¿recuerdas? ¿Vas a estar bien o quieres que vayamos a hablar?

Ella sorbió por la nariz, negó con la cabeza y volvió a tragar saliva. La cercanía de Thomas atenuaba el dolor, o tal vez la ayudaba a ser lo bastante fuerte para soportarlo.

—No, estaré bien. Ya conoces la táctica: mantenme ocupada, mantenme distraída, y seguiré en pie.

—Sí, me la sé de memoria, cariño. Esa es mi chica.

Le besó la cabeza de nuevo, luego se apartó un poco para mirarla a la cara.

—Y entre todos, definitivamente podemos mantenerte ocupada y distraída hoy. Come bien, vas a necesitar energía.

Al ver que ella alzaba las cejas, agregó rápidamente:

—¡No para eso! Malpensada. Para... otras cosas. No puedo decir más, arruinaría la sorpresa y los demás me matarían. —Levantó las manos con aire inocente.

—Está bien, está bien, guarda tus secretos —le dijo ella con una mirada fingidamente severa.

Justo en ese momento, Elias llamó:

—¡A comer, gente!

—Oh, menos mal, salvado por la campana —dijo Thomas, dejándose caer con alivio antes de apresurarse a ayudar a llevar los platos a la mesa.

Mia sonrió para sí misma, sin poder creer del todo que esta escena tan... doméstica, ¿se consideraba doméstica una cocina en un yate?, esta era su vida ahora. ¿Alguna vez llegaría a sentirse real?

Se encogió de hombros. Real o no, estaba decidida a relajarse y disfrutar. Se habían esforzado muchísimo en hacer que su cumpleaños fuera especial; lo menos que podía hacer era demostrarles su aprecio. Si en algún momento la necesidad de liberar su tristeza se volvía insoportable, se encerraría en el baño cinco minutos para llorar y nadie se enteraría.

Excepto Thomas.

Él *siempre* parecía saber cuándo estaba mal, aunque intentara ocultarlo. Un talento inquietante y enternecedor a partes iguales. Pero guardaría su secreto, de eso estaba segura.

Capítulo Siete

—Así que, capitán —dijo Mia, siguiéndolo con entusiasmo mientras Arjun la guiaba hacia la cabina, con su sombrero de nuevo en la cabeza—, ahora que estamos bien alimentados e hidratados, ¿a dónde nos lleva?

Sus labios gruesos se torcieron en una sonrisa.

—¡Mar abierto! ¿Madagascar? ¿Australia? Tal vez incluso India... podrías conocer a mis padres... o la Antártida. Depende de si nos dirigimos al norte, este, sur u oeste.

Ella le dio un manotazo juguetón en el brazo, aliviada de que estuviera bromeando sobre conocer a sus padres. Luego, al llegar al área de control del yate y ver los volantes, palancas, botones, interruptores y diales, olvidó momentáneamente de qué estaban hablando. Abrió los ojos de par en par.

—Santo cielo. Con razón pensaste que sería buena idea hacer un curso de entrenamiento. Parece increíblemente complicado. Yo ni siquiera sabría por dónde empezar.

Arjun se encogió de hombros.

—No es tan difícil, en realidad, una vez que te acostumbras. No necesitas usar todo al mismo tiempo.

—¡Bueno, eso es un alivio! Harían falta cien manos.

—Y cincuenta pares de ojos. —Se deslizó un poco las gafas de sol por la nariz y le guiñó un ojo—. Me faltan cuarenta y nueve, me temo, pero me las arreglaré.

—Tengo plena confianza en ti... y en tus ojos sexis. Entonces, ¿vas a decirme a dónde vamos en realidad o todavía lo mantienes en secreto?

Él sonrió y volvió a colocarse las gafas.

—No iremos muy lejos, en realidad. Nos quedaremos bastante cerca de nuestra isla, quizás dando la vuelta a nuestro grupo de islas. Básicamente, un día de paseo relajado y divertido. Pararemos en algún lugar bonito para nadar, almorzaremos... lo que surja. Mientras tengamos a *Pearl of the Ocean* de vuelta aquí a las ocho de la noche, el día es nuestro.

—¡Genial! Esto es increíble. Pero... —su entusiasmo se apagó cuando se le ocurrió algo—. ¿Y tú? ¿No será un poco tedioso quedarte aquí todo el día conduciendo el barco? Sé que es hermoso, pero será un trabajo duro para ti, y agotador. Me sentiré mal de que estés aquí mientras el resto nos relajamos y nos divertimos.

—¿Hablas en serio? Sol en la piel, brisa marina en el pelo, vistas impresionantes... Esto no es un trabajo, Mia. Además... —extendió un brazo y la atrajo hacia sí— espero que me hagas compañía al menos por un rato...

Ella le rodeó la cintura con los brazos y alzó la vista hacia su apuesto rostro. O lo poco que podía ver de él bajo el sombrero y las gafas de sol.

—Estaré encantada de hacerte compañía. ¿Necesitas que haga algo? ¿Ayudar a izar el ancla o algo así?

Arjun soltó una carcajada.

—No, no tendrás que izar nada, todo es mecánico. Pero gracias por ofrecerte.

Oh. Mia se mordió el labio cuando sintió el calor subirle al rostro. *Eres una idiota. Esto es un yate de lujo moderno, no un bergantín de hace un siglo.*

—Lo siento, no sé mucho sobre barcos. Soy más de tierra firme.

—No hay problema. Nadie lo sabe todo, sobre todo. Excepto Google. Lo que Google no sabe, no vale la pena saberlo.

Compartieron una sonrisa. Luego, abrumada por lo dulce que estaba siendo con su absoluta ignorancia, Mia se puso de puntillas y lo besó. Su intención era que fuera un beso rápido, pero una vez que empezó, no tuvo ninguna prisa en detenerse. Arjun tampoco, por lo que parecía. Su cuerpo firme y sus labios suaves eran embriagadores, y ella se dejó llevar en su abrazo, abriendo la boca en cuanto la lengua de Arjun rozó su labio. De inmediato, la temperatura subió hasta límites peligrosos, y eso sin contar los abrasadores rayos del sol.

Mia se preguntó si alguien se opondría a retrasar la partida si ella y Arjun se escabullían a uno de los camarotes. Aunque, en realidad, ¿para qué molestarse en ir a un camarote? No había nadie fuera de su grupo que pudiera verlos si decidían dejarse llevar justo ahí.

Gimió cuando pensamientos e imágenes sensuales invadieron su mente, haciendo que Arjun la sujetara con más fuerza por la cintura y tomara su boca con mayor fiereza.

Acababa de deslizar las manos hasta las nalgas de Arjun para acercarlo más a ella, lo suficiente como para sentir con claridad su erección presionándole el vientre, cuando Thomas llamó:

—¡Eh, Arjun! ¿Todo bien, amigo? ¿Necesitas ayuda? Ya casi terminamos de limpiar la cocina y creíamos que ya estaríamos zarpand... ¡Oh, mierda, lo siento! No sabía que estabas... ocupado.

Mia y Arjun se separaron y giraron hacia la voz de Thomas. Claramente, él sabía que estaban en la cabina, pero al no poder verlos desde el nivel inferior, no tenía idea de lo que estaban haciendo.

Arjun se quitó el sombrero y pasó una mano por su cabello.

—No pasa nada. Nos... distrajimos. —Se encogió de hombros y señaló a Mia con la cabeza—. La culpa es de ella. Es una tentadora y una pésima influencia.

Los hombres rieron mientras Mia se atragantaba, a punto de protestar por su inocencia. Pero, decidida a no seguirles el juego cuando era evidente que intentaban provocarla, se cruzó de brazos y dijo con calma:

—Todo está bien. Por favor, avisa a los demás que partiremos en breve.

Cuando Thomas se giró para marcharse, ella le sacó la lengua.

Él hizo lo mismo, luego le guiñó un ojo y se fue.

Mia puso los ojos en blanco con resignación y luego miró a Arjun.

—Bueno, ya que nos interrumpieron, supongo que deberíamos cumplir nuestra palabra y ponernos en marcha.

Arjun se colocó de nuevo el sombrero, le dedicó una sonrisa y dijo:

—Nada nos impide retomar esto más tarde. Tenemos todo el día...

—Me parece bien —respondió ella, devolviéndole la sonrisa—. Pero por ahora, ¿qué necesitas que haga?

—Si no te importa, podrías desenganchar las amarras y lanzarlas a bordo. Creo que alguien ya retiró la pasarela. Si prefieres, puedo

pedírselo a otro...

—No, no, yo puedo hacerlo. Vuelvo enseguida.

Arjun se giró hacia el panel de control y empezó a accionar interruptores, palancas y revisar las pantallas.

—Genial. Nos vemos en un momento. —Lanzó una mirada seria por encima del hombro—. Ten cuidado. No caigas al agua.

—A la orden, capitán —respondió ella, y luego rio—. Siempre quise decir eso.

Pasó bastante tiempo antes de que pudieran retomar lo que habían dejado pendiente. Pasaron unas horas tranquilas en el océano antes de detenerse a almorzar: una deliciosa ensalada de salmón, seguida de Eton Mess con helado, todo acompañado por un toque de vino blanco fresco. Luego, continuaron su travesía.

Aún nadie decía exactamente a dónde iban, pero Mia no creía ni por un segundo que estuvieran viajando sin rumbo. Definitivamente, tenían un destino en mente, y por alguna razón, los hombres estaban decididos a mantenerlo en secreto.

Mia estaba tumbada en los cómodos asientos de cuero junto a los controles del yate, mirando absorta al mar, con la brisa agitando su cabello, cuando un cambio repentino en el tono del motor la hizo girar rápidamente hacia Arjun.

—¿Vamos a parar... aquí? —Miró a su alrededor: mar, mar y más mar, con un punto de tierra a lo lejos. Entrecerró los ojos para verlo mejor, sin saber si era su isla o no. *Mientras* Arjun sepa, pensó, realmente no importa. Un vistazo hacia el borde de la cubierta mostró a los demás relajándose abajo, tomando el sol, leyendo y escuchando música.

Arjun le lanzó una mirada irónica.

—Sé que no soy el doctor a bordo, pero ¿podrías confiar en mí, por favor?

—Lo siento—respondió ella, adecuadamente arrepentida. Hasta ese momento, él había sido más que competente, así que no tenía razón alguna para dudar de él—. ¿Cuál es... eh... el plan entonces?

Él volvió a concentrarse en el panel de control y respondió:

—¿Un poco de natación? ¿Snorkel, tal vez? Lo que a todos les apetezca hacer.

—Genial—dijo ella, y luego un pensamiento se le ocurrió—. Pero no tenemos equipo de snorkel.

Él la miró de reojo, sonriendo ampliamente.

—¿*No lo tenemos?*

—Maldita sea, realmente han pensado en todo—dijo ella, negando con la cabeza, incrédula. Habían hecho todo lo posible, y era obvio que no habían terminado aún. ¿Qué más podrían tener preparado?

—No podemos tomar crédito por eso; vino con el yate. ¿Estás lista para ayudar con el ancla otra vez?

Ella asintió. La primera vez había estado nerviosa, pero con la calma y paciencia de Arjun, pronto se acostumbró. Resultó ser un gran maestro.

—Claro. La práctica hace al maestro.

Un poco más tarde, el yate estuvo asegurado al fondo marino, balanceándose felizmente sobre las suaves olas. Cuando Mia y Arjun se unieron a los demás, ya tenían una pila de máscaras, snorkels y aletas. Los hombres se habían quitado la ropa hasta los pantalones cortos de baño, por lo que Mia hizo lo mismo: se quitó la camiseta y el pareo para mostrar su bikini amarillo.

—Esto va a ser divertido—dijo Mia, sonriendo mientras veía a Alex luchando por ponerse un par de aletas—. Voy a ir al baño. No tardo.

Alex abandonó su lucha, moleestamente lanzó el calzado de goma lejos de él y miró desde su posición en el borde de una tumbona.

—Podrías hacer en el mar, Mia. Nadie se enteraría.

Horrorizada, respondió:

—¡Ugh, ni hablar! *Yo* lo sabría. Eso es asqueroso. No lo hago ni en la bañera, y no lo voy a hacer en el mar. Además, ¿no atrae a las criaturas marinas? Ya sabes...—se acomodó incómoda—. Algunas que podrían nadar hasta tu...—Vio la misma expresión horrorizada en el rostro de Thomas antes de que Alex estallara en carcajadas.

—No en estas aguas, Mia. Te lo prometo. Viven en el Amazonas. Ningún pez o bestia en estas aguas se va a preocupar si orinas en su

casa.

—Igual no lo haré. Si voy a meter la *cara* en el agua, no quiero mi orina—o la de cualquiera de *ustedes*, me miraron con una mirada fulminante—, flotando cerca. Voy al baño, y ustedes deberían hacer lo mismo—dijo mientras se alejaba al son de las risas masculinas.

Cuando regresó, pronto quedó claro que, a pesar de sus risas, tenían la intención de cumplir con sus deseos. O tal vez no se habían dado cuenta de que pondrían sus caras cerca de su propia orina. Ella se estremeció. Con un profundo suspiro de alivio, no quería usar el truco de "es mi cumpleaños" para salirse con la suya, dijo:

—Bien, estoy lista para la acción de snorkel.

Una vez que el último de ellos, resultó ser Alex, como resultó, regresó de su viaje al baño, se dirigieron a la plataforma de buceo. Luego, uno por uno, entraron al cálido océano.

—A riesgo de sonar como una gallina madre—interrumpió Elias mientras flotaban junto al yate—, estén atentos a su entorno, chicos. No se alejen demasiado del bote, ni entre ustedes. Es fácil quedar hipnotizado por los peces y la vida marina, pero por favor recuerden asomar la cabeza con frecuencia y asegurarse de no haberse alejado. Cuídense unos a otros.

Mia sonrió, conmovida por el evidente cuidado y preocupación de Elias, e impresionada de que hubiera logrado decir su discurso sin parecer mandón. Eso sin duda habría hecho que los demás se pusieran a la defensiva, algo fácil de suceder cuando hay varios machos alfa juntos. Claramente tenía excelentes habilidades sociales, lo que le hizo pensar en cómo podría aplicar eso a una nueva carrera si seguía adelante con su amenaza de dejar el sector de la banca de inversión.

Pero eso era una consideración para otro momento. Ahora, sus preocupaciones inmediatas incluían a esos cuatro hombres, el océano Índico y las criaturas que contenía. Lo cual, se dio cuenta con un sobresalto, incluía tiburones. Tragó saliva e intentó sacar la idea de su mente, sabiendo perfectamente que generalmente solo atacan si se les provoca. Y eso, sin duda, era otra razón, aunque tácita, por la que Elias quería que se mantuvieran cerca entre sí, y

cerca del bote. La seguridad en los números, y todo eso. Además, no provocaría ni a un pez dorado, mucho menos a un tiburón.

Miró a Arjun, que era el más cercano a ella. Él ya se había colocado la máscara y estaba a punto de llevarse la boquilla del tubo de snorkel a los labios. Como hasta el momento había demostrado ser muy hábil en todo lo relacionado con el mar, pensó que sería una buena idea quedarse cerca de él.

—¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto —respondió con una sonrisa. Luego se volvió hacia los demás—. Eh, chicos, antes de que desaparezcan... estamos cerca de un arrecife de coral, aunque no demasiado, obviamente, por el yate, así que voy a ir en esa dirección. Creo que es donde tendremos más posibilidades de ver cosas interesantes.

Los demás murmuraron su aprobación y comenzaron a colocarse las máscaras y los tubos de snorkel. Luego intercambiaron asentimientos y gestos de aprobación con el pulgar antes de extender sus cuerpos sobre la superficie del océano, listos para admirar las maravillas del mundo submarino.

Capítulo Ocho

—¡Guau! —exclamó Mia al salir a la superficie y quitarse el tubo de snorkel—. ¡Es increíble!

Arjun apareció a su lado y se sacó su propio tubo.

—Perdón, ¿dijiste algo?

Mia repitió sus palabras.

—Sí —respondió él—. Tuvimos muchísima suerte con la variedad de peces y otras criaturas. No podía apartar la vista de ellos. Perdón por haberte tenido aquí tanto tiempo. Debería haber preguntado si querías volver.

—¿Estás loco? ¡Me ha encantado cada minuto! —Señaló hacia el yate, donde los demás probablemente estuvieran tumbados al sol o relajándose en el jacuzzi—. Esos son unos blandengues. —Soltó una risa—. Entonces, ¿vamos otra vez o ya has tenido suficiente?

Él sonrió.

—¿Una última vuelta? Solo diez minutos. —Había un matiz de súplica en su voz. Mia fue incapaz de resistirse.

—Si tú vas, yo voy.

—Trato hecho.

Al unísono, se colocaron de nuevo las boquillas, se hicieron un gesto de asentimiento y entrelazaron las manos antes de volver a sumergirse. De inmediato, el mundo de la superficie se desvaneció, y el mágico, casi mítico, reino submarino cobró protagonismo.

A pesar de que llevaban al menos un par de horas explorando el arrecife, con una pausa para ir al baño, aplicarse más protector solar y ponerse una camiseta para evitar quemaduras, Mia todavía apenas podía creer lo que estaba viendo. Había visto criaturas así en acuarios, pero no se comparaba en nada con observarlas en su hábitat natural. Peces de colores vibrantes de todas las formas y tamaños, medusas, cangrejos, langostas, un par de rayas, estrellas de mar, camarones, erizos y hasta caballitos de mar... Los habían visto todos, y había sido impresionante.

Ella y Arjun dieron una vuelta amplia y pausada alrededor del arrecife, procurando no perturbar a las criaturas que observaban con

tanto interés. Cuando estaban en el punto más alejado del yate, Mia creyó ver algo por el rabillo del ojo. Algo grande. Hizo todo lo posible por no entrar en pánico ni moverse bruscamente, consciente de que podría meterse en un buen lío si sin querer aspiraba agua por el tubo. Su corazón martilleaba mientras se obligaba a girar la cabeza con lentitud para mirar en la dirección donde creía haber visto a la criatura. Por un momento, no notó nada fuera de lo común.

Y entonces la silueta reapareció, más cerca esta vez. El estómago de Mia dio un vuelco y apretó con tanta fuerza la mano de Arjun que lo oyó soltar una exclamación bajo el agua. Pero, cuando el ser se acercó aún más, se dio cuenta de que no era lo que *había* pensado al principio. Su corazón seguía latiendo con fuerza, pero ahora era de emoción, no de miedo.

Miró a Arjun para ver si él también lo había visto. A juzgar por sus ojos muy abiertos tras la máscara, ampliados casi hasta lo cómico por el efecto de aumento del lente, estaba claro.

Cruzaron una mirada y él le apretó la mano. Mia sonrió, o lo más parecido a sonreír con el equipo de snorkel puesto, y volvió su atención al delfín. No sabía demasiado sobre ellos, pero tenía entendido que solían ser amigables, incluso juguetones, con los humanos. Si tenían suerte, aquel hermoso mamífero podría acercarse aún más. Tal vez incluso trajera compañía, ya que era poco probable que estuviera solo. Quizá hasta llegaran a tocarlo.

En ese momento, la criatura emergió a la superficie, y Mia y Arjun la imitaron de inmediato, sacándose las boquillas.

—Ay —susurró Mia, temerosa de asustar al animal, que parecía estar rodeándolos, quizá evaluando si eran una amenaza—. Esto es... —Sacudió la cabeza, aturdida—. No se me ocurre una palabra lo bastante poderosa.

—A mí tampoco —admitió Arjun, luego echó un vistazo al yate—. Es una pena que los demás se lo estén perdiendo, pero no tengo idea de cómo llamar su atención sin arriesgarnos a espantarlo.

—¡Mira! ¡Hay más! Ojalá pudiera tomar fotos de esto.

Efectivamente, el delfín había traído compañía, y el grupo de mamíferos nadaba a su alrededor, aunque manteniendo cierta distancia. Un par de ellos incluso hicieron esos saltos y clavados tan

característicos de su especie, dejando a Mia y Arjun en silencio por un instante, intercambiando miradas emocionadas y sonrisas enormes.

Mia también sentía pena de que Elias, Alex y Thomas se estuvieran perdiendo un espectáculo así, pero no sabía qué hacer al respecto. *A menos que...*

—Oye —dijo a Arjun—, ¿y si nos acercamos poco a poco al yate? Parecen lo bastante curiosos como para seguirnos, y así quizá podamos llamar la atención de los demás para que los vean.

—Es una gran idea. Vayamos despacio, casi arrastrándonos. Tal vez ni se den cuenta.

—Oye, dales algo de crédito. ¿No se supone que son súper inteligentes?

—Sí, pero no creo que hablen inglés, así que con suerte no se enterarán de lo que estamos haciendo. —Sus ojos oscuros brillaban con picardía.

Mia le dio un leve empujón con el hombro y, aún con las manos entrelazadas, comenzaron a avanzar hacia el *Pearl*. Se bajó la máscara hasta dejarla colgando de su cuello y, sintiéndose más confiada, extendió la mano libre en dirección al delfín más cercano.

—Hola, precioso —murmuró en tono tranquilizador—, ¿viniste a verme porque es mi cumpleaños? Qué detalle tan lindo de tu parte... y de tus amigos.

Siguió murmurando tonterías con el mismo tono, esperando que aquello relajara a los animales y los animara a acercarse. No se hacía ilusiones de vivir una experiencia como la que la gente tenía con delfines en cautiverio, montarlos sujetándose de sus aletas y esas cosas, pero deseaba con todas sus fuerzas poder acariciar al menos a uno. Sería la guinda perfecta de un cumpleaños espectacular. Mejor dicho, sería todo un frutero completo.

Ya habían recorrido la mitad del camino de regreso cuando, de repente, parecieron haber convencido a los delfines de que no eran una amenaza... o quizá la curiosidad de los animales terminó por imponerse. Tres de ellos se acercaron. Mia y Arjun se quedaron quietos, conteniendo el aliento. Apenas dos metros los separaban ahora de las magníficas criaturas.

Mia sintió que el corazón le latía con tanta fuerza que le retumbaba en los oídos. Mantuvo el brazo extendido, sin saber si debía retirarlo o dejarlo en su sitio. Entonces, uno de los delfines pasó tan cerca que sus dedos rozaron la piel suave del animal.

Tuvo la suficiente presencia de ánimo para no chillar de sorpresa, pero giró de golpe la cabeza hacia Arjun, los ojos y la sonrisa tan desmesuradamente abiertos que debía de parecer una loca. No le importó. ¡Había tocado un delfín, por el amor a la bondad!

Sin bajar el brazo, le susurró a Arjun:

—Ay, ¿viste eso?

Él asintió con una sonrisa que reflejaba la suya.

—Sí. Es increíble. Tienes mucha suerte. Son tan tiernos, pero tan majestuosos a la vez.

Como si hubieran entendido sus palabras, los delfines se acercaron aún más, rodeándolos, saltando y zambulléndose. Uno incluso dejó escapar el sonido característico de su especie. Mia y Arjun se miraron con el asombro reflejado en el rostro.

—¿Seguro que no entienden inglés? —preguntó Mia, con los ojos ahora brillantes de lágrimas. Lágrimas de felicidad—. Pareció que lo hicieron a propósito, como si estuvieran presumiendo porque los halagaste.

Arjun se encogió de hombros.

—Tal vez. Dicen que son muy intuitivos. —Extendió la mano lentamente—. A ver si tengo tanta suerte como tú.

Los dos flotaban en el agua, sosteniéndose con un brazo mientras extendían el otro, esperando desesperadamente más contacto con los delfines. Y, después de un par de minutos más, su deseo se hizo realidad. Otro miembro del grupo, incapaz de ignorar su curiosidad, se unió momentáneamente a sus compañeros, luego pasó de largo y nadó directamente hacia Mia y Arjun. Dio una sola vuelta alrededor de ellos, luego emergió frente a ellos, movió la cabeza y chasqueó. Su boca abierta, a pesar de las hileras de dientes, le daba un aspecto casi sonriente, y Mia no pudo evitar sonreírle de vuelta.

—Hola, precioso —dijo, moviendo ligeramente la mano—. ¿Nos dejarás tocarte? ¿O eres tímido? No te haremos daño.

El delfín chasqueó de nuevo y volvió a mover la cabeza. Ni Mia ni Arjun tenían idea de lo que eso significaba, así que, tras intercambiar una mirada interrogante, volvieron su atención a la criatura y, al unísono, la tocaron con cuidado. Cuando el delfín no se estremeció ni se alejó nadando, empezaron a acariciarlo como se haría con un perro, deslizando las manos por su cabeza y su hocico para descubrir qué le gustaba.

—Ay, Arjun —susurró Mia mientras la criatura disfrutaba de la atención, aparentemente encantada—. Creo que voy a morir de ternura.

Él rio.

—No eres la única. Ojalá los demás pudieran ver esto; sinceramente, creo que no nos van a creer cuando se lo contemos. Yo mismo aún no estoy seguro de creerlo. Van a pensar que tomamos demasiado sol y empezamos a alucinar.

—Podría ser, porque esto es completamente surrealista.

—Pero es poco probable que los dos tengamos la misma alucinación, ¿no crees?

—Sí, supongo que sí.

Intercambiaron otra sonrisa y continuaron jugando con el delfín, que parecía bastante contento de escucharlos hablar mientras lo acariciaban y le respondían con sus propios sonidos. Al cabo de un rato, o bien se había aburrido o ya tenía suficiente, porque lanzó un último chasquido, se sumergió, dio un giro elegante y nadó de regreso con su grupo. Al reunirse con los demás, pareció contagiarles su emoción: todos comenzaron a moverse rápidamente en el agua, saltar, zambullirse, jugar, perseguirse... Mia y Arjun contemplaron la escena en silencio, maravillados. Observaron al grupo alejarse poco a poco y, solo cuando dejaron de verlos, se volvieron el uno hacia el otro, con sonrisas idénticas.

Arjun soltó un suspiro, como si hubiera estado conteniendo la respiración. Quizás lo había hecho. Sus ojos brillaban.

—Guau —sacudió la cabeza, incrédulo—. Simplemente... guau. No se me ocurre nada más que decir.

Mia le tomó las manos y las apretó.

—A mí tampoco. Ha sido increíble. Qué criaturas tan hermosas. Siempre supe que eran adorables y fascinantes, pero estar tan cerca de delfines salvajes... ¿qué tan afortunados somos?

—Mucho. Confieso que esperaba ver algunos viniendo a esta zona. Hice mi investigación. Pero jamás imaginé que se acercarían tanto, ni que nos dejarían tocarlos. Fue increíble. Me siento como David Attenborough.

—Yo también. O la versión femenina, al menos.

Arjun sonrió, mostrando sus dientes blancos y perfectos bajo la brillante luz del sol.

—Supongo que deberíamos regresar. Mis piernas están empezando a cansarse de tanto flotar en el agua. ¿Las tuyas?

Ella asintió.

—Sí, pero ha valido totalmente la pena. Gracias.

Usó el agarre de sus manos para acercarlos y se estiró para besarlo, no era la tarea más sencilla cuando se flotaba en el océano.

Cuando se separaron, él dijo:

—¿Gracias por qué? No le pagué a los delfines para que vinieran a visitarnos, ¿sabes? Aunque lo habría hecho sin dudarlo si fuera posible. Son espíritus libres, vinieron por su cuenta.

A pesar de sus palabras, parecía complacido consigo mismo, con una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios. Aunque bien podría haber sido por el beso.

—Lo sé, pero hiciste que esto fuera posible. Hiciste tu investigación, nos trajiste aquí, aumentaste nuestras probabilidades de verlos.

Él se encogió de hombros y un leve rubor tiñó sus mejillas. Cambió de tema diciendo:

—Vamos, cumpleaños. Regresemos al barco. Creo que necesitamos algo de beber y un descanso para nuestras piernas cansadas.

—No puedo discutir con eso.

Soltaron sus manos y recorrieron la distancia hasta el yate a un ritmo pausado, a pesar de que ambos podían nadar mucho más rápido. Mia no estaba segura del motivo de Arjun para tomarse su tiempo, pero ella no tenía ninguna prisa por salir del océano, pues

en el fondo esperaba que los delfines volvieran a aparecer. Piernas cansadas o no, si regresaban, ella no dudaría en quedarse en el agua con ellos.

Incluso para alguien que, por su propia admisión, tenía una vida privilegiada, nadar y acariciar delfines salvajes en el océano Índico era algo especial, algo que ciertamente no ocurría todos los días. No estaba segura de si se lo diría en voz alta a ninguno de los hombres, por miedo a ofenderlos o hacerlos sentir mal, dado el esfuerzo que habían puesto en todo lo demás, pero, sin duda, era el mejor regalo de cumpleaños que había recibido en su vida.

Capítulo Nueve

Cuando por fin arrastraron sus cuerpos cansados de vuelta al yate, Mia y Arjun encontraron a los demás disfrutando de una siesta en las tumbonas al sol. Ella sonrió: no tenían idea de lo que se habían perdido. Y tampoco había pruebas fotográficas. Ya se encargarían de contarles todo más tarde.

Después de revisar con cuidado que nadie estuviera en riesgo de quemarse y ajustar las sombrillas según fuera necesario, Mia y Arjun se adentraron en el barco para usar el baño, ducharse y cambiarse de ropa.

—¿Nos vemos junto a los controles cuando estemos listos? —dijo ella antes de que cada uno se dirigiera a su respectivo baño privado.

Arjun le dedicó una sonrisa suave.

—Mia, por favor, no sientas que tienes que hacerme compañía todo el día. Sé que te sientes culpable porque estoy pilotando el yate, pero no deberías. Yo elegí hacerlo y estoy encantado. Más que encantado. De verdad lo disfruto. Es tu cumpleaños, ve y diviértete.

—No es que *sienta* que debo hacerte compañía. *Quiero* hacerlo... ¿si eso está bien para ti? —Sonrió con picardía—. Además, creo que ya va siendo hora de retomar lo que dejamos pendiente, ¿no crees?

Una sonrisa traviesa se extendió por el rostro de Arjun.

—Dicho así... ¡nos vemos arriba, pronto!

Hizo un sonido de aceleración y se lanzó hacia la habitación, dejando a Mia riéndose y sacudiendo la cabeza antes de retirarse a la otra habitación para disfrutar de la muy necesaria ducha.

Media hora después, sintiéndose fresca y revitalizada, no se había dado cuenta de lo agotadora que había sido la larga sesión de esnórquel hasta que el agua de la ducha la envolvió, subió al puesto de mando. Como era de esperar, encontró a Arjun allí, con el cabello aún húmedo brillando bajo el sol. No que fuera a permanecer húmedo por mucho tiempo con aquel calor. Llevaba una camiseta blanca, pantalones cortos negros y chanclas. Mia se había puesto el segundo bikini que Thomas le había sugerido llevar, de un llamativo color aguamarina, y encima un vestido veraniego blanco, largo y

ligero, su piel merecía un descanso del sol. Ella también llevaba chanclas.

—Hola —dijo, sentándose a su lado en el banco y frunciendo levemente el ceño cuando el calor traspasó el vestido y el bikini hasta su piel—. ¿Te sientes mejor ahora que te has refrescado?

Él asintió.

—Oh, sí. Sabía que no tardaría tanto en ducharme como tú, así que aproveché para escabullirme a la cocina y traer bebidas y algo de picar.

Señaló una pequeña nevera portátil que había colocado bajo el asiento opuesto, probablemente para mantenerla fuera de la luz directa del sol.

—¿“Escabullirte”?” —rio ella—. ¡Lo dices como si realmente no debieras haber estado ahí! Es nuestro yate por el día, ¿no? Y supongo que hemos pagado por toda la comida y bebida a bordo.

—Bueno, sí... —una arruga apareció entre sus cejas—. Pero suena más emocionante si finjo que asalté la cocina, ¿de acuerdo? Como si estuviéramos teniendo algún tipo de festín prohibido a medianoche.

Mia alzó la vista hacia el cielo azul despejado y luego lo miró con el ceño fruncido.

—¿Medianoche? ¿Seguro?

Él le dio un suave toque en el brazo.

—Está bien, está bien, deja de destrozarme la fantasía. Arruinas mi diversión. Solo estoy jugando. Tal vez el sol se me haya subido a la cabeza —se encogió de hombros—. En fin, ya sea sigiloso, prohibido o perfectamente aceptable, ¿quieres algo de beber y comer?

—Tal vez dentro de un rato. Primero hay otra cosa que quiero hacer.

—¿Ah, sí?

Mantuvo el contacto visual con él, esperando a que captara la indirecta. Cuando no lo hizo, o bien estaba fingiendo no entender, dejó que una sonrisa lenta se dibujara en su rostro y arqueó las cejas de manera sugerente.

—Ohhh, *eso* —dijo él con tono exagerado y un brillo travieso en la mirada.

Mia comprendió al instante que le había estado tomando el pelo. A decir verdad, se lo tenía merecido por haberle fastidiado lo del festín de medianoche. Aun así, sonriendo, dijo:

—¿Y bien? ¿Te apuntas o prefieres dejarlo para otra ocasión?

—No digas tonterías —se deslizó por el asiento hasta acortar la distancia entre ellos y pasó un brazo sobre sus hombros—. No he pensado en otra cosa desde que dejamos atrás a los delfines.

—¿Realmente? —ronroneó ella, acurrucándose contra él y rozando su cuello con la nariz. De inmediato, la envolvió el delicioso aroma del gel de ducha que él había usado, algo ligero, exótico y muy *suyo*—. Mmm, hueles bien.

Él le apretó los hombros y apoyó la barbilla sobre su cabeza antes de aspirar hondo.

—Tú también. Champú de fresa... y sol. Perfecta combinación.

Se apartó un poco para mirarla a los ojos.

—Eres preciosa, Mia, ¿lo sabías? Por dentro y por fuera.

Un cálido resplandor nació en su vientre y se extendió hasta la punta de sus extremidades.

—Gracias. Tú también.

Él arrugó la nariz.

—¡Los hombres no pueden ser preciosos!

Mia recorrió su rostro de modelo con la mirada y replicó:

—Discrepo. Desde donde estoy sentada, eres condenadamente hermoso.

—No suena muy masculino, ¿verdad?

Ella puso los ojos en blanco.

—No te tenía por alguien que se preocupara por su masculinidad.

—No lo hago.

—Entonces deja de quejarte y bésame.

Él abrió la boca, como si fuera a protestar, pero luego pareció pensárselo mejor.

—Está bien, lo haré. Solo una cosa más.

Mia entrecerró los ojos.

—Dime...

—Te amo.

El cálido resplandor se intensificó. A ese paso, iba a irradiar tanto calor como el sol.

—Yo también te amo, Arjun. Muchísimo.

—Música para mis oídos —dijo él, quitándose las gafas de sol y dejándolas junto al panel de control del yate.

—Oh, esto parece serio —indicó Mia, señalando el accesorio.

—Porque lo es —Arjun tomó con cuidado las patillas de las gafas de Mia, se las quitó y las colocó junto a las suyas. Luego volvió a llevar las manos a su rostro, pero esta vez para enmarcarlo entre sus palmas y atraerla hacia un beso suave.

Un beso que ella correspondió con gusto.

Con una mano, se enredó en su espeso cabello, mientras la otra descansaba sobre su pecho. A través de la tela de la camiseta, sintió el acelerado latido de su corazón y el calor de su piel.

Felicidad y deseo crecieron dentro de ella en igual medida. Hasta el momento, había sido un día perfecto, y en gran parte era gracias a él. El tiempo que habían pasado juntos a solas, tanto en el yate como en el mar, especialmente con los delfines, había sido divertido, relajado, y ahora se sentía más unida a él que nunca.

Días atrás, él le había dicho que era feliz con su relación y que pensaba quedarse. Aunque nunca había tenido motivos para dudar de sus palabras, algo en ese día parecía subrayarlas, hacerlas más reales, más permanentes.

Apretando su agarre en el cabello de Arjun, ella tiró ligeramente, y cuando él gimió de aprecio, ella aprovechó la oportunidad para deslizar su lengua en su boca. Él sabía a menta y rápidamente movió su lengua para encontrar la de ella. Ella vertió su intensidad emocional repentina en su beso, profundizándolo aún más. Él respondió de la misma manera, y en cuestión de minutos estaban besándose como adolescentes hormonales, con sus manos recorriendo rápidamente y con locura. Llevada enteramente por la necesidad física, Mia se sentó a horcajadas sobre él en el asiento, luego se frotó contra la erección que estaba muy contenta de encontrar allí. Tal vez fuera porque habían sido interrumpidos anteriormente y habían tenido que esperar un tiempo considerable

antes de continuar, no lo sabía, pero estaba tan consumida por la lujuria que todo lo que podía pensar era tenerlo dentro de ella, y el orgasmo abrasador que sin duda seguiría.

Juzgando por la forma en que gemía, y exploraba frenéticamente su boca y cuerpo con su lengua y manos, Arjun se sentía exactamente de la misma manera. Ella tanteó alrededor y rápidamente localizó el dobladillo de su camiseta, luego la arrastró hacia arriba por su cuerpo. Rompieron su beso solo el tiempo suficiente para que Mia pudiera quitarle la prenda y dejarla caer al suelo, luego continuaron. Ella barrió sus manos a través de su piel expuesta, el calor y la sensación de su piel suave y músculos duros eran absolutamente intoxicantes. Ella gimió profundamente en su boca.

Un segundo después, Arjun estaba ocupado buscando el dobladillo de su vestido. Al encontrarlo, repitió el movimiento que ella había hecho con su camiseta. Solo que no se detuvo allí. Tan pronto como se deshizo de su vestido, comenzó a deshacerse de su bikini superior. *Olvídate de darle un descanso a mi piel del sol.* Él desabrochó el broche en el centro de su espalda, luego tiró de las tiras sobre sus hombros. Mia quitó sus manos de su cuerpo y ayudó a quitar la prenda del todo antes de agarrar sus hombros. El sol, a pesar de estar muy pasado de su cenit, todavía golpeaba salvajemente su piel desnuda. Afortunadamente, ella había reaplicado protector solar después de su ducha, por lo que no tenía que preocuparse por quemarse en este momento. Y, además, estar desnuda, o casi, al aire libre, en el *mar abierto* incluso, era emocionante.

Las manos calientes de Arjun ahora estaban en sus senos, alternadamente acunándolos y apretándolos, luego jugando con sus pezones. Ella rompió su beso para echar la cabeza hacia atrás y dejar escapar otro gemido gutural, este completamente sin restricciones y de inmediato arrastrado por la brisa marina que hacía que estar en la luz solar directa fuera soportable.

Su boca ahora libre, Arjun bajó la cabeza a sus senos y chupó un pezón mientras continuaba pellizcando y enrollando el otro.

Mia gimió de nuevo, con su vagina apretándose de necesidad y humedeciéndose por segundo.

—Joder, Arjun, eso es tan bueno—. Ella apretó su agarre en sus hombros, sus uñas clavándose en su carne. —Estoy tan... uhh... te quiero ahora. Tanto.

Él murmuró alrededor de su pezón, pero no dio ninguna otra respuesta, simplemente continuó complaciéndola. Perturbada, y más que un poco loca de lujuria, ella rodó sus caderas, frotándose toscamente contra su polla tiesa.

Eso pareció servir. Después de un rápido mordisco a su pezón, él levantó la cabeza y encontró su mirada, un destello desafiante en sus ojos.

—¿Te gusta así, ¿eh?

Antes de que ella tuviera la oportunidad de responder, Arjun la puso de pie y le bajó la parte inferior de bikini hasta los tobillos. Luego, mientras ella se quedó allí, casi paralizada de excitación y preguntándose qué haría a continuación, él se puso de pie, se quitó las chanclas, luego se quitó los shorts y los pateó a un lado. No había ropa interior debajo de ellos. Los ojos de Mia se abrieron de par en par al ver su polla, tiesa y con una gota de líquido preseminal apareciendo en su punta. Los jugos se filtraban de su vagina, y ella dejó escapar un sonido que se suponía que era un gemido, pero era más como un chillido.

No parecía importarle a Arjun. Ahora desnudo y claramente listo, se tomó un momento para beber la vista de Mia, que llevaba nada más que un par de pantaloncitos de bikini de color verde turquesa alrededor de sus tobillos, y sus chanclas. Con una sonrisa de la que el diablo habría estado orgulloso, la levantó, su calzado cayendo y golpeando la cubierta en el camino, y la tiró sin ceremonia en el asiento del banco, con su propia excitación haciéndolo torpe.

Pero a ella no le importaba. Ni le importaba la pegajosidad sudorosa que ya se generaba entre su piel desnuda y la superficie de cuero debajo de ella. Apenas la notó. Estaba demasiado enfocada en el dolor en su ingle y preguntándose exactamente qué haría Arjun al respecto.

No tuvo que preguntarse durante mucho tiempo. Él rápidamente se subió a su lado, agarró sus manos y las inmovilizó sobre su cabeza. Luego se movió para que una de sus manos sostuviera ambas muñecas de ella, dejándolo con una mano libre. Mientras sus ojos oscuros ardían en los de ella, la intensidad que vio allí le dijo que estaba tan ansioso por placer y alivio como ella. La hizo derretir y arder de nuevo.

Él acarició su mejilla, luego tomó su boca en un beso brusco y breve que la dejó sin aliento y un poco mareada. Mientras parpadeaba para tratar de recuperar el equilibrio, Arjun retiró su mano y presionó su dedo índice ligeramente contra sus labios. Luego lo deslizó a un ritmo de caracol por su barbilla, garganta, escote, entre sus senos, sobre su estómago y finalmente en su pubis rubio oscuro. Si era posible, entonces se movió aún más lentamente, prolongando su agonía, antes de sumergirse entre sus labios inferiores hinchados y resbalosos y recoger los jugos que se acumulaban allí. Con otra de esas sonrisas diabólicas, llevó el dedo pegajoso a sus labios y lo lamió. Luego, aparentemente satisfecho de haberla atormentado lo suficiente, maniobró entre sus piernas, apuntó su verga gruesa hacia su entrada y se deslizó adentro.

La larga espera para retomar donde lo habían dejado, la repentina muestra de dominio de Arjun y su provocación se combinaron en una mezcla embriagadora que hizo que el orgasmo de Mia se acercara y la atravesara a una velocidad vertiginosa que la dejó sin aliento y atónita con incredulidad. Convulsionó silenciosamente debajo de él, incluso mientras el placer se acumulaba en ella de nuevo, ya que Arjun comenzó a follarla con una ferocidad que sabía que la haría venir de nuevo en cualquier momento.

Se aferró desesperadamente a sus bíceps, vagamente consciente de la emoción ilícita de follar al aire libre, completamente desnuda. No es que importara, si un barco de crucero pasara por allí en este momento, no había forma de que pudieran detenerse. No podían, ni siquiera si lo intentaban. Estaban millas más allá del punto de no retorno ahora; el puro deseo animalístico había tomado el control

mientras se sacudían y embestían y gemían en su camino hacia el borde mismo de la felicidad.

Mia arqueó su espalda, amando la sensación de los rayos de sol bañándola en su rostro expuesto y párpados apretados. Era delicioso, decadente, y cuando Arjun inclinó la cabeza para morder la piel delicada de su garganta, para luego murmurar: "Estoy casi allí, bebé", fue todo lo que pudo hacer para ganar control sobre su cerebro, boca y cuerdas vocales para formular una respuesta.

—Sí, Arjun. Vente para mí.

Él raspó sus dientes brevemente sobre su garganta, luego cambió su peso para poder follarla más rápido. Aparentemente, se dio cuenta de que esto significaba que sus movimientos ya no estimularían su clítoris, así que agarró la mano de Mia y la empujó entre sus cuerpos. Ella tomó la indirecta y acarició su sensible y resbaloso botón, jadeando mientras pequeñas ondas de choque comenzaron a recorrer su cuerpo. Mientras la golpeaba implacablemente, claramente en la recta final, ella pellizcó y apretó ligeramente su clítoris sensible. Esta vez pretendía disfrutar de su clímax, en lugar de que llegara y se fuera en un abrir y cerrar de ojos, antes de que tuviera la oportunidad de sumergirse en él.

Obtuvo su deseo. Las ondas de choque aumentaron en poder y frecuencia, y después de un momento de flotar en el borde de ese precipicio inevitable, se desplomó, llamando el nombre de Arjun una y otra vez mientras el placer la consumía por completo y emergía del otro lado temblando y saciada. En algún momento durante su orgasmo, Arjun había alcanzado su propio clímax, y se había derrumbado sobre ella, jadeando en su oído y balbuceando tonterías.

Finalmente, recuperó suficiente sentido para darse cuenta de que no eran tonterías en absoluto. Su cerebro se puso en marcha y formuló la respuesta. Acarició su cabello tiernamente y dijo: —Te amo también.

Capítulo Diez

Un par de horas después, el calor abrasador finalmente comenzaba a disiparse. El cielo había pasado de su impresionante azul despejado a una mezcla fundida, aunque no menos hermosa, de rojos, naranjas, rosas y púrpuras. Hacía rato que habían levantado el ancla del yate y, según Arjun, se dirigían de regreso al muelle del que habían partido. Al ritmo que iban, probablemente llegarían casi de noche. Arjun no parecía preocupado, por lo que Mia dejó el tema de lado y se concentró en disfrutar.

Estaba jugando a las cartas en la cubierta inferior con el resto del grupo, quienes estaban tanto asombrados como afligidos por haberse perdido la experiencia cuando ella y Arjun relataron su encuentro con los delfines. Se sentía relajada y satisfecha, y su atención divagaba entre el juego, el paisaje que pasaba mientras se acercaban nuevamente a tierra, los tres hombres y vuelta al juego.

Thomas la miró y preguntó:

—¿Cómo ha sido tu día, Mia? ¿Lo has disfrutado?

Ella asintió.

—Sí, sí, cien veces sí. No podría haber pedido un mejor cumpleaños.

Alex exclamó:

—¡Todavía no ha terminado, cariño!

Mia, Thomas y Elias giraron la cabeza hacia él, y Elias siseó:

—¡Cállate, Alex! ¡Se suponía que era una sorpresa!

Alex, solo un poco avergonzado, dijo:

—Bueno, sigue siendo una sorpresa, ¿no? Porque Mia no sabe *qué* es.

—*Supongo* —respondió Elias con los ojos en blanco—. Pero arruinaste la sorpresa de la sorpresa, porque ahora Mia la está esperando. Tú y tu bocota.

—Lo siento.

Ahora *sí* parecía arrepentido. Se rascó distraídamente la barba incipiente, que en realidad ya era más bien una barba completa. Mia

se preguntó cuánto más tardaría en afeitarse. Si seguía así, terminaría con líneas de bronceado extrañas en la cara.

—Es que no pude evitarlo. Estoy emocionado, eso es todo. Perdón, Mia —la miró—. No quería arruinar tu sorpresa de la sorpresa. Trata de no pensar en ello, ¿sí?

Ella soltó una risita.

—Sí, claro, como si *eso* fuera a pasar. Ahora que sé que hay algo, intentaré descubrir qué es.

—Y por *eso* —intervino Elias con ironía— ahora he aprendido a mantener las sorpresas en secreto. Me ahorro un montón de preguntas y molestias en el proceso.

—Te lo podría haber dicho yo —dijo Thomas con un lento movimiento de cabeza—. Deberíamos hacer un documento con *Consejos sobre cómo lidiar con Mia Harrington*. Nos ahorraría muchos problemas.

—Van a tener problemas si no se callan —saltó Mia, fulminándolo con la mirada.

Thomas se echó a reír.

—Solo te estoy fastidiando, cariño.

—*Siempre* me están fastidiando... todos ustedes. ¿No pueden controlarse un poco? Es mi cumpleaños. Creo que debería tener un respiro.

Sacó el labio inferior, fingiendo estar molesta.

—Está bien —respondió Thomas con tranquilidad, recostándose en su silla—. Hasta la medianoche haré lo posible por no fastidiarte más. Pero dudo que pueda aguantar más allá de eso.

—Me lo imaginaba —replicó ella, alzando las cejas en señal de broma.

Él sonrió.

—Touché.

Ella le devolvió una sonrisa dulce y luego se giró hacia Elias.

—¿Y tú? ¿Crees que podrás mantener una zona libre de bromas hasta la medianoche?

Con los hoyuelos marcándose en sus mejillas, él respondió:

—Por ti, mi querida esposa, haré mi mejor esfuerzo.

—¿Alex?

Lo miró fijamente.

Con expresión inocente, él levantó las manos en un gesto de quién sabe y dijo:

—Supongo que sí. Pero no prometo nada.

Mia chasqueó la lengua.

—Parece que tendré que aprender a devolverles las bromas, ¿no?

Alex soltó una carcajada.

—¡Si ya lo haces!

Ella abrió la boca, sorprendida.

—¿Lo hago?

Se detuvo a pensarlo y luego sonrió, complacida consigo misma.

—Oh, sí, supongo que sí, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Tal vez sea porque ahora están todos juntos y me están fastidiando a la vez. Me siento superada en número y en ingenio. Bueno...

Se corrigió:

—Quizás no superada en *ingenio*, pero sí en *ingeniosidad*. Si es que eso es una palabra.

—Como es tu cumpleaños —dijo Elias—, te lo dejamos pasar.

Miró su reloj.

—Deberíamos terminar esta partida porque los tres tenemos que ir a preparar tu sorpresa a medias arruinada.

—Tendrás que ir a ver a nuestro ilustre capitán y mantenerte bien alejada hasta que estemos listos para ti.

Mia sonrió.

—Nuestro capitán *sí* que es ilustre, ¿verdad? O debería decir... bueno, bueno piloteando el barco. Al principio tenía mis dudas, pero desde entonces me he sentido perfectamente segura. Es muy capaz.

—Por supuesto que lo es —respondió su esposo—. De ninguna manera habría puesto a todos a merced de alguien que no supiera lo que hacía. Antes habría contratado a alguien más para pilotar el yate. Pero Arjun me soltó la bomba de que *sí* sabía lo que hacía, y resultó ser la solución perfecta para asegurarnos de mantener la privacidad que hemos disfrutado desde que llegamos. El pobre se ha

ganado sin duda un descanso para mañana. Ha estado de servicio todo el día.

Sonrió con los hoyuelos marcados.

—Aunque parece que aún le quedó suficiente energía para hacer el amor contigo en la cabina, Mia. Fuiste bastante... eh... expresiva.

—¿Qué pasó con eso de no ponerme nerviosa? —Lo miró, sus mejillas ardiendo de vergüenza—. Apenas has aguantado dos minutos. Y hay una broma ahí, si te atreves a encontrarla.

Elias soltó una risa y encogió un hombro de manera perezosa.

—Eso no era para poner nerviosa. Eso era para decir una verdad.

Dándose cuenta de que tenía razón, frunció el ceño.

—Mmmm Te la dejaré pasar esta vez. Pero más te vale que esta sorpresa sea buena.

—Oh, no te preocupes —dijo él con tranquilidad, y una sonrisa confiada extendiéndose por su rostro guapo, que ya se había bronceado considerablemente en sus días en la isla—. Lo es.

—Mmm —musitó Mia, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia la brisa que cruzaba su rostro y atravesaba su cabello, refrescándola—, qué día tan fabuloso ha sido. Abrió los ojos para mirar a Arjun, que estaba ocupado manipulando los interruptores y revisando tanto su entorno, que se oscurecía, como sus pantallas mientras se acercaban a su hogar temporal en la isla.

—Lo ha sido —dijo él, dándole una rápida mirada y una sonrisa antes de volver a concentrarse en los controles del yate—. Me alegra que lo hayas disfrutado. Yo también lo he hecho.

Mientras lo observaba maniobrando hábilmente el yate hacia el muelle, se preguntó si podría aprovechar su distracción para averiguar cuál era su sorpresa final. Pero tan pronto como tuvo el pensamiento, lo desechó. No, no era justo para Arjun, ni para los chicos que habían trabajado tan duro para planear las múltiples sorpresas para ella en primer lugar. Sin mencionar que era un comportamiento muy control freak. Sacudió la cabeza y luego miró el reloj en el panel de control del yate. Eran casi las 7:15 p.m., solo

unas pocas horas quedaban de su cumpleaños, así que no tendría que esperar *mucho* para saber qué era, en cualquier caso.

Se acercó por detrás de Arjun y le rodeó la cintura con los brazos, luego descansó el lado de su rostro sobre su espalda. Como él, ella se había vestido nuevamente después de su encuentro anterior, pero aún podía sentir el calor de su cuerpo a través del algodón de su camiseta. Y al respirar, el olor a detergente de lavandería y el aroma más tenue de ese delicioso gel de ducha picante que él había usado la excitaban. Cómodo y picante a la vez, parecía una representación fiel del hombre. Sonrió contra su espalda y lo abrazó.

—¿Todo bien allá atrás? —dijo él, con un tono distinto de diversión en su voz.

—Estoy bien, Arjun. Perfecta, de hecho. Al igual que hoy.

—Me alegra escucharlo, en ambos casos. Agárrate ahora, estamos a punto de atracar. Puede haber un pequeño golpe cuando toquemos el muelle.

Increíblemente feliz de tener una excusa para abrazarlo por más tiempo, Mia permaneció donde estaba, resistiendo apenas la tentación de deslizar las manos bajo su camiseta y recorrer su abdomen marcado. No pensaba que él apreciara más distracción mientras intentaba atracar el barco. Estrellarse o dañarlo pondría una seria nube en el día de todos, y eso era lo último que quería.

Se comportó hasta que sintió toda la tensión desaparecer del cuerpo de Arjun, como al presionar un interruptor, y él dijo:

—Bueno, eso es todo. Un día de navegación exitoso.

—Sin duda lo ha sido —respondió ella, cediendo a la tentación anterior y cerrando los ojos mientras disfrutaba de la sensación de su cálido y duro cuerpo bajo sus dedos.

—¡Ey, tú! —Arjun le agarró las muñecas y las apartó de él, luego las soltó y se giró, envolviéndola en sus brazos y pegando sus brazos a sus costados—. Ya basta de eso, pequeña. Deberíamos, eh... —Miró hacia las escaleras que llevaban al deck inferior, como si esperara ver algo o alguien allí. Quizá había algo o alguien, pero Mia había estado tan centrada en Arjun que alguien podría haber subido sin que ella lo notara. Él volvió su atención hacia ella—. Ve a buscar

a los demás, y supongo que desembarcaremos —dijo con aire alegre, añadiendo una sonrisa brillante para reforzar la frase.

No creyéndolo ni por un momento, ella entrecerró los ojos.

—Sí... supongo que deberíamos —dijo, moviendo la barbilla hacia el panel de control—. ¿Hay algo más que necesites hacer antes de irnos? Oh, y deberíamos coger esa conservadora.

—No, todo está resuelto —respondió él, dándole un rápido beso en la frente, liberándola, luego agachándose para recuperar la conservadora de donde la habían guardado bajo los asientos. Habían tomado un merecido trago de agua fría después de hacer el amor, pero no habían tocado la comida. Un hecho que Mia lamentaba un poco ahora que su estómago comenzó a gruñir en protesta. Parecía que había pasado una eternidad desde que comieron al mediodía.

Ella sonrió, luego se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras, bajando con cuidado.

Tan pronto como puso los pies planos en la cubierta, figuras grandes aparecieron a ambos lados de ella y una venda fue colocada sobre sus ojos nuevamente.

—Maldita sea —dijo, sujetándose el pecho, su corazón acelerado—. ¡Me hiciste saltar! ¿Adónde me llevan esta vez?

—No lejos, cariño —dijo la voz de Elias desde su lado izquierdo—. No lejos en absoluto. Ten cuidado donde caminas.

Para su sorpresa y confusión, Elias y quien estuviera a su derecha no la estaban guiando hacia el lado del barco para desembarcar, sino hacia la cocina-comedor, si sus sentidos le informaban correctamente. Unos momentos después, le indicaron que se detuviera, luego alguien deshizo la venda y la deslizó de su rostro.

Esta vez, sin la luz del sol a la que ajustarse, Mia parpadeó un par de veces para enfocar todo. La cocina y el comedor estaban arreglados tal como lo habían estado para el desayuno y el almuerzo, pero con una diferencia crucial.

Decoraciones. Banderas, guirnaldas, serpentinas, globos... Los chicos aparentemente habían comprado todo el contenido de una tienda de tarjetas de felicitación y decorado la cocina del yate con ello.

Ella se tapó la boca con las manos, sus ojos llenándose de lágrimas. ¿Cómo habían logrado mantener todo esto en secreto? ¿Y *de dónde* sacaron las decoraciones en primer lugar? Esas cosas no deben ser fáciles de conseguir en esta parte del mundo. Tal vez las trajeron con ellos. Tragando con dificultad, bajó las manos y dijo, su voz temblorosa:

—Vale, chicos, lo han logrado. Bien hecho. No pensaba que pudieran superar lo que ya habían hecho por mí hoy, pero lo han conseguido.

—Bueno —empezó Alex, pero cerró la boca rápidamente ante la mirada fulminante de Elias. Tosió—. Bueno, preciosa, ¿por qué no te sientas? —Se acercó a la barra de desayuno y sacó un taburete. Ella se acercó junto a él y permitió que él la ayudara a subirse con una sonrisa agradecida.

Fue solo cuando se acomodó y siguió mirando las brillantes y coloridas decoraciones que los chicos debían haber puesto después de haberla enviado de vuelta al deck superior con Arjun, que su sentido del olfato entró en acción. *Mmm, comida. ¿Es eso...?*

Desvió su atención del techo para ver que Thomas, Arjun y Alex se habían sentado alrededor de la mesa y miraban expectantes hacia Elias, que estaba junto al horno. Lo había abierto y ahora sacaba dos platos cargados, uno en cada mano.

—Cuidado —dijo mientras se giraba y se acercaba a la mesa—, están calientes.

Cuando llegó, Mia se dio cuenta de que su sentido del olfato había acertado. Al parecer, uno de sus platos favoritos estaba en el menú esa noche. Sonrió mientras su marido ponía un plato frente a ella.

—Gracias, Elias, esto se ve increíble. Huele delicioso también. Bistec, papas, champiñones, tomates... estoy a punto de babear aquí.

—No babeas —dijo él, girando alrededor de ella para poner el plato que tenía en la mano frente a Arjun, que estaba a su lado—. Solo come. No esperes. En un momento estoy contigo.

Cumplió su palabra y, en un par de minutos, los cinco estaban disfrutando de la cena, con algún que otro *mmm* sonando mientras

las papilas gustativas se deleitaban.

Mia comió su comida, echando miradas ocasionales alrededor de la mesa a la pandilla de hombres bronceados y saludables que tenía la suerte de llamar suyos. Cuando terminó, dejó los cubiertos y empujó su plato vacío hacia un lado.

—Eso fue perfecto, Elias, gracias.

Con la boca llena de comida, él simplemente le hizo un gesto con la cabeza hasta que terminó de masticar y tragar.

—Espero que tengas espacio para el postre. Por eso no hubo entrada —guiñó un ojo.

Ella sonrió, recordando la noche en que hicieron oficial su compromiso y, después de algo de debate, decidieron prescindir de los entrantes para asegurarse de tener suficiente espacio para disfrutar del cheesecake de muerte que el restaurante tenía disponible. *¿Oh, eso significa que tenemos cheesecake ahora? ¿El Sr. Guardián de Secretos se ha dejado llevar?* Tendría que esperar para ver.

Una vez que retiraron los platos, Mia esperó con emoción para ver con qué iba a saciar su gusto por lo dulce. Solo cuando Elias sacó algo grande y redondo del refrigerador, cayó en la cuenta. Alex iba justo detrás de él, blandiendo dos botellas del mejor champán que el dinero podía comprar.

Mia negó con la cabeza, incrédula. *¿Pastel y champán?* Mañana tendría que nadar en serio para quemar todas esas calorías extra. Pero ¿qué más daba? Los cumpleaños solo llegaban una vez al año. Mejor así, de lo contrario, en poco tiempo tendría el tamaño de una casa.

Elias colocó el pastel frente a ella con un gesto teatral.

—Decidimos no cantar, querida, porque pensamos que eso ya sería demasiado. Queríamos consentirte, no hacerte sangrar los oídos. Feliz cumpleaños, de parte de todos nosotros.

—Feliz cumpleaños, Mia —corearon los demás, justo cuando se escuchó el inconfundible estallido de un corcho de champán.

Mia se quedó mirando el pastel un momento: un diseño sencillo pero hermoso, con glaseado blanco y su nombre escrito en chocolate. Sospechaba con bastante certeza que se trataba de un

buen Victoria sponge con mermelada de fresa bajo esa superficie. Era su favorito, un hecho que no era ningún secreto.

Parpadeando para contener las lágrimas, levantó la mirada y recorrió a cada uno de ellos. Todos la observaban expectantes, ya fuera por su reacción o por un pedazo de pastel, no estaba segura.

—Chicos, hace mucho que sé que todos ustedes son increíbles, excepcionales y sumamente generosos. Pero hoy se han superado. Realmente. Estoy completamente anonadada. No encuentro las palabras para expresar mi gratitud ni para decirles lo mimada y especial que me siento en este momento. Así que tendrán que bastar esto: gracias, hasta la luna y de regreso. Los amo muchísimo.

Cuatro voces respondieron a coro:

—Nosotros también te amamos.

Y el corazón de Mia se hinchó tanto que pensó que estallaría.

Capítulo Once

Mia presionó "enviar" en su respuesta por correo electrónico, luego eliminó el mensaje original, ya que no necesitaba guardarlo. Suspiró cuando volvió a aparecer la vista de su bandeja de entrada, tan desbordada como lo había estado unos minutos antes. Era su primer día de trabajo después de regresar de la luna de miel y ya extrañaba su existencia sin tecnología ni dispositivos de comunicación. Había estado en la oficina, ocupada, durante dos horas completas y no sentía que estuviera mucho más avanzada. Por cada mensaje que atendía y archivaba o eliminaba, parecían aparecer dos nuevos. Esa era su "pena" por haberse ido tres semanas de luna de miel, pensó.

Se recostó en su silla, entrelazó las manos y estiró los brazos hacia el techo con una sonrisa. Aunque le tomara otras tres semanas, ¡incluso tres meses!, eliminar estos correos electrónicos, aún valdría la pena. Había sido el viaje de su vida, y aunque ya comenzaba a sentirse como si hubiera pasado una eternidad, tenía suficientes recuerdos maravillosos para mantener su ánimo alto. Una isla hermosa. Cuatro hombres guapísimos. Sexo ilimitado. Diversión a montones. El mejor cumpleaños de todos.

La mejor *luna de miel* de todas. Su sonrisa se amplió mientras se preguntaba si todos los recién casados podían decir que su luna de miel había sido tan emocionante como la suya. Dudaba que sí.

Un ladrido excitado la hizo girar en su silla para mirar por la ventana. Ese sonido solo podía haber sido causado por un ser. Efectivamente, Harry corría por el césped, con sus patitas de cachorro descoordinadas sin ir todas en la misma dirección, su lengua colgando y las orejas dando brinco. Mia gimió.

Perro malo. Deja de ser tan gracioso y lindo y de hacerme querer dejar el trabajo para ir a jugar contigo y con tu papá. Tengo trabajo que hacer.

Observó un momento más hasta que Thomas apareció en su campo de visión. Estaba claramente dividiendo su atención entre el cachorro excitable, que estaba comiendo cosas que no debía y

cavando en lugares inapropiados, y el trabajo. Pero Mia no podía quejarse, ella había sido quien compró al perro en primer lugar. Además, era solo una fase. Thomas estaba haciendo un excelente trabajo entrenando a Harry, y su obediencia mejoraba constantemente. Aunque era posible que la ausencia de tres semanas de Thomas hubiera deshecho parte de su buen trabajo. Tenía plena confianza en que pronto volverían a encarrilarse.

No tenía idea de cómo Thomas sabía que ella estaba allí, pero una vez que dejó las tijeras de podar y la pala que llevaba, miró directamente hacia ella. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa y le hizo un gesto con la mano. Ella le devolvió el saludo, con la expresión reflejando la suya y el ánimo levantándose al instante. La tentación de salir a verlos aumentó exponencialmente.

Maldita sea, no podía, tenía demasiado que hacer. Le dio otro hola a Thomas, luego le lanzó un beso y giró rápidamente la silla para mirar hacia el escritorio antes de que su resolución se quebrara. Miró el reloj en la esquina. Apenas pasaban de las diez. Con un suspiro, decidió continuar hasta la hora del almuerzo, luego buscar a Thomas para ver si tenía tiempo para un breve descanso. Seguro que él también estaría a tope con el trabajo atrasado, pero media hora no haría daño, y tenían que comer.

Maldita sea, Mia, eres la jefa. Si quieres tomar un descanso de dos horas, no hay nadie que te lo impida ni que te regañe, ¿recuerdas?

De hecho, lo más probable es que le regañaran si trabajaba demasiado. Ya fuera Thomas o Betty en persona, estarían listos para recordarle la importancia de tomar un descanso, o si alguno de los demás llamaba y se enteraba de cuánto tiempo había pasado mirando la pantalla, estaría en problemas.

Tomó su vaso de agua del posavasos, bebió un largo trago, luego lo dejó. Después de rodar la cabeza de un lado a otro y mover los hombros para liberar la tensión que se había acumulado en ellos, regresó su concentración a los correos electrónicos. Solo quedaban como un millón más por revisar. Tragó su queja y se puso a trabajar. Había estado tan segura de que podría manejar el negocio sola

después de perder a su padre, tan indignada de que él pensara que no podía hacerlo. Ahora era el momento de demostrar que sí podía.

Diez minutos antes de la hora del almuerzo que se había prometido, hizo clic en un mensaje marcado con bandera roja, siempre revisaba primero los que estaban marcados como "importantes", trabajando de los más antiguos a los más nuevos, y de inmediato se sintió atraída. El nombre del remitente le sonaba vagamente familiar, pero no logró ubicarlo de inmediato.

Estimada Sra. Harrington,

Mis disculpas por el método informal de comunicación. He estado intentando contactarla por teléfono, pero después de varios intentos fallidos, finalmente logré ponerme en contacto con un miembro de su personal, James, quien me informó que usted se encontraba de luna de miel. Felicitaciones por su reciente matrimonio. También me disculpo por no saber su nuevo apellido, no pensé en preguntarle a James cuando me dio su dirección de correo electrónico.

La razón por la que he intentado contactarla es porque tengo una propuesta de negocios que podría interesarle. Soy dueño de una porción de tierra que colinda con su propiedad, la cual utilizo para realizar corte selectivo. Sin embargo, me estoy acercando a la edad de jubilación y estoy en proceso de liquidar mis activos. Usted tiene una excelente reputación en esta área por cuidar el paisaje, el patrimonio local y a sus empleados, además de ser una empresaria excepcional. Por lo tanto, preferiría darle a usted el derecho de tanteo sobre la tierra y el negocio, en lugar de arriesgarme a que caigan en manos de alguien que simplemente desbroce el área y construya casas, o alguna otra aberración similar. También sospecho que no estaría contenta con que se construyeran estructuras cerca de su propiedad. El negocio está funcionando bien y es muy lucrativo, aunque no espero que me crea solo por mi palabra. Confío que podría ser aún más lucrativo con alguien más joven y con ideas frescas tomando el mando. Creo también que el personal se quedaría, por lo que no tendría que preocuparse por ese aspecto. Ellos mantendrán todo funcionando tan bien como siempre.

Si pudiera ponerse en contacto conmigo para hacerme saber si está interesada o no, estaría encantado de hablar con usted al

respecto. No planeo hacer esta oferta a nadie más hasta recibir noticias tuyas. Mi número de teléfono está en la firma de este correo electrónico, no reviso mis mensajes de correo electrónico con mucha regularidad, por lo que preferiría una llamada telefónica.

Espero con interés recibir noticias tuyas en su debido momento.

Atentamente,

Reginald Marsden

La curiosidad de Mia se despertó al instante. Se dio cuenta de quién era Reginald Marsden una vez que explicó que era propietario de algunas tierras vecinas. Nunca lo había conocido, ya que él estaba lejos de ser un propietario de negocio involucrado directamente, pero sí conocía a algunas de las personas que empleaba, más como conocidos ocasionales y amigos de amigos.

Entonces, él quería vender y le había dado la primera oportunidad. No pudo evitar sentirse complacida, especialmente por la parte en la que mencionaba su reputación en la zona. Siempre le había importado profundamente el paisaje, el patrimonio local y sus empleados, por lo que fue extremadamente gratificante saber que eso era notado por forasteros. Hacer bien su trabajo y ser una buena empleadora y persona eran importantes para ella, y esperaba que su padre estuviera orgulloso de lo que estaba logrando, dondequiera que estuviera.

Si quería comprar las tierras y el negocio o no era otro tema por completo. Los fondos estaban disponibles: había recibido confirmación de su abogado, el Sr. Lenton, de que, dado que su matrimonio se había llevado a cabo y todas las estipulaciones del testamento de su padre se habían cumplido, ahora era oficialmente la heredera. La casa, la finca, el dinero, todo era suyo, y podía usarlos como considerara oportuno. Tenía que admitir que era una perspectiva tentadora. No se trataba de añadir otro negocio a su portafolio y asegurar otra fuente de ingresos, no. El atractivo estaba, como Marsden había dicho, en evitar que alguien más comprara las tierras, despejara los bosques y construyera casas o algo similar allí. La zona era tan rural que algo de esa naturaleza arruinaría el ambiente de su pequeño pueblo, sin mencionar que afectaría a la

fauna local. Probablemente, sus carreteras y otra infraestructura tampoco estarían preparadas para ello.

Asegurar más empleos para la gente local también era un gran punto a favor del plan, en lo que a Mia respectaba. Un nuevo desafío tampoco vendría mal.

Sacudió la cabeza, sorprendida por la forma en que sus pensamientos se desbocaban. Era casi como si ya hubiera tomado una decisión, y ni siquiera había llamado al hombre para obtener más información, mucho menos para saber cuánto pedía por la venta.

Pensando que él ya había esperado, comprobó la fecha de llegada de su correo, dos semanas para una respuesta, un poco más de tiempo no haría la más mínima diferencia. Reflexionaría al respecto primero y le llamaría en un par de días.

Otro ladrido de cachorro resonó. Mia sonrió y giró de nuevo su silla. Harry apareció rápidamente, seguido de cerca por Thomas, quien llevaba una gran bolsa de desechos de jardín. Se levantó y abrió la ventana. Una ráfaga de aire húmedo entró para recibirla.

—¡Tom!

Se detuvo, se giró y la miró hacia arriba.

—Hola. ¿Estás bien?

—Bien. ¿Ya comiste?

—No.

—¿Quieres algo?

Él sonrió.

—¿Qué eres, la reina de las preguntas tontas?

Mia roló los ojos y se rio.

—Nos vemos en la cocina.

No estaba lejos de la puerta de la cocina y, sabiendo que llegaría primero, dijo:

—Pondré la tetera.

—Genial. Nos vemos en un segundo.

Con eso, cerró la ventana, luego volvió a colocar la silla en su lugar y se levantó. Apagó el ventilador de escritorio que había estado moviendo el aire sin rumbo y salió de la habitación.

Apenas había puesto un pie en la cocina cuando Harry se lanzó hacia ella, jadeando y moviendo la cola tan rápido que todo su trasero se movía. Ella se rio y se agachó para acariciarlo.

—Hola, pequeño loco. ¿Te portas bien con tu papá? ¿Has estado ayudándolo en el jardín?

—Si el hecho de orinar en todo y agarrar cada palo que encuentra ayuda, entonces claro —intervino Thomas con ironía. Había cumplido su palabra y ya estaban en proceso dos tazas de té. También había colocado dos platos vacíos sobre la mesa—. Si el césped acaba lleno de manchas muertas por todas partes, espero que no me echas la culpa a mí. Échale la culpa a ese pequeño demonio. —Exprimió la bolsita de té y la tiró al cubo, luego repitió el proceso en la otra taza, antes de añadir leche a cada una.

—Auu, no es un pequeño demonio —dijo Mia mientras le rascaba las orejas a Harry, derritiéndose al ver cómo cerraba los ojos de felicidad y movía la cola aún más rápido. Ni siquiera pensó que fuera posible—. No eres un demonio, ¿verdad, Harry? Eres un buen chico. Un chico precioso.

Thomas levantó las tazas y las llevó a la mesa, luego se sentó.

—Puede que no digas eso cuando veas lo que ha estado haciendo. Un poco de poda, además de la constante orina y agarre de palos. Está en todas partes. Necesitas ojos en la nuca. —Harry se acercó corriendo a él, sus garras sonando en el suelo, y se sentó a sus pies, mirándolo con adoración.

Mia mordió su labio para contener una sonrisa.

—Eso se le pasará. Solo es un bebé. Y como te tiene contigo todo el tiempo, pronto aprenderá lo que está bien y lo que está mal. Probablemente te esté castigando por haberte ido tres semanas y dejarlo. Sé que lo cuidaron bien mientras estábamos fuera, pero seguro que te echó de menos como un loco.

—Sí, probablemente tengas razón. Estoy seguro de que también te echó de menos. —Se agachó y le rasco la cabeza al perro—. En fin, ¿cómo te ha ido a ti? Supongo que has tenido un montón de cosas que resolver.

Ella hizo una mueca.

—Podrías decirlo. ¿Y tú? ¿Cómo le fue a Bobby?

Bobby era el hijo de uno de los arrendatarios de Mia. Se le había encargado trabajar en los jardines mientras Thomas estaba fuera, de vacaciones con unos amigos, o eso pensaban los demás. No era una *completa* mentira. A ella no le gustaba inventar estas historias cuando surgía la necesidad, y a Thomas tampoco, pero era necesario. Admitir que se había unido a ella y a su nuevo esposo, con quien ni siquiera vivía, en su luna de miel hubiera desatado un gran escándalo. Y eso sería sin mencionar que Alex y Arjun también habían estado allí. El proceso de pensamiento le recordó que tenía que idear una manera de darles la noticia a James y Betty. Tenían que saberlo, porque la idea de andar escondiéndose por su propia tierra y propiedad para siempre no le atraía nada. Pero, por otro lado, tampoco le gustaba la idea de decirles que tenía relaciones románticas con otros tres hombres, además de su esposo. Apartó esos pensamientos de su mente mientras Thomas respondía.

—Genial. Parece que es un chico muy capaz. Solo le pedí que cortara el césped una vez a la semana, que se encargara de las malas hierbas y de podar lo mejor que pudiera, y que se asegurara de regar todo. Nada demasiado complicado, ya sabes que soy muy particular con las plantas y las podas, pero ha hecho lo que le pedí y lo ha hecho bien. Estoy más que feliz de darle algo de dinero en el futuro si necesito ayuda durante los tiempos más ajetreados.

—Eso es una buena noticia —dijo ella mientras se acercaba a la nevera y se daba cuenta de que Betty ya había hecho sandwiches y preparado un bol de ensalada—. Ay, esa mujer es un ángel. —Sacó el plato y el bol y los llevó a la mesa, luego se sentó. Me duele no mostrarle a Thomas el cariño que quiero, pero no es posible con Betty y James rondando por aquí. Es muy fácil ser atrapados, como aprendieron por las malas hace unos meses, cuando Betty los descubrió en un abrazo apasionado en la oficina de Mia. Betty pudo haber aceptado una excusa una vez, pero si volvía a verlos demasiado cariñosos, no aceptaría más excusas.

Comenzaron a almorzar entre sus charlas.

—Me alegra que Bobby haya hecho más fácil tu regreso al trabajo. Y supongo que siempre es beneficioso tener a alguien

confiable disponible para ayudar cuando sea necesario. ¿Y si te enfermaras o te lastimarás?

—Joder, Mia, no tienes al destino —dijo Thomas frunciendo el ceño, antes de dar un sorbo a su té.

—Perdona. Solo quería decir que, si no pudieras trabajar por alguna razón, es bueno tener un plan B. Yo haría lo que pudiera, pero tengo suficientes cosas propias con las que lidiar. Y no podría pedirle a Betty o James que hicieran más que regar alguna que otra maceta.

Thomas soltó una risa.

—¿Qué?

—Perdón, pero la idea de cualquiera de los tres haciendo jardinería me parece bastante graciosa. Estoy seguro de que James podría hacer lo básico, pero... —bajó la voz— él y Betty ya no son unos jovencitos. No me gustaría que hicieran demasiado esfuerzo agachándose o levantando cosas. Y en cuanto a ti... ¿sabes distinguir un extremo de una pala del otro?

Ella le lanzó una mirada gélida.

—De hecho, sí. El extremo ancho de metal es el que usaré para darte un golpe en la cabeza si sigues burlándote.

—Muy bien, me has impresionado. Quizás después de todo sí puedas servir de algo.

Ella le hizo un gesto obsceno con los dedos, a lo que él respondió con una amplia sonrisa.

—No todos podemos ser buenos en todo, ¿verdad? El mundo sería un lugar muy aburrido. Por mucho que confíe en tus habilidades, no podrías hacer mi trabajo. No de inmediato, al menos.

Thomas se estremeció.

—Tampoco me gustaría. Demasiada responsabilidad y papeleo. Prefiero mil veces el césped, los árboles, los arbustos y las flores. Hablando de eso, no me explicaste nada sobre la tonelada de trabajo que te espera. ¿Todo ha estado bien en tu ausencia?

—Sí. James ha mantenido las cosas en marcha, pero hay un límite a lo que puede hacer o manejar. No eres el único quisquilloso con quién hace qué en su trabajo. Desde que llegué a la oficina, he

estado enterrada en correos electrónicos y apenas he rascado la superficie. La mayoría son asuntos rutinarios, salvo que...

Se detuvo, preguntándose cuánto debía decir, si acaso algo. No es que jamás hubiera guardado secretos de Thomas ni lo haría, pero ¿valía la pena mencionarlo si podía no llegar a nada?

Él tragó un bocado de pepino y arqueó las cejas.

—¿Salvo qué?

—No iba a decir nada hasta haberlo pensado más, pero sueles tener buenas ideas y una perspectiva diferente, así que eres la persona ideal para hablar de esto. Recibí un correo... —Le explicó el mensaje de Marsden—. ¿Qué opinas? No tengo idea de cuánto quiere por ello en este momento; podría ser una cantidad absurda, por lo que sé. Pero ¿cuál es tu primera impresión?

—Creo que es una idea estupenda —dijo él, con sus ojos azules serios por una vez—. Conozco a algunos de sus empleados, incluido el gerente, y todos parecen contentos y con mucho trabajo. Es un terreno enorme, así que no creo que sea barato, pero si compras el negocio tal como está, te generará ingresos desde el momento en que firmes los papeles. Y, como dice el viejo, alguien más joven y con ideas frescas podría llevarlo al siguiente nivel. —Aplaudió—. Suena emocionante. Si decides ir a echar un vistazo, me encantaría acompañarte, si está bien. Por curiosidad.

—Parece que estás buscando un cambio de carrera —dijo ella con un guiño antes de dar el último bocado a su sándwich de jamón y queso.

—Para nada. Me conoces, soy un tipo curioso, y me interesaría ver cómo funciona el modelo de negocio. Y no rechazaría la oportunidad de talar un árbol enorme si me la ofrecieran, pero la jardinería es mi primer amor. —Echó una mirada hacia la puerta y luego volvió a mirarla—. Bueno, mi primer amor no humano. Ni canino.

Acarició la cabeza peluda de Harry, lo que le valió una lluvia de lametones entusiastas.

—Me parece justo. Admito que mi primer instinto también fue positivo. Quería asegurarme de que no estaba considerando esto solo porque evitaría el desarrollo en el terreno adyacente.

Thomas se encogió de hombros.

—Eso es un gran motivador, sin duda. Me disgustaría tanto como a ti ver que arrasan con el terreno para construir.

No le sorprendió en absoluto escucharlo decir eso. Aquello era tanto su hogar como el de ella. Mia era su única familia. O lo había sido. Ahora tenía a Harry, además de Elias, Alex y Arjun.

—Pero si es algo que quieres, algo que te interesa, tiene mucho sentido —continuó él—. Encaja perfectamente con tu pasión y tu filosofía de mantener a la gente local empleada. Obviamente, no tengo idea de la parte financiera, de si es viable o no, pero tienes una cabeza brillante para los negocios y contactos que pueden asesorarte. Tu esposo, por ejemplo.

—¿Elias? —frunció el ceño.

—Eh, sí, ese mismo. A menos que tengas otro esposo del que no me haya enterado.

Tomó su taza de té y le dio un sorbo, observándola con atención sobre el borde de la taza.

Ella ignoró su comentario. Parte de ella se negaba a morder el anzuelo, y la otra se preguntaba por qué demonios no había pensado en eso antes. Un hombre en su posición tendría conocimientos sobre todo tipo de negocios, además de acceso a información y contactos valiosos. Podría asegurarse de que no estaba invirtiendo en un pozo sin fondo.

Sintió vagamente a Harry acercarse y empujarla con el hocico en busca de atención. Lo acarició distraídamente con una mano mientras con la otra tomaba su té y reflexionaba sobre sus opciones. Tras un minuto o dos, asintió con decisión y alzó la vista para encontrar a Thomas mirándola con una expresión divertida.

—Perdón —dijo—, estaba en mi mundo.

—Lo noté. Por eso no te interrumpí. Entonces, ¿cuál es tu veredicto?

—Voy a terminar mi almuerzo y luego llamaré a Marsden. Supongo que Elias querrá datos y cifras, así que reuniré toda la información que Marsden esté dispuesto a darme, quizá concrete una cita para que vayamos a echar un vistazo, y llamaré a Elias

cuando termine de trabajar para ver si tiene alguna idea que pueda ser útil.

—Genial —sonrió él—. Vaya, qué tiempos emocionantes. Pensé que la vida se estabilizaría cuando volviéramos a la rutina, pero parece que la aventura apenas comienza.

No pudo evitar echar un vistazo furtivo por encima del hombro para asegurarse de que seguían solos.

—¿Y estás bien con eso? Me refiero a más aventuras.

—Por supuesto. Mientras te tenga a ti, a ese pequeño —señaló con la barbilla a Harry, que seguía sentado a los pies de Mia, dándole toques insistentes cada vez que osaba dejar de acariciarlo— y un poco de tierra donde hundir las manos, estoy bien. Todo lo demás, aventuras incluidas, es un extra.

Capítulo Doce

Mia sonrió y asintió, a pesar de que estaba hablando por teléfono y la persona con la que conversaba no podía verla.

—Eso es maravilloso, señor Marsden. Muchísimas gracias por toda la información. Sin duda me ha dado mucho en qué pensar. Mi encargado de jardinería y yo iremos mañana a nuestra cita con su jefe de obra, y luego me pondré en contacto cuando haya tenido tiempo de reflexionar y discutir la propuesta con mis asesores. Le agradezco mucho que me haya dado el derecho de tanteo, y le prometo que no lo haré esperar demasiado por mi respuesta.

—De nada, señora Harrington.

Ella le había explicado que había conservado su apellido, aunque, por supuesto sin entrar en detalles sobre los motivos, y para su crédito, él no había mostrado la menor reacción. Figuradamente, claro. Como tampoco podía verlo, bien podría estar haciendo todo tipo de muecas al otro lado de la línea, pero lo dudaba.

—Como le dije, no tengo prisa en vender, así que estaré encantado de esperar su decisión. Prefiero esperar y tratar con alguien en quien sé que puedo confiar para manejar el terreno y el negocio de manera responsable. Sí, pase a ver a mi hombre, Darren Ayre, mañana. Ya le he dado todos los detalles financieros pertinentes, y él le explicará el funcionamiento diario. Creo que con eso tendrá una visión más completa y toda la información necesaria para tomar su decisión. No obstante, si después de la visita le surgen más dudas, estaré encantado de responderlas. Ya sabe dónde encontrarme.

—Lo sé, señor Marsden. Gracias de nuevo, y espero con interés la visita mañana. Cuídese, hasta luego.

—Igualmente, señora Harrington. Ha sido un placer hablar con usted. Adiós.

Mia dejó escapar un gran suspiro al colgar el teléfono. La conversación con Marsden había sido a la vez estresante, intrigante y estimulante. Todo lo que él había dicho había aumentado su interés en comprar el negocio y el terreno, y había tenido que hacer

un esfuerzo para no decir que sí en ese mismo instante. No es que importara si lo hacía, después de todo, tenía los fondos y no tenía que dar explicaciones a nadie, pero su sentido común y su buen ojo para los negocios le decían que no era prudente precipitarse. Especialmente sin haber visto el lugar. Tal vez una vez allí no tuviera un buen presentimiento.

En menos de veinticuatro horas lo averiguaría, así que decidió dejar el asunto de lado por el momento y volver a abrirse paso entre su bandeja de entrada. Por desgracia, los correos no desaparecían por arte de magia. Si acaso, parecían multiplicarse. *Son como condenados conejos.*

Una hora más tarde, estaba a punto de ir a servirse un buen vaso de limonada fría cuando apareció una nueva notificación de correo. Normalmente la habría ignorado, como había estado haciendo todo el día mientras avanzaba de los más antiguos a los más recientes, pero el asunto lo hacía imposible.

Propuesta Comercial

Frunció el ceño. ¿Realmente? ¿Dos en un solo día? Pero luego recordó que, técnicamente, no era así. Marsden se había puesto en contacto por primera vez un par de semanas atrás, mientras estaba de luna de miel. Aun así, ¿cuáles eran las probabilidades? Todo había marchado bien desde que Mia había estado gestionando el lugar por su cuenta. Había estado considerando posibles nuevos proyectos, pero en la recta final de la boda no había tenido un minuto libre siquiera para pensar, mucho menos para hacer algo al respecto. Y ahora, en cuestión de semanas, tenía dos propuestas en sus manos.

Mia entrecerró los ojos. ¿Era demasiado bueno para ser verdad? ¿Sería siquiera auténtico este segundo mensaje? Esta vez, no reconocía el nombre del remitente en absoluto. Por lo que sabía, podría ser un correo basura con un asunto deliberadamente intrigante, diseñado para hacer que el destinatario lo abriera. El contenido real del mensaje podía ser cualquier cosa: tonterías o incluso pornografía. Hora de averiguarlo. Hizo clic.

A quien corresponda,

Le ruego disculpe lo impersonal de este mensaje, pero me estoy contactando con varias personas que podrían estar interesadas en

esta oportunidad, y las cosas avanzan con rapidez, así que intento ahorrar tiempo.

Soy dueño y administrador de Spraxton's Cider Farm en Barton Hill, un negocio pequeño, pero próspero y rentable. Sin embargo, debido a un diagnóstico médico inesperado que he recibido recientemente, me encuentro en una situación en la que vender es mi única opción. Se trata de un negocio completo, con huertos, todas las edificaciones y maquinaria necesarias para convertir las manzanas en sidra, embotellarlas y almacenarlas hasta su envío. También cuento con un equipo completo de empleados experimentados y entusiastas. No dejaría atrás todo esto si tuviera otra alternativa.

Estoy buscando una venta rápida, pero daría prioridad a alguien que aceptara conservar a los empleados en sus puestos. No deseo ver a personas tan leales y trabajadoras quedarse sin empleo.

Si esto le interesa, por favor póngase en contacto para concertar una reunión. Puede responder a este correo electrónico o llamarme al número de móvil que aparece abajo. Le pido disculpas si no respondo de inmediato, ya que actualmente paso tanto tiempo en centros médicos como en la granja o en casa y no siempre puedo atender el teléfono.

*Atentamente,
Simon Spraxton*

Mia alzó las cejas. ¿Sería real? No sonaba como un correo de spam: no le pedía hacer clic en enlaces, completar formularios ni proporcionar información. Aun así, parecía una historia triste. Pero si esa fuera la intención, ¿Spraxton no habría dado más detalles sobre su "diagnóstico médico inesperado" para apelar a la sensibilidad de quien leyera? En cambio, se había limitado a exponer la razón de la venta sin entrar en detalles. Lo cual, por supuesto, era su derecho.

Era extraño, sin embargo, que se hubiera tomado la molestia de conseguir su dirección de correo electrónico, pero que hubiera enviado un mensaje genérico en lugar de personalizarlo. Debía de tener prisa por vender su negocio.

Clicó sobre su navegador. No había oído hablar de la granja de sidra antes, aunque sí conocía el pueblo, a unas diez millas de

distancia, pero tampoco era una bebedora de sidra, así que no era raro. Sería fácil averiguar si era real. Escribió "*Spraxton's Cider Farm*" en el buscador y presionó enter.

El primer resultado que apareció fue el sitio web oficial de la granja, así que hizo clic en él. En cuestión de minutos, confirmó que el negocio existía y que Simon Spraxton era, en efecto, el dueño. Tras un poco más de investigación, descubrió que conocía algunas de las sidras producidas allí.

Releyó el mensaje y luego tomó su móvil. Tras desbloquear la pantalla, Mia escribió un mensaje para Elias.

Hola, cariño. Espero que todo vaya bien y que tu primer día de vuelta en el trabajo no sea demasiado horrible. El mío está bien, aunque con una montaña de correos electrónicos. Hablando de eso, me han llegado un par de propuestas de negocio que me gustaría comentarte y conocer tu opinión. ¿Me llamas cuando termines el trabajo, por favor? Te amo. xxx

Envío el mensaje y, por impulso, abrió otro nuevo. Agregó a Thomas, Alex y Arjun como destinatarios y escribió: *Los amo. xxx* Luego lo envió al ciberespacio.

Sin duda, todos estaban tan ocupados con el trabajo como ella, pero tomarse un segundo para leer una pequeña nota de ánimo nunca le hacía mal a nadie. Con suerte, los haría sonreír, como ella sonreía ahora al pensar en ellos.

Dirigió la vista hacia la fotografía enmarcada de ella y Elias el día de su boda, que Betty había colocado con esmero sobre el escritorio de Mia para su primer día de vuelta al trabajo. Era una foto maravillosa que capturaba a la perfección la alegría y la adoración mutua reflejada en sus expresiones. Pero, por mucho que le gustara la imagen, no contaba toda la historia. Del día, tal vez, pero no de su nueva vida. Pasar tres semanas en el paraíso con sus hombres lo había dejado muy claro. Sí, habían tenido desacuerdos, ¿quién no los tiene de vez en cuando?, pero el viaje había estado lleno, sobre todo, de relajación, diversión y risas. Realmente se habían afianzado como grupo, y Mia había sentido un vacío en cuanto se separaron al llegar al aeropuerto de Heathrow. Ella y Thomas habían tomado un taxi para ir a casa, con una parada en el camino para recoger a

Harry, ya que no habría nadie en la finca, nadie los vería llegar juntos. Elias y Alex habían hecho lo mismo, compartiendo un coche hasta el centro de Londres en lugar de arrastrar sus pesadas maletas por el metro y las calles de la ciudad. Solo Arjun había viajado solo.

Sería raro que los cinco volvieran a estar juntos de esa manera, y Mia lo aceptaba, pero, aunque la foto de su boda era hermosa, quería algo que simbolizara su futuro como quinteto, como iguales. Quizás tendría que esconderla en alguna ocasión si tenía reuniones en su oficina, pero el resto del tiempo debería ocupar un lugar de honor en su escritorio, como un recordatorio constante de su singular y asombrosamente satisfactoria relación. Y tenía la foto perfecta para ello, una que habían tomado en la playa durante las vacaciones. Alex había colocado su cámara en un trípode y activado el temporizador. Luego, los cuatro hombres se habían alineado y habían levantado a Mia en horizontal, como si fuera una tabla o una hamaca. Cinco sonrisas radiantes y pares de ojos chispeantes decían todo lo que había que decir, sin necesidad de palabras.

Pero antes de convertir esa foto en una versión física, enmarcarla y colocarla en su escritorio, debía contarles su secreto a Betty y James, lo había pospuesto el tiempo suficiente.

—¿Sabes qué? —dijo, sin dirigirse a nadie en particular—. Al diablo con esto. Todavía tengo un montón de cosas que hacer, pero hay cosas más importantes que el trabajo. Y una vez que esto esté hecho, estará hecho. Se acabó.

Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie, con el corazón ya latiendo con fuerza y una sensación de malestar creciendo en su estómago solo de pensar en lo que estaba a punto de hacer. Solo esperaba que, al regresar a la oficina, no tuviera que añadir otra tarea a su lista de pendientes:

Buscar un nuevo mayordomo y ama de llaves.

No había visto a ninguno de los dos desde primera hora de la mañana, cuando habían llegado a la casa para comenzar su jornada. Pero sabían bien cuánto trabajo tenía que ponerse al día, así que seguramente estarían evitando molestarla para que pudiera avanzar en paz y tranquilidad. De vez en cuando, había escuchado el zumbido distante de la aspiradora, así como el inconfundible *clic, clic*

de los elegantes zapatos de James sobre los suelos de madera, pero aparte de eso, su jornada de trabajo había transcurrido sin interrupciones. Esperaba no tener demasiados problemas para encontrarlos.

Apagó el ventilador y estaba a punto de salir de la oficina cuando se le ocurrió una idea. Regresó a su escritorio y tomó el móvil. Aún no había respuesta a su mensaje, pero tampoco hacía mucho que lo había enviado. Escribió otro texto para Thomas.

A punto de encontrar a James y Betty y soltarles la bomba. Mantente lejos de la casa por un rato. Te buscaré cuando se hayan ido y te contaré qué pasó. Deséame suerte xxx

Tras pulsar enviar, dejó el teléfono sobre el escritorio, giró sobre sus talones y salió de la habitación con paso decidido. Vaciló un instante cuando su mirada se posó en la puerta de su dormitorio, la tentación de encerrarse allí y posponerlo un poco más era increíblemente fuerte, pero siguió adelante, con la cabeza en alto.

Vamos, Mia. Eres una adulta, por el amor a la bondad. Compórtate como tal. Eres la dueña, la administradora, la que manda aquí. La responsabilidad es tuya. No estás pidiendo permiso, solo informando. Si se tratara de un asunto de negocios, simplemente se los comunicarías. Solo te asusta porque es tu vida personal. Pero si te quieren tanto como siempre han dado a entender, lo entenderán. O al menos lo intentarán. Estoy segura de que, una vez pasado el impacto inicial, todo estará bien. Tú eres feliz, así que ellos también deberían serlo.

Repasó estos pensamientos una y otra vez, intentando tranquilizarse, mientras recorría la casa en su búsqueda.

Encontró a James primero. Estaba en la biblioteca, revisando el estado de los libros antiguos de la colección de Mia.

Se giró en cuanto la escuchó acercarse y le dedicó una sonrisa.

—Hola, Mia.

Pero su sonrisa se desvaneció al ver su expresión.

—¿Todo bien? Pareces... estresada.

No, estoy absolutamente aterrada, James. Tengo que decirte algo y me preocupa cómo reaccionarás.

Forzó una sonrisa.

—Todo bien, gracias. Solo tengo mucho que poner al día, eso es todo. —Se encogió de hombros, deseando que su corazón desbocado se calmara de una vez. No ayudaba en absoluto a la sensación de náuseas que tenía en el estómago—. Ya llegaré al final.

—Por supuesto que sí. —James hizo una pausa, y una de sus cejas se arqueó brevemente—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Necesitas mi ayuda con algo?

—Solo necesito hablar contigo y con Betty, nada de qué preocuparse —dijo con un tono ligero que no reflejaba en absoluto el torbellino en su cabeza—. ¿Sabes dónde podría estar?

Los ojos de James se desenfocaron por un momento mientras pensaba. Luego dijo:

—Creo que mencionó que el salón trasero necesitaba un poco de orden. —Las comisuras de sus labios temblaron, pero su profesionalismo impidió que se convirtiera en una sonrisa completa—. Puede que también haya murmurado algo sobre las montañas de regalos de boda estorbando.

Mia gimió y se llevó una mano a la frente.

—Ay, me había olvidado por completo de ellos. Seguro que suena increíblemente desagradecido de mi parte, pero no les he dedicado ni un pensamiento. Anoche me desplomé en la cama cuando volví —James no necesitaba saber que había sido en la de Thomas—, y esta mañana me puse a trabajar de inmediato. No he considerado nada más. Ni siquiera he revisado mi correspondencia. Qué horror. Tendré que empezar a escribir las cartas de agradecimiento por las noches.

—¿Vendrá Elias aquí en algún momento? —preguntó James con tacto—. Tal vez él podría ayudarte. Por supuesto, si lo deseas, yo también puedo ayudar, haciendo una lista de destinatarios, imprimiendo etiquetas con sus direcciones y pegándolas en los sobres junto con los sellos. Así solo tendrías que escribir, o mecanografiar, las cartas en sí. Dicho esto, si fueran mecanografiadas, nadie sabría si las escribí yo...

—No, no —dijo ella rápidamente, posando una mano en su brazo—. Me refiero a lo último. Sería terrible de mi parte. Me ocuparé de escribir las cartas, pero sería de enorme ayuda si pudieras hacer lo

otro, si estás seguro de que no te molesta. ¿Podrías hacerme una lista de quién regaló qué para personalizar los agradecimientos?

—Considera que ya está hecho. Y sobre Elias...

Mia no había evitado responder a propósito, pero aun así le sorprendió que James insistiera en el tema. No era propio de él, aunque tenía derecho a saberlo, ya que le afectaría. Aun así, quedaría extraño si no respondía de alguna manera.

—Elias tiene que... reorganizar y ocuparse de ciertos asuntos en Londres, así que todavía estamos viendo cómo manejar eso.

Bien hecho, Mia. Acabas de dar la respuesta más vaga posible.

Pero al parecer, fue suficiente para James. Asintió.

—¿Vamos a buscar a Betty, entonces?

Mia sabía perfectamente que Betty sería la más expresiva de los dos, si no la más sorprendida. Asintió por fuera, mientras que, por dentro, negaba frenéticamente con la cabeza y gritaba: “¡Nooooo!”.

Capítulo Trece

James tenía razón: Betty estaba en el salón trasero y, cuando entraron, estaba a mitad de mover una pila de regalos de boda hacia el borde de la habitación, probablemente para poder limpiar la mesa donde habían estado apilados durante más de tres semanas. Seguramente, haber pasado tanto tiempo sin poder quitarles el polvo la había vuelto loca. Frunció el ceño al ver a Mia y a James, dejó la pila con cuidado y se acercó a ellos.

—¿Todo bien? Tienes cara de preocupada. —Sus ojos se agrandaron y llevó una mano a la boca—. Señor, ¿ha pasado algo?

Mia negó con la cabeza y apoyó una mano en el brazo de la mujer.

—No, todo está bien, te lo prometo. Solo necesito hablar contigo y con James, nada más. Lo encontré primero y acertó al suponer que estarías aquí. Por cierto, esta semana empezaré a ordenar todo eso. —Señaló los regalos—. Organizaré las cartas de agradecimiento y demás.

—De acuerdo... —El rostro de Betty se iluminó—. Te será más fácil si no están todos amontonados en la mesa, ¿verdad? Así podrás sentarte a escribir las cartas. Muy pronto estará bien limpio.

Mia reprimió una sonrisa al ver cómo Betty intentaba justificar su impaciencia por no haber podido hacer sus tareas habituales debido a tanto desorden. Era una maniática del orden. De hecho, le sorprendía que hubiera tardado tanto en empezar a mover los regalos para sacarlos de su camino.

—Genial, gracias. Guardaré todo en cuanto pueda. Por suerte, vivo en una casa grande, así que todo encontrará su sitio. Elías y yo hemos sido terriblemente mimados. La gente ha sido muy generosa.

Inspiró hondo y se esforzó por esbozar una sonrisa, aunque sabía perfectamente que no le llegaba a los ojos. Los nervios se encargaban de ello.

—Ahora, ¿podemos sentarnos, por favor? Necesito hablar con ustedes.

La mirada de Betty se deslizó hacia la puerta.

—¿Les preparo un té?

—No —respondió Mia, haciendo que las cejas de Betty se alzaran con sorpresa. Ahora que el momento había llegado, no quería retrasarlo más. Solo aumentaría las probabilidades de echarse atrás —. Gracias, Betty, pero esto no tomará mucho tiempo. Por favor, siéntate.

Se acomodaron en los asientos junto a la chimenea: Mia en el sillón orejero que había sido el favorito de su padre, y el mayordomo y el ama de llaves en el sofá a juego, situado en ángulo recto con respecto a aquel.

Mia aferró los reposabrazos en un intento de reunir valor. O quizás para evitar salir huyendo.

—Bien, antes de decir nada, debo recalcar que lo que están a punto de escuchar es algo que debe permanecer completamente confidencial, sin importar su opinión al respecto. No debe mencionarse fuera de estas paredes, a nadie. Como saben, en general soy una empleadora relajada, con muy pocas reglas, pero ésta deben cumplirla sin excepción. Si no lo hacen... —tragó saliva y trató de que su voz sonara tan firme como sus palabras— habrá consecuencias.

No tenía idea de cuáles serían esas consecuencias, pero sospechaba que nunca tendría que aplicarlas.

James asintió de inmediato.

—Por supuesto, Mia. Puedes confiar en mí. Llevo años ocupándome de los asuntos personales de tu familia y no tengo la costumbre de comentarlos con nadie, ni pienso hacerlo.

—¡Ni yo! —intervino Betty, ofendida por la rapidez y fluidez con que James había respondido. Ante la mirada de ceja alzada de Mia, la mujer mayor se encogió un poco en su asiento y corrigió—: Quiero decir, no hablo de lo que escucho o sucede en esta casa con nadie. Nunca lo he hecho, nunca lo haré. Y lo que vayas a decir no será la excepción.

El alivio se deslizó por las venas de Mia.

—Bien, me alegra oírlo.

Tampoco le sorprendía. James no era de los que cotilleaban, y aunque Betty pudiera compartir algún chisme trivial dentro y fuera

de la casa, jamás divulgaría algo realmente importante, tanto si le advertían como si no. El hecho de que el incidente con Thomas en su despacho, meses atrás, cuando Betty los había sorprendido, jamás se hubiera mencionado de nuevo, ni por ella ni por nadie más, era prueba de ello. Ni siquiera había recibido una mirada de reojo de nadie, y en un pueblo tan pequeño como el suyo, eso decía mucho.

No, tanto James como Betty eran tan leales y confiables como podían serlo. Ahora solo faltaba saber si también eran imperturbables.

—Bien, ahora que aclaramos eso... allá voy.

Se detuvo, de repente con la boca seca, deseando haber aceptado la oferta del té. Aunque, en ese momento, algo mucho más fuerte le habría venido mejor. Tragó con dificultad y decidió continuar.

—Como bien saben, estos últimos meses han sido... caóticos, por decir lo menos. La muerte de papá, la administración de esta casa, conocer a Elias, organizar la boda... Ha pasado de todo. Y ustedes no saben ni la mitad. Pero había una muy buena razón para ello y, ahora que esa razón ya no existe, es momento de hablar.

Los miró con seriedad.

—Ustedes son muy importantes para mí, los dos. No quiero seguir dejándolos en la oscuridad. No está bien.

Se detuvo y respiró hondo, preguntándose si debía contarles sobre el testamento de su padre o si debía limitarse a la parte de los múltiples hombres. Tras un par de segundos, se dio cuenta de que, dado que el contenido del testamento de su padre había sido el catalizador de todo esto, una parte vital de la historia, debía incluirlo.

Y así lo hizo.

Comenzó desde el momento en que el señor Lenton le había revelado el contenido del testamento, cláusula incluida, y se lo contó todo a James y Betty. Cómo había pasado de ser una mujer soltera a punto de heredar una enorme suma de dinero y una gran propiedad a convertirse en una mujer casada, con su herencia y tres novios además de su esposo. Todos ellos conscientes de la existencia de los demás y, lo que era más, aprobándolo.

—Así que, como ven —dijo Mia, sintiendo una mezcla extraña de intenso alivio y una angustia feroz: alivio por haberse deshecho del peso, pánico por anticipar sus reacciones—, no podía contarles antes porque simplemente no podía arriesgarme a que nada pusiera en peligro la boda. Quería hacerlo, porque odio guardar secretos, sobre todo a ustedes dos, pero no era una opción. Asegurarme de que este lugar quedara fuera del alcance de Quinn tenía que ser mi prioridad absoluta. No podía permitir que despilfarrara lo que mi padre y su padre construyeron con tanto esfuerzo. Lo siento. De verdad lo siento. Pero también me alegra que ahora todo esté sobre la mesa.

Se desplomó en la silla, aunque la ansiedad le impidió soltar su agarre férreo en los reposabrazos. Miró expectante a la pareja, mientras su mente se llenaba de posibilidades sobre lo que podrían decir o hacer a continuación. Ninguna de ellas le resultaba muy alentadora.

James parecía estar tomándose su tiempo para asimilarlo, lo cual era comprensible, dada la avalancha de información que acababa de soltarle. Tenía las manos entrelazadas en el regazo y las observaba fijamente mientras movía una pierna con inquietud.

Betty, en cambio, parecía estar tan llena de cosas por decir que no lograba decidir por dónde empezar. Su rostro pasó por una multitud de expresiones, y abrió y cerró la boca tantas veces que acabó pareciendo un pez.

Incapaz de soportar más el silencio, Mia dijo:

—Vamos, Betty, suéltalo. Se te nota que estás a punto de estallar, así que, por favor, hazlo ya. Tengo mucho trabajo que hacer, ¿sabes?

Se estremeció al notar el tono cortante de sus propias palabras y comprendió que era la defensiva lo que la hacía reaccionar así. Cuanto antes terminara aquello, mejor.

La mujer mayor la miró directamente, obligándola a sostenerle la mirada. Mia se armó de valor y cedió, sintiendo un nudo en el estómago ante lo que podía encontrar en aquellos ojos. ¿Sería asco? ¿Horror? ¿Juicio?

Para su sorpresa, no fue nada de eso. Fue... *¿evaluación?*

—Lo siento, Mia. Estoy intentando ordenar todo esto en mi cabeza, asegurarme de que lo entiendo bien. Me estoy haciendo vieja, la materia gris ya no es lo que era, ¿sabes? Dicho esto, ahora hay cosas que empiezan a encajar. —Una chispa de triunfo apareció en su mirada—. Por ejemplo, sabía que pasaba algo entre tú y Tom. Y no solo por aquel día en tu despacho, hace meses. Ha habido otras señales desde que tu querido padre falleció que me hicieron sospechar. Y en cuanto a Alex lanzándote miradas embelesadas, bueno, ahora también lo entiendo.

Soltó una carcajada y se dio una palmada en la pierna, haciendo que Mia diera un respingo.

—Niña —Betty negó con la cabeza—, no sé si sentir envidia o admiración. Cuatro hombres guapos corriendo detrás de ti, nada menos. ¿Cómo haces para seguirles el ritmo? No, espera —levantó una mano con la palma hacia Mia—, mejor no me lo digas. No quiero saber nada de eso, gracias. Mi pobre corazón no lo aguantaría.

Las mejillas de Mia ardieron al comprender a qué se estaba refiriendo su ama de llaves. *Oh, ¡está hablando de sexo! Tierra, trágame. Ya tuve suficiente de esta conversación.*

Pero, al parecer, Betty no había terminado.

—Mira que siempre he insistido en que consiguieras un buen hombre y algo de sexo decente, pero... —volvió a sacudir la cabeza, con los ojos bien abiertos—. Digamos que no era *exactamente* esto lo que tenía en mente y dejémoslo ahí, ¿sí?

Volvió a mirar a Mia y le dedicó una sonrisa cálida.

—Cariño, me alegra que nos lo hayas contado. Mucho. Debe de haber sido muy difícil. No voy a decir que no me sorprende, y me tomará un tiempo asimilarlo, pero tal como yo lo veo, te encontraste entre la espada y la pared y supiste salir adelante. De hecho, saliste ganando. Conseguiste todo lo que querías y merecías, y más. Tu corazón estaba, y sigue estando, en el lugar correcto. Así que, mientras nadie salga lastimado y yo no entre sin querer en una de tus... situaciones con tus hombres, *bueno...* —Mia sintió que el calor en su rostro aumentaba aún más; debía de estar casi púrpura a esas

alturas—, no tengo ningún problema con ello. No es mi decisión, después de todo. Y, desde luego, no se lo contaré a nadie.

Hizo una pausa, inclinando la cabeza.

—Pero... ¿puedo hacerte una pregunta?

Mia asintió y consiguió decir:

—Por supuesto.

—¿Cuáles serán, eh... los arreglos de convivencia? Por ahora tú estás aquí, Tom en la cabaña —entrecerró los ojos—, ¿o *no*? Mientras tanto, Elias y Alex están en Londres, y Arjun—, terriblemente apuesto ese chico, con un acento glorioso, está en... Kent, ¿no? ¿Se espera que corra detrás de ustedes cinco? Quizá más, si hay bebés...

—Detente ahí mismo, Betty —dijo Mia rápidamente—. No habrá ninguna conversación sobre bebés. *Ninguna*. Ni siquiera he pensado en eso. En cuanto a lo demás, sinceramente no lo sé en este momento. Desde luego, Tom y yo podremos ser abiertos sobre nuestra relación dentro de estas paredes y en los terrenos. Tal vez se mude a la casa, o quizá prefiera quedarse donde está. No tengo idea. Pero, en cualquier caso, no tienes por qué preocuparte de encontrarnos en... ciertas situaciones. No somos exhibicionistas.

—En cuanto a los demás, hay muchas cosas que discutir y resolver. Podría llevar bastante tiempo, pero no hay prisa. Si llega el momento en que haya varios adultos viviendo aquí y el trabajo sea demasiado para ti, podemos hablar de contratar a alguien más para ayudarte.

—Lo que sí sé en este momento es que para mí es fundamental que todos mis hombres se sientan valorados y amados por igual. Estoy casada con Elias, pero si pudiera casarme legalmente con todos, ten por seguro que lo haría. Como esa opción no existe, voy a mandar a hacer copias de las llaves de la casa y darle un juego a cada uno. Tom ya tiene las suyas, por supuesto, pero enviaré las demás por mensajería, dejándoles claro que son bienvenidos cuando quieran.

—Es, básicamente, un símbolo de mi compromiso. Dado que todo esto surgió por la enorme importancia que tienen esta casa y esta propiedad para mí, el significado no se les pasará por alto.

Dicho esto, estoy segura de que ninguno aparecerá de improvisto o se presentará en la puerta con sus maletas para mudarse de inmediato, pero para mí es crucial que sepan que, si lo desean, pueden hacerlo. Hace mucho que dejé de intentar micro gestionar mi vida personal. No es divertido para nadie y, siendo sincera, es agotador. Ahora me dejo llevar. O al menos lo intento. Pero no te preocupes —añadió, guiñándole un ojo y sintiéndose mucho más animada y segura—, cuando se trata de los negocios, sigo teniendo un control absoluto y no pienso soltar las riendas.

—Vaya.

Por una vez, Betty parecía no tener nada más que decir. Frunció el ceño un momento y jugueteó con los anillos en sus dedos. Sin embargo, fiel a su estilo, logró encontrar algo más.

—Debo decir, Mia, que, a pesar del caos y los trastornos de los últimos tiempos, pareces tenerlo todo bajo control. Siempre has sido increíblemente capaz, lo has demostrado una y otra vez desde que perdiste a tu madre. Pero ahora... ahora eres simplemente increíble. Tomaste una situación imposible y la convertiste en algo positivo: para ti, para esta casa y esta propiedad, y para todas las personas que dependen de ella para su sustento. No podría estar más impresionada. Tú, querida, eres una fuerza de la naturaleza. Una verdadera inspiración. Ya lo he dicho antes y lo diré de nuevo: tus padres estarían muy orgullosos. Yo lo estoy.

Las lágrimas brotaron en los ojos de Mia. Se levantó de la silla, caminó hasta donde estaba Betty y se arrodilló a sus pies. Tomó las manos de la mujer mayor y las apretó con fuerza.

—Gracias, Betty. Por tus palabras, por tu comprensión... pero, sobre todo, por ser tú. Me aterraba que te fueras horrorizada cuando te enteraras.

—Pfft. No digas tonterías. Me quedará tanto tiempo como me quieras aquí. Puede que seas una fuerza de la naturaleza, pero aún necesitas a alguien en esta casa, ayudándote. Además —sus ojos brillaron y una sonrisa le tembló en los labios—, no sabes planchar ni para salvar tu vida. No puedo permitir que mi Mia ande por ahí con la ropa arrugada, ¿verdad? Con reuniones que atender, negocios que cerrar, hombres apostados a los que...

—¡Ya basta, Betty! ¡Por el amor a la bondad!

James habló de repente, sobresaltando a ambas. Había permanecido en silencio, casi sin moverse, desde que Mia les había confiado su secreto. Sin embargo, ella había estado tan absorta en la conversación con su ama de llaves que no había tenido oportunidad de comprobar su reacción.

Ambas mujeres lo miraron fijamente durante unos segundos que se alargaron incómodamente. Finalmente, Mia dijo con cautela:

—Así que, James... ¿hay algo que quieras decir? ¿Alguna pregunta que quieras hacer?

Tras unos segundos más de silencio incómodo, él alzó la cabeza y encontró la mirada de Mia. Una dosis saludable, y completamente comprensible, de confusión flotaba en sus ojos, junto con algo que solo podía interpretar como reflexión. Sospechaba que todavía estaba asimilándolo, pero la ausencia de cualquier juicio por su parte le indicaba que ya lo había aceptado y que lo procesaría a su debido tiempo. Lo cual le parecía perfectamente bien, podía esperar.

James esbozó una pequeña sonrisa y dijo:

—Entonces, Mia, ¿voy a encargarme esas llaves para ti? Eran tres juegos, ¿verdad?

Capítulo Catorce

Cuando Mia regresó a su oficina, hizo algo que no solía hacer muy a menudo: cerró la puerta. Era una tontería, en realidad, ya que, tras el final de su conversación, James había salido directamente a encargar las llaves y Betty había retomado su tarea de limpiar el salón trasero. No había nadie cerca de su oficina. Pero después de una experiencia tan tensa y emocionalmente agotadora, necesitaba esa barrera extra entre ella y el mundo exterior. Solo hasta recuperar el equilibrio.

Dejando escapar un enorme suspiro, se dirigió a su escritorio y se dejó caer en la silla, luego volvió a encender el ventilador. Estaba a punto de apoyar la cabeza sobre la superficie de madera y dejar que la magnitud de lo sucedido la invadiera cuando su teléfono móvil emitió un pitido, sobresaltándola.

—¡Mierda! —Se llevó una mano al pecho y con la otra alcanzó el dispositivo. Al presionar el botón para iluminar la pantalla, vio que había sido muy popular desde que se había ido a hablar con James y Betty. Una llamada perdida y cuatro mensajes de texto. La primera era de Elias, para su sorpresa y confusión. Le había pedido que la llamara después del trabajo, pero no esperaba que pudiera hacerlo hasta dentro de al menos una hora, si no más, dependiendo de cuánto tiempo se quedara poniéndose al día tras sus tres semanas de ausencia.

Los cuatro mensajes de texto eran de cada uno de sus hombres, lo que la divirtió enormemente. Pero claro, se había puesto en contacto con todos ellos antes de salir de su oficina, así que sus respuestas no eran exactamente inesperadas. Abrió sus mensajes y los leyó en orden, del más antiguo al más reciente, parecía que ese era su patrón del día.

De Thomas: *Oh, joder, creo que me iré a esconder al cobertizo. Te envío mucha suerte. Espero que todo salga bien. Avísame si y cuándo puedo salir de mi escondite. Harry te manda besos. Te quiero. x*

Sonrió y escribió una respuesta: *En realidad ha ido bien, estoy en shock. Todo está sobre la mesa y parece que lo han tomado bien. Puedes salir de tu escondite. ;) Tengo más trabajo y otras cosas que atender aquí. Hablamos más tarde. Besos para Harry y algunos para ti también. Te quiero. xxx*

La respuesta de Arjun era breve, pero no por ello menos satisfactoria: *Yo también te quiero, preciosa.*

Te quiero más, había escrito Alex. *¿Es hora de otra escapada ya?*
zzz

Sonrió y negó con la cabeza. Pobre, ya estaba agotado. Supuso que cuando eras un cirujano de primera categoría y muy solicitado, no había eso de volver al trabajo poco a poco ni ponerse al día con calma. Te lanzaban directamente a la piscina para salvar vidas. El horario de Alex siempre iba a ser el más difícil de acomodar, pero después de la conversación que tuvieron durante el viaje, cuando Mia propuso visitar Londres con más frecuencia con el pretexto de pasar tiempo con él, y Alex sugirió que tuviera una llave de su piso para poder encontrarse allí, se sentía más tranquila con su situación en particular. Estaban comprometidos con su relación, y ella estaba segura de que podían hacerlo funcionar. Londres no estaba tan lejos, no es que viviera en lo más remoto de Escocia.

El último mensaje, de Elias, decía: *Mierda, te he perdido. El jefe está en una reunión y hay poca gente por aquí, así que puedo hablar cuando estés libre. Los temas de negocios ya me intrigan, y por supuesto haré todo lo que pueda para ayudar. Yo también te quiero. x*

Mia despertó su computadora moviendo el ratón y revisó su bandeja de entrada. Solo había recibido un correo más desde que se fue, y ya casi había terminado con los mensajes marcados con bandera roja. Muchos ni siquiera le parecían lo bastante importantes como para haber sido marcados así en primer lugar. Las dos propuestas de negocio, sin embargo, eran increíblemente importantes, y una de ellas era realmente urgente.

Qué más da. Puede que estés a punto de llamar a tu marido, pero sigue siendo trabajo. No hay razón para sentirte culpable. No puedes responder a todo el mundo a la vez, no eres una super

humana. Tienes una respuesta automática activada, así que todos los que te han enviado correos desde que te fuiste a casar y de luna de miel ya saben por qué no has respondido a tiempo.

Desvió la atención de nuevo a su teléfono y pulsó el ícono para llamar a su esposo. Sonrió. *Esposo.* Aún le costaba acostumbrarse a llamarlo así, pero se sentía bien.

La llamada se conectó y escuchó el tono de llamada. Se llevó el móvil al oído y esperó.

—Hola, cariño —dijo la voz de Elias al otro lado de la línea, suave como el chocolate.

Sonrió de nuevo, aún más. Lo había visto ayer, pero ya lo echaba de menos, y decidió decírselo.

—Hola, guapo. Te echo de menos.

—Lo mismo digo. He pasado parte del día preguntándome si podría convencer a Arjun de comprar aquella isla. O, más bien, convencerte a ti de que lo convenzas. Sospecho que tendrías más éxito que yo. Podríamos aportar todos, claro, pero probablemente él tendría que cubrir la mayor parte.

Mia soltó una carcajada.

—Probablemente. Y es una idea fantástica. Pero la compra de islas privadas es una conversación para otro día. Lo que tengo entre manos está mucho más cerca de casa. Odio cortar de raíz la charla, pero me gustaría discutir contigo estas propuestas para decidir cómo proceder. De una sé bastante y ya tengo organizada una visita al sitio mañana. Me han dado derecho de tanteo, pero no hay prisa en responder. De la otra sé muy poco, pero el dueño quiere vender con urgencia.

—Suená preocupante.

—No lo es. Al menos, no en el sentido que imaginas. El negocio no está en problemas.

Comenzó a exponerle todo lo que había averiguado, y pronto estaban intercambiando ideas, sugerencias y preguntas, debatiendo pros y contras. Mia no tardó en darse cuenta de que, a pesar de lo juguetón que podía ser Elias, había tomado la decisión correcta al pedir su opinión. Sabía ponerse serio cuando era necesario, y su conocimiento e intuición resultaban increíblemente valiosos.

—Entonces —dijo ella cuando cubrieron todo—, lo que me estás diciendo es que ambos negocios parecen una buena idea.

Se levantó y llevó su vaso hasta la jarra en el aparador para servirse más agua. Tras dar un trago, lo dejó sobre el escritorio y miró por la ventana hacia los jardines bañados por el sol.

—En pocas palabras, sí. Obviamente, necesitaríamos mucha más información sobre la granja de sidra, detalles financieros y demás, pero tu investigación preliminar muestra que es un negocio con perspectivas positivas. Podría ser un reto emocionante. Y en cuanto a la propuesta de aprovechamiento forestal, si yo estuviera en tu lugar, lo compraría, aunque *no* estuviera funcionando bien, solo para evitar que los promotores inmobiliarios se hicieran con él. En el peor de los casos, podrías cerrar el negocio y dejar que el terreno se regenere solo. No sería la mejor opción, claro, pero permitir que los desarrolladores entren tendría un impacto negativo en tu tierra y en el negocio, además de en la comunidad local.

—Sí, yo he pensado lo mismo.

Se pasó una mano por el pelo y luego apoyó la palma en el marco de la ventana.

—El problema es... ¿y si *ambos* son oportunidades excelentes? Si la granja de sidra no está fuera de mi alcance financiero, podría comprarla junto con el terreno colindante, pero es mucho que asumir de golpe. Me guste o no admitirlo, sería demasiado para gestionar.

Hubo una larga pausa antes de que Elias respondiera:

—La cuestión del tiempo casi nunca juega a favor en estas situaciones. ¿Tienes idea de cuánta prisa tiene el tipo de la granja de sidra?

—Ninguna, me temo. Ni siquiera he respondido a su correo todavía.

—Entiendo.

Otra pausa, cargada de posibilidades. Mia lo sintió en los huesos. ¿En qué demonios estaba pensando?

Tras lo que debió ser un minuto entero, Elias la sacó de su incertidumbre.

—Dime, cariño, ¿qué dirías si renunciara a mi trabajo ahora mismo? En este mismo instante.

Mia ahogó un grito y balbuceó:

—¿Pero no es que tu jefe está en una reunión?

Con la voz cargada de diversión, Elias respondió:

—Saldrá tarde o temprano. Y si no lo hace, llamaré a la puerta y le pediré de hablar unas palabras.

—Pero... ¿e-estás seguro? Sé que dijiste que lo habías estado considerando y que querías hablarlo conmigo...

—Sí, y lo hice. Pero, como sabes, cariño, la vida no siempre espera a que tengamos todo en orden. A veces nos lanza cosas de improviso; estas dos propuestas de negocio son un claro ejemplo. A veces son buenas, a veces son malas. Y creo que está bien podría ser una oportunidad de oro. Parte de la razón por la que no he dejado el sector bancario hasta ahora es porque no sabía qué quería hacer después. Luego llegaste tú, y la boda... bueno, no hace falta que te diga a *tí* lo loco que ha sido todo.

Mia soltó una risita.

—Desde luego que no.

—En fin, puede que esto sea lo que necesito. Ese empujón para llevar mi vida en una dirección diferente. Y si esa dirección también me acerca más a mi hermosa esposa, entonces es perfecto, ¿no? Siempre y cuando estés de acuerdo, por supuesto. No estoy asumiendo que me mudaré contigo, aún no hemos hablado de ese tema, ¿verdad? Puedo alquilar algo. Por lo que sabemos, puede que haya alojamiento en la propia finca.

—¿L...la finca? —Mia parpadeó, tratando de seguirle el ritmo—. ¿Estás pensando en comprar la finca de sidra?

—Sí. A menos que la quieras desesperadamente, claro. Nunca me interpondría en tu camino, cariño. La oferta te la hicieron a *tí*, no a mí. Si la quieres, consideraría el negocio de silvicultura en su lugar... a menos que realmente estés pensando en quedarte con ambos, en cuyo caso te apoyaré sin dudar. Pero creo que la finca sería mejor porque estoy en posición de tomar una decisión rápida, mientras que está claro que tú no.

—Mi propuesta es esta: cuando terminemos de hablar, iré a ver a mi jefe y presentaré mi renuncia. Me pondrán en licencia con goce de sueldo de inmediato. Volveré a casa, me cambiaré, haré una maleta, subiré al coche y me iré directo contigo. Mientras tanto, tú contactas con el tipo de la finca y organizas una reunión lo antes posible. Podemos ir juntos a echar un vistazo. Si nos convence, le haré una oferta. Si tiene tanta prisa, no le importará que sea tu esposo, y no tú, quien compre el negocio. Eso aliviaría la presión tanto para ti como para él y, además, resolvería el problema de qué hacer con mi vida. Dejándote a ti el tiempo necesario para decidir sobre el negocio de silvicultura. ¿Qué te parece?

—Eh... —Mia se frotó la nuca, tratando de procesarlo todo—. Suena como un cambio de vida. ¿Estás seguro de que es lo que *tú* quieres? Para que lo sepas, no tengo ningún problema con que dejes el banco o con que te mudes aquí... de hecho, tengo noticias sobre eso, cuando terminemos con este tema en particular... pero esto es algo enorme. No quiero que lo lamente después.

—¿Qué habría de lamentar? Si este hombre es honesto, estaré dejando un trabajo que odio para comprar un negocio rentable. Con buen asesoramiento y esfuerzo, espero convertirlo en un negocio *muy* rentable. Me gusta la idea de involucrarme en el trabajo, además. Obviamente, no tengo la menor idea de cómo se hace la sidra, pero ya hay personal para eso, y espero que estén dispuestos a enseñarme.

—También me permitiría tener un horario flexible y hacer algo de trabajo benéfico. Si resulta que no me interesa trabajar allí, encontraré otra cosa que hacer además de la beneficencia. Puedo quedarme con el negocio o venderlo más adelante, sin perjuicio alguno. Tal como lo veo, aplica ese viejo dicho: quien no arriesga, no gana. Y aquí hay dos grandes ventajas: salgo de este maldito lugar y te veo más a menudo. Los inconvenientes tendrían que ser enormes para contrarrestar eso.

Quien no arriesga, no gana. La frase quedó atrapada en la mente de Mia y la aferró con fuerza.

—¿Sabes qué? —dijo, con la confianza y la emoción creciendo por segundos—. Desde que nos conocimos, hemos estado lidiando

con cambios de vida. ¿Qué más da un poco más? Y todo esto es positivo. Pero ¿me harías un favor?

La respuesta vino sin dudarlo.

—Lo que sea.

—Cuando colguemos, siéntate cinco minutos y piénsalo bien. Con la cabeza, no con el corazón. Te apoyo en cualquier decisión que tomes. Si después de esos cinco minutos sigues estando seguro, entonces adelante. Olvídate del trabajo y ven hacia aquí. Y ni se te ocurra alquilar algo, grandísimo tonto. ¡Eres mi esposo, por el amor a la bondad! Por supuesto que vivirás aquí, conmigo. Estoy mandando a hacer copias de las llaves ahora mismo... para todos ustedes. Pero eso es un secreto por ahora. Es una sorpresa. Parece que hoy el día está lleno de ellas, ¿eh?

—Desde luego que sí. Y te juro que no diré ni una palabra a los demás.

Elias dejó escapar un suspiro profundo.

—Vaya. Grandes decisiones. Bueno, el tiempo apremia, no quiero perder la oportunidad de hablar con mi jefe ni que tú dejes de contactar con el tipo de la finca, así que voy a despedirme y empezar mis cinco minutos. Te escribiré cuando haya decidido, ¿de acuerdo?

—Por favor, hazlo. Estoy en ascuas. Me late el corazón con fuerza.

—A mí también. Hablamos pronto, cariño. Te amo.

—Yo también te amo.

En cuanto escuchó el clic que indicaba que Elias había colgado, Mia volvió apresurada a su escritorio, se sentó y abrió el correo de Simon Spraxton. Deslizó hasta el final, encontró su número de teléfono y lo tecleó en su móvil. Tras tomar una profunda bocanada de aire para intentar calmar su acelerado pulso, pulsó el botón de llamada. No necesitaba esperar a que pasaran los cinco minutos de Elias; estaba un noventa y nueve por ciento segura de cuál sería su decisión. Aunque existía una ligera posibilidad de que su jefe lograra disuadirlo. De cualquier manera, no hacía daño obtener todos los detalles de la propuesta de Spraxton cuanto antes, ¿verdad?

Capítulo Quince

Mia ni siquiera se molestó en responder cuando sonó el timbre de la verja. Ya había visto el Audi de Elias acercarse en la pantalla del circuito cerrado, así que simplemente pulsó el botón para dejarlo entrar y salió apresurada, casi tropezando con sus propios pies en su prisa por llegar.

Lo esperaba en los escalones de la entrada, dando pequeños saltos de emoción sobre la punta de los pies, cuando Elias detuvo el coche y lo estacionó. En cuanto abrió la puerta, Mia corrió a su encuentro, y él apenas logró mantenerse en pie cuando ella se lanzó a sus brazos.

—¡Por todos los santos, Mia! —dijo, riendo—. ¡Vaya recibimiento! ¿Te has pasado con la cafeína hoy?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué te puedo decir? Estoy emocionada. Por mí, por ti, por nosotros.

Entrecruzó las manos detrás de su cuello y tiró de él hacia abajo para besarlo. Esa misma mañana, no tenía del todo claro cuándo volvería a ver a su marido, y ahora estaba en la puerta de su casa... y parecía que para quedarse. En el fondo, le preocupaba cómo se acomodarían las cosas a largo plazo, no solo con Elias, sino también con los demás. Pero parecía que la vida, o el destino, había resuelto al menos esa parte del rompecabezas. Y no podía estar más feliz al respecto.

Thomas había pasado por un torbellino de emociones similares cuando ella le contó la noticia: sorpresa, asombro, comprensión, alegría... y muchas más. También se había ofrecido a preparar una cena de celebración en la cabaña para cuando Elias llegara, y Mia aceptó encantada, ya que así se libraba de cocinar y podía aprovechar el tiempo para ponerse al día con algunos correos y organizar su dormitorio.

—Felicidades por dejar tu trabajo —le dijo cuando por fin se separaron. Echó un vistazo a su atuendo informal: vaqueros, polo y zapatillas deportivas. Se notaba que había estado ansioso por

librarse de las ataduras de su "uniforme" de oficina—. ¿Cómo te sientes?

Él suspiró.

—Honestamente, creo que aún no lo asimilo del todo. Pero te puedo decir que en el momento en que se lo dije a mi jefe, y luego resistí educada pero firmemente sus intentos de hacerme cambiar de opinión, sentí como si me hubieran quitado un peso de encima. Sé que es un cliché, pero es verdad.

—Bueno —dijo ella, deslizando su mano en la de él y apretándola—, eso es un gran comienzo. Puede que no tengas claro lo que te depara el futuro, pero si dejar atrás esa parte de tu pasado se siente tan bien, entonces tomaste la decisión correcta. No queda más que seguir adelante y hacia arriba, ¿verdad?

—Absolutamente —sonrió él, luego cerró la puerta del coche y, aparentemente sin querer soltarle la mano, condujo a Mia hasta el maletero, donde usó la otra mano para sacar su bolso y una funda de traje—. No he traído demasiadas cosas. Supuse que lo último que necesitabas era que llegara con montones de equipaje cuando todavía no has decidido dónde irá todo. Puedo ir a Londres cuando sea y recoger más. No es problema. De hecho... —sus ojos se iluminaron—, podría coordinarlo con los días libres de Alex y traerlo conmigo un par de días. —Pulsó el botón para cerrar el maletero.

—Gran idea, pero puedo mejorarla. Iré contigo. Bajaremos juntos, lo pondremos al tanto de los planes y le entregaré las llaves de su casa en persona. Iba a enviárselas por mensajería junto con una nota, pero así será mucho más divertido. Se sorprenderá muchísimo. Supongo que aún no has hablado con él.

Elias negó con la cabeza.

—No he tenido oportunidad. Además, no sé hasta qué hora trabaja hoy. No puede simplemente dejarlo todo y contestar el teléfono, ¿verdad?

—No exactamente, no. Mantengamos esto en secreto por ahora, ¿te parece? Los planes de negocio, que te mudas... lo visitaremos en su próximo día libre y se lo soltaremos de golpe.

Elias soltó una carcajada.

—¡Vamos a dejarlo como piedra! ¿Y Tom? ¿Arjun? ¿Saben lo que está pasando?

—Tom sí. En cuanto concerté la reunión con Spraxton, fui a buscarlo y le conté todo. Hablando del diablo, deberíamos dejar tus cosas y dirigirnos a la cabaña. Está preparando la cena.

—Excelente. Ese hombre es un regalo del cielo. Me muero de hambre —dijo, cerrando el coche mientras se encaminaban hacia la casa.

—Yo también. Ah, deberías añadir estas a tu llavero —dijo, entregándole un juego de llaves que había sacado del bolsillo.

Elias las tomó con una sonrisa.

—Gracias. Será un placer. —Entraron en la casa principal, donde él dejó su bolso al pie de las escaleras, guardó su nuevo juego de llaves en el bolsillo lateral junto con las del coche y colgó la funda del traje sobre la puerta del guardarropa—. ¿Y Arjun? —insistió.

—Ah, sí. No. —Sacudió la cabeza—. Aún no he hablado con él. Ha pasado todo tan rápido... hoy ha sido una locura. ¡Oh! Casi lo olvido: hablé con James y Betty antes. Tuve “la gran conversación” con ellos. Ahora todo está sobre la mesa, y me han asegurado que no dirán nada.

Elias se detuvo en seco, obligándola a hacer lo mismo. Se giró hacia ella con la boca abierta.

—Caray, Mia. Sí que has tenido un día movido, ¿eh? ¿Por qué no lo dijiste antes?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. No fue a propósito... simplemente me dejé llevar por todo lo del negocio. Luego tomaste tu gran decisión y, de repente, ya no me pareció tan importante como todo lo demás.

—Por supuesto que lo es, cariño. ¿Cómo se lo tomaron? —Sus ojos se oscurecieron, claramente imaginando todo tipo de reacciones posibles.

—Bastante bien, en realidad. Aún estoy sorprendida de lo bien que lo aceptaron. Betty, por supuesto, fue la más expresiva, y pensé que iba a estar horrorizada o disgustada. O ambas cosas. —Reanudó la marcha, tirando de Elias para que la siguiera—. Vamos, Tom nos espera. Pero, aunque estaba sorprendida, al final no tuvo problema

con ello. No sabía si estar celosa o impresionada —soltó una risa—. James fue mucho más callado, no ha expresado una opinión clara, pero el hecho de que fuera a hacerme una copia de las llaves y luego volviera directo a su trabajo sin decir nada me parece positivo. Claramente no tiene intención de irse. Pero esto va a requerir un gran ajuste para todos. Solo podemos tomarlo un día a la vez.

Salieron por la puerta trasera y tomaron el sendero hacia la cabaña de Thomas. La luz comenzaba a desvanecerse, pero el calor del día de verano aún flotaba en el aire, mezclado con el aroma de las plantas y las flores.

—Es cierto —dijo Elias, dándole un apretón en la mano—. Me alegra mucho que lo hayan tomado bien. Sé que era una gran preocupación para ti.

—Gracias. A mí también. Ah, ¿les has contado a los tuyos lo que está pasando?

Él le dirigió una mirada de soslayo.

—¿Qué crees? Literalmente acaba de suceder. No creo que les impresione mucho lo improvisado que ha sido todo. Así que esperaré hasta tener algo más concreto antes de decírselo. Si logro impresionarlos o intrigarlos con mi nueva carrera, quizá no se enfoquen tanto en lo que he dejado atrás. Aunque estoy seguro de que estarán *encantados* de que al fin viva con mi esposa. Nunca *lograron* entender por qué vivíamos separados, sin importar cuántas veces les explicara los motivos. —Se encogió de hombros—. Ni siquiera hablo con ellos tan seguido. Probablemente pasen unas semanas antes de que mi madre empiece a quejarse de que no la llamo lo suficiente.

Guardaron silencio por un momento, y el sonido de sus pasos sobre la grava se hizo más notorio.

Elias alzó la mano libre y señaló alrededor.

—Todo esto luce genial, considerando que Tom ha estado fuera tres semanas. ¿El suplente hizo bien su trabajo?

—Mmm-hmm. Tom está muy contento con él; dice que estaría encantado de volver a contratarlo en el futuro.

—Excelente. Aunque... —la miró de reojo—, sabes que yo estaría dispuesto a trabajar en los jardines de vez en cuando. No por dinero,

solo para echar una mano. Aún no sé muy bien cómo van a salir las cosas en cuanto a trabajo, pero si me encuentro con tiempo libre, con gusto lo pasaría aquí ayudando a Tom. Si es que me deja, claro.

Pasaron bajo los árboles, señal de que pronto llegarían a la cabaña.

Ella soltó una risa.

—Eso tendrás que hablarlo con él. Es muy celoso con sus plantas. A Bobby solo le dejó hacer ciertos trabajos: cortar el césped, quitar flores marchitas, sacar hierbas, ordenar... ya te haces una idea.

—Me parece justo. No me importa hacer de chico para todo. Se lo mencionaré alguna vez, cuando todo este asunto de los negocios esté resuelto.

—Hazlo.

Sonrió al imaginarse a los dos pasando tiempo juntos en los jardines. Inmediatamente después pensó que también podrían hacerlo por placer, no solo por trabajo. Se habían hecho amigos, después de todo, y, salvo en vacaciones, ni ella ni los hombres querían estar juntos las veinticuatro horas del día. No era sano. Así que, si querían pasar tiempo entre ellos sin ella, le parecía perfecto.

Su sonrisa se ensanchó cuando se le ocurrió otra cosa. Ahora que Elias iba a vivir allí, cuando ella viajara a Londres para ver a Alex, ya no dejaría a Thomas completamente solo, aunque estuviera con Harry, ni se sentiría culpable por ello.

Sí, todo empezaba a encajar. Tenía su casa, su terreno, su trabajo y a dos de sus hombres cerca. Dado su trabajo en la universidad local, Arjun probablemente pasaría al menos una vez por semana, tal vez incluso se quedara a dormir. Y ella planeaba visitar a Alex siempre que pudiera. No le sorprendería que Elias la acompañara de vez en cuando; después de haber vivido tan cerca el uno del otro durante tanto tiempo, le costaría no verse con frecuencia.

Cuando llegaron a la cabaña, Mia llamó a la puerta y luego la abrió.

—¡Cariño, ya estamos en casa! —canturreó.

Thomas apareció en el arco entre la sala de estar y la cocina con una enorme sonrisa.

—Justo a tiempo, cariños —respondió en tono burlón—, la cena está casi lista.

Harry salió disparado desde el fondo de la cocina y corrió entusiasmado hacia Mia y Elias. Al parecer, no sabía a quién saludar primero, así que se conformó con dar vueltas alrededor de ambos, con la lengua fuera y jadeando.

Elias cerró la puerta deprisa para evitar que Harry escapara.

—Huele increíble, sea lo que sea.

Mientras Mia y Elias se quitaban los zapatos, Thomas respondió:

—Nada especial. Jamón ahumado, huevo, piña y patatas fritas.

Elias dejó escapar un gruñido de placer y se acercó al otro hombre para darle una palmada en el hombro.

—Ay, si no estuviera casado con Mia, creo que me casaría contigo.

Thomas puso los ojos en blanco, se giró sobre sus talones y volvió a la cocina. Mia, Elias y Harry lo siguieron, este último mucho más de cerca.

—No es gran cosa. Ustedes tenían bastante lío, así que tenía sentido que yo me encargara de poner algo de comida en nuestros estómagos. Al fin y al cabo, esa es una de las ventajas de vivir como lo hacemos: todos echamos una mano cuando hace falta. Nos apoyamos. No es tan distinto a cómo ha sido todo este tiempo, salvo que ahora hay una boca más que alimentar... a veces dos, si Arjun está aquí. No es como si Mia y yo hubiéramos estado cocinando y comiendo por separado todo este tiempo, eso sería una tontería.

—¿Y qué plan tenemos para mañana? —preguntó Thomas, señalando que se sentaran mientras servía la comida. Harry se quedó rondando cerca del horno, sin duda esperando que algo cayera accidentalmente al suelo.

Mia respondió mientras sacaba vasos del armario para preparar las bebidas:

—Los tres tenemos una reunión con Darren Ayre a primera hora, para charlar y echar un vistazo al lugar. Luego, Elias y yo iremos directo a Barton Hill. Puedes venir con nosotros, Tom, si quieres.

Después de un momento, Elias intervino, señalando la botella de limonada que Mia ahora sostenía en una mano y dándole un gesto de aprobación con el pulgar.

—Si puedes tomarte el tiempo de venir con nosotros, te lo agradecería mucho. Siempre viene bien otro par de ojos y otro cerebro en estas situaciones, especialmente porque eres tan bueno con las plantas. Necesito asegurarme de que no estoy comprando una finca llena de árboles enfermos. —Le dedicó una sonrisa de agradecimiento cuando Mia le entregó el vaso de limonada que había servido.

Thomas se volvió desde la encimera con un plato en cada mano, esquivando con cuidado al cachorro, y los colocó frente a Elias y Mia, quienes ya habían servido las bebidas y tomado asiento. Ambos le dieron las gracias. Cuando tomó su propio plato, dijo:

—Puedo hacerme un hueco si quieres que esté allí. Aunque no soy un experto en árboles frutales. Echaré un vistazo, pero no puedo garantizar nada. Si es algo que te preocupa, puedo buscar a alguien que sepa bien del tema.

Colocó su plato en la mesa y se sentó. Harry se acercó de inmediato a su lado. Thomas negó con la cabeza y lo ignoró.

—Genial —dijo Elias—. Entonces, asunto resuelto. Gracias.

—No hay problema, amigo. Todo esto es muy emocionante. Felicidades a los dos. Ahora coman. Tú también, Mia.

No se había dado cuenta de que había estado alternando la mirada entre los dos mientras hablaban y sin prestarle atención a su comida. Pero ahora, al bajar la vista y sentir el aroma delicioso del plato, se le hizo agua la boca. Tomó los cubiertos y empezó a comer, con una sensación de satisfacción instalándose en su pecho. Pasar tiempo juntos en la luna de miel había sido increíble, pero ver a sus hombres llevarse bien en la vida cotidiana también era maravilloso.

¿Vida cotidiana? ¿Eso es lo que es esto? Apenas la idea cruzó su mente, un pensamiento inquietante la acompañó. Hasta ahora, aunque ella y Thomas no habían estado viviendo juntos propiamente dicho, cuando estaban en casa, solían pasar las noches juntos, ya fuera en la casa o en la cabaña de él. Desde la llegada de Harry, había sido en la cabaña, ya que allí estaban todas sus cosas y su

jaula para dormir por las noches. Antes, alguien tenía que escabullirse antes de que James y Betty llegaran por la mañana, lo que ya no era un problema, y habían caído en una rutina cómoda. Pero ahora, Elias estaría allí a tiempo completo. ¿Qué significaba eso para ella y Thomas?

Nadie había dicho nada directamente, pero se daba por sentado que Elias se mudaría a su dormitorio con ella. Lo cual estaba perfectamente bien, no tenía intención de ser una de esas parejas que dormían en habitaciones separadas, pero al mismo tiempo no quería que Thomas se sintiera excluido o desplazado.

Reprimió un suspiro y siguió comiendo con determinación. *Maldición. Cada vez que algo parece resolverse, surge otro problema. Que haya dejado de intentar controlarlo todo no significa que haya dejado de preocuparme por ello.* Pero entonces recordó que todo había funcionado bien durante la luna de miel, cuando los cinco habían tenido dormitorios separados, incluso casas separadas, aunque estuvieran una al lado de la otra.

Masticó pensativa un trozo de jamón con piña, disfrutando de la mezcla de sabores en su lengua. ¿Quizá sí deberían tener dormitorios separados, después de todo? No para dormir solos todo el tiempo, sino para que hubiera cierta flexibilidad y espacio personal. Después de la "discusión" en la luna de miel, cuando una broma sobre turnarse con ella terminó en su enojo, las cosas se habían vuelto mucho más relajadas y naturales. Principalmente porque esa separación evitaba que alguien se sintiera reemplazado u obligado a ceder su lugar.

Se dio cuenta de que lo único que Elias había dicho sobre la convivencia era que no había traído demasiadas cosas mientras ella decidía dónde ubicar todo. Así que, quizá, la única persona que estaba asumiendo que él se mudaría a su dormitorio era ella.

Siguió comiendo, dándole vueltas a la idea y, finalmente, llegando a la conclusión de que, mientras todos estuvieran de acuerdo, tener habitaciones separadas era la mejor opción. Tenía el espacio, y sería bueno darle uso a los cuartos extra en lugar de dejarlos vacíos como lo habían estado durante tantos años.

Eso sí, habría más ropa de cama y toallas que lavar, pero Betty ya se encargaba de mantener todas las habitaciones impecables, se usaran o no, así que no sería mucho más trabajo. Y, al fin y al cabo, eran adultos. Podían cambiar sus propias sábanas y toallas si suponía una carga extra para Betty. Mia prefería hacer eso antes que terminar necesitando contratar a alguien más. No era cuestión de dinero, sino que ya había sido bastante estresante confiar en James y Betty como para tener que pasar por lo mismo con otra persona nueva.

Un poco más de trabajo doméstico era un precio pequeño a pagar, pensó, para mantener el equilibrio. Bastante locura tenían ya en sus vidas.

Capítulo Dieciséis

—Gracias por una cena deliciosa, Tom. Te agradezco que hayas intervenido así —dijo Elias, colgando el paño de cocina que había estado usando para secar los platos en su gancho y agachándose para acariciar a Harry, que se había mantenido cerca de los tres mientras recogían después de la comida, sin duda con la esperanza de conseguir alguna sobra. El perro movió la cola con entusiasmo.

Thomas escurrió el paño de cocina y lo dejó a secar.

—Te lo dije, no es ninguna molestia. Nos llevaremos bien los tres... —sonrió al perro, que ahora estaba panza arriba exigiendo que Elias le rascara la barriga—. Perdón, los *cuatro*, por supuesto. Aunque sospecho que Harry no será de mucha ayuda por aquí. Tiende más bien a crear trabajo que a hacerlo. Es todo un aprovechado.

—Afortunadamente es adorable, ¿no? —replicó Elias con una sonrisa mientras encontraba un punto en la barriga del cachorro que, al ser rascado, le hacía patear con la pata trasera. Luego negó con la cabeza—. No puedo creer lo rápido que está creciendo.

—Hmpf, y encima lo sabe —dijo Thomas—. Nos tiene a Mia y a mí completamente dominados. ¿Verdad, chiquitín?

El perro giró la cabeza para mirar a su dueño, pero no se movió de su posición privilegiada para que lo siguieran rascando.

Mia cerró la puerta del armario tras guardar la última pieza de vajilla y soltó una risita.

—*Definitivamente*. No me resisto a esos ojitos de cachorro. Y también estoy de acuerdo con lo de que nos llevaremos bien. Un par de manos extra por aquí no vendrán nada mal. De hecho... —añadió —, tu llegada repentina es justo a tiempo.

Elias dejó de hacerle cosquillas a Harry, quien suspiró con disgusto, rodó sobre su costado y se fue con Thomas a probar suerte allí en su lugar.

Elias se enderezó con el ceño fruncido.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Hay un salón lleno de regalos de boda. Betty no aguantó más y los quitó de la mesa para poder limpiarla, pero desde que los abrimos, no se han tocado. James iba a ayudarme haciendo una lista de quién regaló qué para poder escribir notas de agradecimiento personalizadas, además de ocuparse de otras cosas, pero ahora que estás aquí, podrías encargarte tú. Ya sabes, desenvolverlos, ayudarme a guardarlos, pegar sellos en sobres, ese tipo de cosas. Después de todo, no es el trabajo de James, pero la tarea parecía tan abrumadora que cuando se ofreció, no pude rechazarlo.

Elias arrugó la nariz.

—Suenan aburrido.

—Es aburrido. Increíblemente aburrido. Pero son tus regalos tanto como los míos, así que es justo que ayudes. —Le lanzó una mirada fría.

—Eh —Elias levantó las manos—, no dije que *no* ayudaría, solo que no es precisamente la manera más emocionante de pasar el tiempo. Pero estoy más que dispuesto a hacer mi parte, cariño. De hecho, cuando volvamos de las dos visitas de mañana, puedo empezar mientras tú trabajas. No creo que tenga mucho más que hacer cuando regresemos, así que bien podría aprovechar el tiempo. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos.

—Bien. —Sonrió con dulzura—. Entonces, asunto arreglado. Hablando de mañana... Es tarde, deberíamos irnos a la cama. Yo... —Se detuvo, dándose cuenta de que no sabía qué quería decir exactamente. Si esto hubiera sido ayer, ella y Thomas habrían sacado a Harry para que hiciera sus necesidades antes de dormir, luego lo habrían metido en su jaula y subido a la habitación sin pensarlo dos veces. Pero ahora todo era distinto, y lejos del territorio neutral de su paraíso isleño, la rutina que habían desarrollado allí no parecía trasladarse con tanta facilidad.

Thomas, perceptivo como siempre, dijo:

—Entonces, los veo a los dos por la mañana, ¿sí? ¿Les parece que suba a la casa temprano para desayunar y luego salgamos? Le pediré a James que eche un ojo a Harry. Es mejor que tenerlo encerrado aquí durante horas.

—¿Estás seguro...? —empezó a decir Mia.

—¿Todo bien...? —dijo Elias al mismo tiempo.

Ambos se rieron, y Elias hizo un gesto para que Mia hablara.

—Perdón. —Se rió y le sonrió a Elias antes de volverse a Thomas—. Solo iba a preguntar si estás seguro de eso.

—Por supuesto que sí —respondió él sin dudarlo, sus ojos azules reflejando una absoluta sinceridad—. Elias acaba de llegar, ve a ayudarlo a instalarse en la casa grande. Nos vemos por la mañana.

—De acuerdo. —Se acercó a Thomas y le rodeó la cintura con los brazos. Puede que estuviera aliviada de que le hubieran quitado la decisión de las manos, pero no pensaba irse sin darle un beso de buenas noches.

Elias carraspeó.

—¿Quieres que saque a Harry afuera y los deje un momento a solas? ¿O se escapará? No está acostumbrado a mí.

—Gracias, amigo —dijo Thomas—. Si sales por la puerta trasera, el jardín está completamente cercado. No tiene por dónde irse, aunque huela algo.

—Bien. Vamos, chiquitín —le dijo al cachorro, que lo siguió encantado hacia la puerta y al exterior.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Mia volvió a centrar su atención en Thomas y estudió su rostro.

—Estás tomando todo esto con mucha... *calma*.

Una línea apareció entre sus cejas.

—¿Por qué no lo haría?

—Bueno, un minuto estamos pasando casi todas las noches juntos, sin contar la luna de miel, y ahora, bueno, no lo sé. Todo va a ser diferente. *Muy* diferente.

Él deslizó los brazos alrededor de ella.

—Mia, esto iba a suceder tarde o temprano. Lo asumí hace mucho. En realidad, no es tan diferente de antes. No pasábamos *todas* las noches juntos. A veces estabas en Londres, otras en Kent. Otras veces estabas en la casa con Elias, Alex o Arjun. Solo que ahora es más... permanente. Él es tu esposo, ¿recuerdas?

Su pulso se aceleró.

—Sí. Pero eso no lo hace más importante que el resto de ustedes, ni le da algún tipo de prioridad. Sabes que te quiero, a

todos ustedes ¿verdad?

—Lo sé. Mia... —Le tomó el rostro entre las manos— Relájate. Eres *tú* quien está estresada con todo esto. No yo, y probablemente tampoco los demás. Lo hablamos mientras estábamos fuera, y lo resolveremos ahora que hemos vuelto. Ahora que James y Betty saben lo que pasa, ya no tenemos que preocuparnos por escondernos, así que podemos relajarnos y dejar que todo fluya. ¿De acuerdo?

—Sí, pero...

Él posó un dedo sobre sus labios.

—Nada de peros, Mia. Ahora deja de divagar y dame un beso, o dejaré de estar tan tranquilo con todo esto.

Inmediatamente reemplazó su dedo con sus labios, cortándole cualquier posibilidad de respuesta. No es que le importara porque, como solía ocurrir, él tenía razón. Realmente tenía que aprender a confiar en que sus hombres hablarían y le dirían si había un problema, en lugar de preocuparse por cosas que ellos quizá ni siquiera consideraban un inconveniente.

Cerrando los ojos, se relajó en su abrazo y le devolvió el beso. Se había duchado en algún momento entre terminar de trabajar y preparar la cena, y ella percibió el aroma de su champú y gel de baño: fresco, pero masculino. Luego, cuando su lengua buscó acceso a su boca y ella lo aceptó de buena gana, percibió una mezcla de piña y limonada. Se perdió por completo en su beso, en él, hasta que dio un salto violento al escuchar la puerta trasera abrirse, seguido de inmediato por el *clic, clic* de unas uñas perrunas en el suelo.

Retrocediendo de Thomas, con el corazón latiendo con fuerza, dirigió la mirada hacia la puerta.

—Lo siento —dijo Elias—, no quería interrumpir, pero este pequeño bribón estaba a punto de arañar la puerta. Creo que ya quiere irse a la cama.

Thomas soltó una carcajada.

—Más bien quiere sus galletas de antes de dormir. Ese perro piensa con el estómago. Y no te preocupes, amigo. Ahora que

vivimos juntos, tendremos que acostumbrarnos a situaciones como esta.

—Cierto. —Se encogió de hombros— Lo lograremos.

—Por supuesto que sí. Ahora largo de aquí, ustedes dos —dijo Thomas con una sonrisa—, tengo que llevar a este pequeño monstruo a la cama y descansar yo también. ¿Les parece bien a las siete y media en la cocina de la casa principal? Pondré el té.

Mia asintió.

—Sí, siete y media está perfecto. —Sonrió y se acercó a él de nuevo—. Buenas noches. Te quiero.

Le dio otro beso y luego se agachó junto a Harry.

—Y buenas noches para ti también, loquito.

Un rascado detrás de las orejas le valió una mirada soñadora, seguido de un lametón perruno en la punta de la nariz.

—Duerme bien, pequeño. Tienes que portarte bien con el tío James mañana, ¿de acuerdo?

Mientras se enderezaba, Elias dijo:

—Nos vemos en la mañana, viejo. Buenas noches.

—Buenas noches, amigo. Buenas noches, Mia. Te amo.

Ella sonrió y siguió a Elias hasta la sala, donde se pusieron los zapatos antes de salir a los terrenos oscuros. En cuanto cerró la puerta de la cabaña, apagando su única fuente de luz, Mia soltó una maldición.

—Mierda, no veo nada. Uno pensaría que después de tanto tiempo recordaría traer una maldita linterna, ¿verdad?

Elias rió.

—No importa, tengo el móvil en el bolsillo. Espera.

Un segundo después, su camino quedó iluminado. Elias le tomó la mano.

—Vamos, esposita, llevemos nuestros traseros a casa. Nos espera un día emocionante mañana.

Entrelazó los dedos con los de él y comenzaron a caminar.

—Lo dices como si fuéramos de vacaciones.

—Espero que no. Todavía me estoy recuperando de la última. El jet lag me está matando.

—Si *apenas* volvimos ayer.

Soltó un suspiro.

—¿Ayer? Con todo lo que ha pasado, ya se siente como si hubiera sido hace mucho más.

—Coincido. Estoy agotada.

—Espero que no demasiado agotada para el sexo —dijo, apretándole la mano en broma.

Apretando los labios para no sonreír, decidió divertirse un poco. Con un encogimiento de hombros despreocupado, respondió:

—Tendrás que esperar y ver, ¿no?

Elias respondió con un gruñido bajo.

—¡Uf! —exclamó Mia, dejándose caer en el borde de la cama—. Eso está mejor. No me había dado cuenta de lo sucia que me sentía hasta que me duché.

Elias la miró de reojo desde su posición tumbado del otro lado de la cama. Su cabello oscuro, aún húmedo por la ducha, brillaba bajo la luz. Con una sonrisa ladeada, dijo:

—Sucia o no, estás preciosa. Bonitos pijamas. Ven a la cama.

—Está bien, señor Impaciente. Ya voy, ya voy.

Subió las piernas y se dejó caer contra las almohadas.

Inmediatamente, Elias se deslizó a su lado y le rodeó la cintura con un brazo. Solo llevaba puestos unos bóxers, lo cual la sorprendió, pues ni siquiera esperaba que se molestara en usarlos, y el calor abrasador de su torso desnudo la hizo jadear.

—¡Oh, estás ardiendo!

—Gracias —dijo con voz exageradamente tonta—. Tú también eres bastante sexy.

Ella le dio un empujón juguetón.

—No me refería a eso. Me refería a que estás caliente. Físicamente. Ardiendo. Hirviendo.

—Y tú sigues siendo bastante sexy. Hermosa. Deslumbrante.

—Y tú estás tratando de convencerme para tener sexo.

—Tal vez. —Sonrió y aparecieron sus hoyuelos—. ¿Por qué? ¿Está funcionando?

—No.

Esperó un instante antes de añadir:

—Porque de todos modos tenía toda la intención de acostarme contigo.

Una carcajada sorprendida escapó de los labios de Elias. La estrechó con fuerza contra su cuerpo y hundió el rostro en la curva de su cuello.

—Eres una maldita tentación.

El roce de su aliento contra su cuello y mandíbula hizo que Mia se estremeciera.

—Hay que mantener viva la chispa, ¿no?

—¡Llevamos casados solo tres jodidas semanas!

Ella rió.

—Estoy bromeando. Ahora bésame rápido antes de que el jet lag me arrastre al mundo de los sueños.

—Ven aquí —dijo él con languidez, tirando de ella para que ambos quedaran acostados de lado, frente a frente. Incluyó su frente contra la de ella y le acarició la mandíbula—. Ay, realmente eres hermosa, Mia. Todavía no estoy seguro de cómo tuve tanta suerte. Quiero decir, pensé que ya era afortunado solo por estar casado contigo, pero ahora también puedo verte todos los días. Despertar a tu lado algunas veces. Saber que, incluso si no estás justo a mi lado, estás cerca. Te amo tanto.

Las mejillas de Mia se sonrojaron ante su avalancha de palabras dulces, y ella sonrió.

—Yo también te amo, Elias. También soy afortunada. Te conocí en uno de los momentos más difíciles de mi vida y, a pesar de que apenas nos conocíamos, te ofreciste a hacer algo enorme y completamente transformador sin ningún beneficio para ti. No puedo agradecerte lo suficiente por eso.

Él le dio un beso en los labios.

—Estuve feliz de ayudar, cariño, incluso en ese entonces. Odiaba la idea de que tu primo estuviera en posición de arrebatarte todo lo que querías. Nadie merece eso, especialmente *después* de perder a un padre. Y sí, en ese momento no había ningún beneficio para mí, excepto quizás sacarme a mi madre de encima con lo de mi soltería, pero mira cuánto ha valido la pena ahora. Tengo una esposa preciosa de la que estoy locamente enamorado. Vivimos en una casa

hermosa con mucho terreno y privacidad. Y, gracias a saber que estabas cien por ciento detrás de mí, fui lo suficientemente valiente como para dejar un trabajo que odiaba y estoy a punto de embarcarme en algo nuevo y emocionante. Así que, creo que *yo* soy el ganador aquí.

Al final del pequeño discurso de Elias, Mia estaba tan llena de alegría y amor por él que se quedó sin palabras. En lugar de hablar, cerró la distancia entre sus bocas, esperando transmitir toda esa alegría y amor en un beso para mostrarle cómo se sentía. Deslizó sus dedos en su cabello y se aferró con fuerza, luego capturó sus labios con los suyos. Inmediatamente, abrió la boca y deslizó su lengua en la de Elias.

Elias gimió y movió su mano de su rostro a su pierna más alta. La agarró y la pasó sobre su cadera, luego le acarició el trasero sobre sus shorts y la acercó aún más. Su erección ya era evidente, y Mia sonrió contra su boca, incapaz de evitar frotar su entrepierna contra la de él.

Él se separó ligeramente.

—Mmm —dijo—, te sientes tan bien en mis brazos, Mia. Tan cálida y suave. Y hueles maravillosamente. ¿Por qué tuviste que ponerte esos malditos pijamas? Pueden ser pequeños y sexys, pero aún significa que tengo que soltarte para quitártelos.

Ella, aun moviendo sus caderas, respondió coquetamente:

—¿Por qué tienes que quitármelos? Puedes hacerlo sin quitarte los boxers, entonces, ¿por qué no mis shorts? Resuélvelo. Si me quieres tanto, tómame. Ahora mismo.

Él emitió un gruñido de confusión, pero deslizó su mano entre sus cuerpos y comenzó a explorar. Al encontrar que las aberturas de los pequeños shorts eran lo suficientemente amplias como para meter la mano, murmuró feliz y buscó su sexo. Cuando encontró su objetivo y descubrió que ya estaba húmeda y más que lista para él, sonrió con picardía.

—¿Ya mencioné que eres sexy y que me siento como un ganador? Porque siento que necesito enfatizarlo.

Mia rió.

—Y yo siento que necesito enfatizar que dije que me tomaras. Ahora mismo.

—Ah, sí, lo dijiste, ¿no? No sería yo quien se negara a una mujer hermosa.

Con eso, le dio un pellizco a su clítoris, luego deslizó su dedo índice lentamente, provocativamente, por su entrada, gimiendo mientras lo hacía. Sacó su mano de los shorts de Mia y llevó su dedo a su boca, chupando sus jugos.

—Ay, mujer, eres sublime.

No hubo más palabras después de eso. Nada inteligible, al menos. Una vez satisfecho de que su dedo estaba limpio, Elias bajó la parte delantera de sus boxers, tomó su erección en su mano y la guio hacia la pierna de los shorts de Mia. Colocó la cabeza contra su entrada, luego movió su mano de nuevo a su trasero, esta vez debajo de su pijama, y la usó para atraerla hacia él.

Sus gemidos se mezclaron mientras él se deslizaba con mínima resistencia dentro de su canal cálido y húmedo, hundiéndose hasta el fondo, hasta que sus testículos presionaron contra ella. Mia usó su agarre en el cabello de Elias para tirar de su cabeza hacia atrás y atacar su garganta y oreja con besos ásperos, mordiscos y succiones.

Elias no se movió por un momento, y Mia sintió su erecto miembro palpar dentro de ella. Parecía disfrutar estar dentro de ella tanto como ella disfrutaba tenerlo allí. Un segundo después hundió sus dedos en la carne desnuda de sus nalgas y comenzó a empujar de inmediato.

Mia jadeó y, después de un mordisco particularmente fuerte en su lóbulo de la oreja, se separó para poder mirarlo a los ojos. En sus profundidades de color marrón chocolate, vio la intensidad de los sentimientos, así como la lujuria que estaba segura de que se reflejaba directamente en él desde sus propios ojos. Lo necesitaba, lo quería, lo *amaba* tan ferozmente que, a pesar del ritmo lánguido de su amor, ya sentía el calor de su clímax ardiendo profundamente dentro de ella y creciendo más caliente por segundo.

Se mecían juntos, lentos pero profundos, pareciendo comunicar todo lo que necesitaba ser comunicado únicamente a través del

contacto visual. Como tal, supo precisamente el momento en que Elias se dio cuenta de que había pasado el punto de no retorno. Solo un ligero ensanchamiento de sus ojos y un destello de pánico. Ella le acarició la mejilla, inclinó la cabeza. Estaba perfectamente bien si él llegaba primero, perfectamente bien si ella no llegaba en absoluto, incluso, ya que no solo tenían toda la noche, sino toda su vida.

Pero como sucedió, no necesitó toda la noche. Elias rápidamente cambió su ángulo para que su hueso púbico rozara su clítoris con su último grupo de empujes, y fue suficiente para llevarla al borde junto con él. Sonrieron, todavía mirándose a los ojos hasta que la intensidad de sus respectivos orgasmos los golpeó por completo, y los párpados de Mia se cerraron casi por sí solos y gritó, llamando el nombre de Elias mientras el placer la recorría con la velocidad y el poder de un tren bala.

Una vez que se recuperaron, desenredaron sus pesadas extremidades y rodaron sobre sus espaldas. Un delicioso silencio post-orgásmico reinó durante varios minutos. Luego, Elias se apoyó en su codo y apoyó su cabeza en su mano.

—Te ves muy satisfecha, mi amor. Muy contenta contigo misma. ¿Debería felicitarme por un trabajo bien hecho? —dijo.

Ella giró la cabeza para poder hacer contacto visual con él y sonrió.

—Bueno, sí, obviamente. Pero no es solo el sexo y el orgasmo. Estoy contenta con la *vida*, no conmigo misma —suspiró de satisfacción—. Finalmente, todo está encajando, ¿no? Quiero decir, no me malinterpretes, desesperadamente deseo que mi padre todavía estuviera vivo, pero saqué lo mejor de una situación de mierda y ahora, unos meses después, estoy realmente feliz. Tengo este lugar, te tengo a ti y a Tom, y al pequeño Harry, por supuesto, aquí conmigo. Arjun no está tan lejos, y su trabajo lo trae aquí regularmente de todos modos, y tiene fines de semana libres. Quizás incluso se mude en unos meses, cuando hayamos estado juntos un poco más... —Su voz se desvaneció, su emoción repentinamente agotada.

Los ojos de Elias se abrieron con preocupación.

—¿Qué? ¿Qué sucede? Pasaste de estar delirantemente feliz a desesperadamente miserable en un abrir y cerrar de ojos —dijo.

—Yo... —sopló un suspiro y jugueteó con su cabello, sin querer realmente bajar el ánimo, pero dándose cuenta de que probablemente ya era demasiado tarde para eso. Rodando sobre su costado, se encontró con los ojos de Elias una vez más—. Es Alex. No sé si te lo mencionó, pero mientras estábamos de luna de miel, hablé con él sobre encontrar una manera de vernos más a menudo. Le dije que estaría feliz de quedarme en mi lugar en Londres más a menudo para poder visitarlo, incluso si solo fuera por una noche, o una mañana, lo que dictara su horario de trabajo. Parecía feliz con la idea y dijo que me daría una llave de su lugar, para que pudiera entrar. Parecía una buena solución, incluso pasar una o dos horas con él de vez en cuando es mejor que solo verlo cuando sus días libres coinciden con un fin de semana. Pero ahora... no estoy tan segura de que sea suficiente. Tenerte aquí ahora, además de Tom, realmente me ha hecho ver cómo podría ser si no fuera por el trabajo de Alex. Pero ¿cuál es la solución para *eso*? Él ama su trabajo, y hasta que esté mucho, mucho más arriba en la escalera profesional, va a estar trabajando horas locas todo el tiempo. Tú tampoco lo *verás* mucho, ahora que no vives en Londres.

Elias frunció los labios pensativamente.

—Deberías decirle cómo te sientes —dijo decididamente—. Él te ama. Adora el maldito suelo por el que caminas. Lo dejaría si se lo pidieras.

Mia jadeó.

—Pero *nunca* haría eso. Ni en un millón de años. Nunca le pediría a nadie que renunciara a una parte tan importante de sí mismo por mí —respondió.

—Cariño, nunca dije que *debieras* pedirle que lo dejara... solo que lo haría si tú se lo pidieras. Sabes que terminó trabajando en Londres solo porque fue el primer empleo que le ofrecieron cuando se tituló. El hecho de que yo ya viviera y trabajara allí en ese momento también lo hizo una decisión bastante obvia. No creo que tenga un apego o una afinidad especial por Londres... no más que por cualquier otro lugar, en todo caso.

Alzó las cejas, como esperando una respuesta.

Mia frunció el ceño.

—¿Y...?

Elias sonrió y negó con la cabeza.

—*Así que*, mi amor, ¿por qué no le sugieres que busque trabajo en otro hospital? Uno más cercano. Uno que le permita hacer de *este* lugar —agitó una mano a su alrededor— su hogar, el sitio al que regrese después de cada turno. Que forme parte por completo de la pequeña familia que estamos creando. Y luego —se encogió de hombros—, si las cosas siguen avanzando bien con Arjun, que estoy seguro de que lo harán, él podrá mudarse cuando esté listo también. Ya pasa bastante tiempo aquí por el proyecto de la universidad, según entiendo. Y entonces estaríamos todos juntos, todo el tiempo, pero cada uno con lo suyo. Tú llevando este lugar, Tom en los terrenos, yo, con suerte, en la granja de sidra, Arjun con sus miles de proyectos inteligentes y lucrativos, y Alex salvando vidas en algún hospital a la vuelta de la esquina.

Soltó una risa.

—Y Harry, teniéndonos a *todos* comiendo de su patita peluda. ¿Qué te parece?

Mia no tuvo que pensarlo ni un segundo. Con una sonrisa de oreja a oreja, respondió:

—A gloria.

Capítulo Diecisiete

Cuatro meses después

Mia guardó los cambios en la hoja de Excel y la cerró con una gran sensación de satisfacción. Acababa de completar el balance preliminar del primer trimestre del negocio de extracción de madera, y todo iba de maravilla. Marsden había dicho la verdad: era un negocio rentable, y también tenía razón en que mejoraría aún más bajo una dirección más joven. Por sí sola, Mia era perfectamente capaz, pero con sus hombres a su alrededor, Thomas con su conocimiento práctico, Elias y Arjun con sus habilidades empresariales, y Alex con su apoyo inquebrantable y su entusiasmo, era imparable.

Pero aquello funcionaba en ambas direcciones. Elias había comprado la granja de sidra, casi perdiéndola ante otro comprador hasta que aumentó su oferta, y había asumido su gestión como pez en el agua. Disfrutaba de la vida rural, de tener un negocio en el campo y de trabajar en algo que realmente podía ver y sostener en sus manos, en lugar de dinero sin rostro que existía únicamente dentro de un ordenador.

La granja no había sido tan rentable como el negocio de la madera, y posiblemente habría seguido perdiendo beneficios de haber continuado todo igual. Pero entre los cinco, habían ideado maneras de hacer cambios, vender más sidra y atraer a un mercado más amplio. Ahora, la granja de sidra de Spraxton no solo embotellaba y distribuía sidra de manzana, sino que experimentaba con sabores y mezclas. Elias había comenzado a buscar ingredientes en la zona que pudieran combinarse con la manzana para crear bebidas innovadoras y deliciosas. En poco tiempo, la noticia se había difundido y la prensa, así como varias revistas de estilo de vida, mostraban interés. Mia estaba segura de que era solo cuestión de tiempo antes de que las cadenas de pubs y los supermercados empezaran a fijarse en ellos.

No era solo el aspecto empresarial de sus vidas lo que prosperaba. Desde que Elias se había mudado, los tres habían

encontrado rápidamente una rutina familiar cómoda, y cada vez veían más a Arjun por la casa, a medida que su proyecto en la universidad avanzaba.

James y Betty se habían acostumbrado poco a poco a las idas y venidas y seguían siendo tan leales y eficientes como siempre, para gran alivio de Mia. Era reconfortante contar con una constante a la que aferrarse cuando tantas cosas en su vida habían cambiado drásticamente.

Mia bostezó y se estiró, cansada tras otra semana de intenso trabajo. Estaba más que lista para dormir hasta tarde por la mañana. Su mirada se posó en las fotografías sobre el escritorio. Junto a la que Betty había hecho enmarcar de su boda con Elias, ahora había otra de los cinco en su idílica isla, con Mia tumbada sobre sus brazos como si reposara sobre una cama. Se veían sanos, felices, relajados.

Sacó el labio inferior en un gesto pensativo mientras observaba la imagen y reflexionaba sobre lo cansada que estaba. Lo cansados que estaban todos. Desde que habían vuelto de la luna de miel, no habían parado, y ahora que las noches se hacían más largas y el clima era gris la mayoría del tiempo, comenzó a añorar el sol.

Tal vez era momento de pensar en reservar otra escapada.

Justo cuando estaba a punto de abrir una pestaña del navegador para buscar destinos apartados y privados, oyó pasos en el pasillo. Eran demasiado ágiles para ser los de Betty, pero no lo bastante pesados para ser los de Thomas, así que debían de ser los de James. Esperó pacientemente a que apareciera en la puerta.

Sin embargo, la figura que se *presentó* era más alta que James, más corpulenta. Y varias décadas más joven.

Mia ahogó un grito y empujó la silla hacia atrás.

—¿Alex? —Saltó de su asiento—. ¿Qué haces aquí?

Con una expresión entre tímida y emocionada, él respondió:

—Mudándome, espero. Uniéndome a la familia de verdad... si me aceptan.

Frunciendo el ceño, Mia rodeó el escritorio y comenzó a caminar hacia él.

—¿Qué quieres decir...?

Él se encogió de hombros.

—Me fui de Londres. Terminé mi período de preaviso en el hospital, dejé mi piso. Empiezo en mi nuevo trabajo en el hospital de Barton End el lunes.

Las preguntas se agolparon en la mente de Mia a toda velocidad. En lugar de intentar elegir una, simplemente sonrió al sentir cómo la euforia la invadía. Como siempre, sus hombres ya lo habían arreglado todo.

—Por *supuesto* que sí.